
jazmín

Capítulo 1

El tren corría a una velocidad monótona a través de la oscuridad, pasando las curvas, cada tres o cuatro kilómetros, con un intenso zumbido como una gran bestia nocturna.

Aun cuando Carol sentía gran aprensión al hacer este viaje, estaba segura que la decisión que había tomado respecto a Teri era la correcta. El debía estar en Italia con la familia de su padre, *y* ella era la indicada para llevarlo a Falconetti.

Los preparativos los había hecho con gran reserva y hasta el último momento, para evitar discusiones con las tías. No podría soportar más rabietas y lágrimas, pues ya había tenido demasiados problemas cuando su hermana Cynara huyó, dejándola sola para enfrentarse con la situación.

Las tías eran dueñas de un salón de té llamado Copper Jug, en la calle principal de Chalkleigh; un pequeño poblado a la orilla del mar, al parecer tranquilo. Un lugar donde todo marchaba bien mientras "la ropa sucia" no se hiciera pública, y era perfectamente bien aceptado el pretender que no existían situaciones difíciles.

Hubiera sido insoportable para las tías, que sus clientes, que llegaban al salón de té a disfrutar bizcochillos de mantequilla y tartas de fresa con una tetera bien calienta, se enteraran que Teri era hijo de Cynara, quien había desaparecido del hospital, abandonando al niño recién nacido, para que Carol lo trajera a casa haciéndolo pasar por hijo suyo.

Después de todo, su esposo había sido padre del niño... Vincenzo, con quien se casó Carol después de un noviazgo sumamente breve, y que descubrió el mismo día de la boda, que tenía relaciones con su hermana Cynara.

En realidad, Carol nunca vivió con Vincenzo y no insistió en divorciarse de este apuesto italiano, que le había prometido tan ardientemente que la haría feliz, por no provocar un escándalo que afectara a sus tías, y sin embargo, la había desilusionado tanto.

"¿Por qué no te casaste con Cynara?" —ella le había preguntado.

"Porque no tenía que hacerlo". El no lo había dicho tan bruscamente, pero sí con el aire de un latino que nunca pensaría casarse con ninguna chica que no fuera virgen. Esa era parte de su credo... y parte de la naturaleza de Carol, volverse indiferentemente fría con quien traicionara su confianza. Con una falta absoluta de principios, Vincenzo pensó que podría poseer a las dos hermanas Adams, y pronto aprendió que Carol no aceptaba ese juego.

El hizo que ella lo despreciara hasta el día de su muerte. El y Cynara habían asistido a una feria... la montaña rusa se salió de los

rieles y gran número de personas salió volando de los carros. La hermana de Carol resultó lastimada, pero Vincenzo murió instantáneamente, sin ninguna marca que afeara su rostro cincelado y moreno, que le hizo a Carol pensar que era tan fino como se veía. Su apariencia había sido una máscara perfecta, y ella no quiso saber nada más de ningún otro hombre. Su única preocupación era que Teri no creciera con la misma falta de principios de su encantador padre... un perfecto Casanova.

El niño ya tenia cinco años y lo que precipitó su decisión de llevarlo a Italia, fue la carta que recibió de su hermana, ahora casada con un ejecutivo y viviendo en Texas... alarmada de que su esposo llegara a saber lo del niño, le suplicaba a Carol que siguiera pretendiendo que ella era su madre.

Carol no tenía que fingir. Teri creía que ella era su verdadera madre y nunca lo hubiera desilusionado. Ni sus tías dirían lo contrario: ellas querían que todos pensaran que el niño era hijo legítimo de su sobrina Carol... "la ropa sucia" de su matrimonio tan desafortunado había sido ocultado y ellas, al igual que Cynara, no querían que se supiera.

Su matrimonio y el triste final fue un golpe tan duro para Carol, que se volvió de corazón frío y duro, y nunca volvió a ser la joven soñadora de caballeros galantes que llegarían para enloquecerla con su pasión. Ella había creído en el amor, pero su experiencia le enseñó que otras personas sólo se preocupan por encontrar placer, sin importarles el dolor que causarán. Se había vuelto cínica y la única emoción que valoraba era lo que sentía por Teri.

El tenía derecho a disfrutar de todo, lo mismo que otros chicos que tienen padre y ella carecía de los medios suficientes para dárselo. Cuando Cynara huyó, dejó a sus tías sin camarera y Carol tuvo que dejar su empleo como restauradora de libros en la biblioteca y ocupar el de su hermana en el salón de té. Lo que significaba que tendría hospedaje y alimentos, pero un sueldo muy bajo.

Simplemente no podía educar y cuidar a Teri sin la ayuda de la familia de Vincenzo, y ya estaba cansada y desesperada de tener que trabajar todo el día de pie, corriendo de un lado a otro, por un sueldo tan miserable y estar siempre a la disposición de sus tías,

Eran amables, pero... también unas tiranas amargadas, que pensaban que les debía su energía y su lealtad porque las cuidaron cuando su madre murió y su padre se fue a Centro América a trabajar. El se había vuelto a casar con una viuda brasileña que tenía su propia familia, y las hermanas gemelas que quedaron en Inglaterra, tuvieron que refugiarse y depender de sus tías. Esto tenía muchas ataduras, como más tarde comprendió Carol, y era su obligación, por el bien de Teri, que la familia del padre lo conociera y

le asegurara su futuro. Era un chico cariñoso, inteligente y vivaz, y por ciertas cosas que le contó Vincenzo, él no provenía de ninguna familia pobre del sur de Italia. Siempre tuvo suficiente dinero para gastar y buenos trajes, y Teri no iba a tener una infancia infeliz si ella podía evitarlo. El existía por Vincenzo y ella decidió que si los Falcone eran acomodados, el chico gozaría de esa posición.

No intentaba pedir nada para ella, pero seguiría representando el papel que el pecado de Cynara la había obligado a asumir. Ante los Falcone, se presentaría como la madre de Teri y no habría nadie, ni su verdadera madre, que dijera que ella mentía.

Acomodó su almohada y se cubrió las piernas con la manta. Era la primera vez que viajaba toda la noche en un tren, y sus escasos y limitados recursos no le permitieron pagar un pasaje de primera clase. El compartimiento se sentía frío, pero Teri estaba bien tapado y dormía profundamente.

La despedida de sus tías la había lastimado en lo más hondo, y recordaba sus últimas palabras:

"No vengas corriendo hasta nosotros cuando esa familia italiana te despida" —le había gritado la tía Lottie—. "Nosotros conseguiremos otra camarera y ya no habrá lugar para ti ni tampoco para ese niño travieso. ¿Realmente crees que esas personas te van a admitir y van a ver por ti... la familia de *ese* extranjero cuya moral era tan perversa? Ya te arrepentirás de dejar una buena casa como ésta para ir a un lugar con ese nombre tan raro y tan lejos.

—"Falconetti" —le había contestado a su tía con toda paciencia y decidida a buscar una vida mejor para Teri—, "es una *isola* en el Lago Lina, y aun cuando yo sería la ultima persona que pretendiera que Vincenzo me tratara con justicia, el chico tiene sangre Falcone y si me cierran las puertas, no lo harán con Teri. Yo sola no puedo darle las cosas que debe tener; con el sueldo que gano aquí, apenas puedo comprarle ropa, y está creciendo de prisa".

"Tienen sus alimentos los dos, y una cama decente" —interrumpió tía Rachel, con voz menos chillona que su hermana, pero sus ojos expresaban un algo más temible—. *"Ellos* no querrán nada contigo, como tampoco lo quiso él. Siempre fuiste muy orgullosa, mi niña, y deja que te recuerde que si no hubiera sido por *nuestra* generosidad, tú y esa hermana tuya tan loca por los hombres, hubieran tenido que irse a una institución".

"Eso es muy cierto" —estuvo de acuerdo Carol—, "y ustedes, queridas tías, no hubieran tenido un par de sirvientas mal pagadas. Parte del problema de Cynara era que quería divertirse un poco después de estar de pie todo el día, corriendo con las bandejas, y escuchando el chismorreo de las mujeres que vienen a Copper Jug a comer pastelitos de crema... arpías, algunas de ellas, ridículamente

celosas que una chica como Cynara fuera mejor que sus propias hijas. No le perdono lo que hizo, ni aplaudo a Vincenzo, pero voy a luchar para que Teri crezca en un ambiente diferente".

Y Carol estaba decidida a hacerlo. Si los Falcone no la aceptaban como parte de su familia, ella encontraría el valor necesario para dejar al muchachito bajo su cuidado. Los italianos eran buenos con los niños, mientras que en el Copper Jug siempre tendría problemas con las tías. Como a cualquier otro chico, le gustaban los pastelillos cremosos y había sido muy difícil apartarlo de ellos... eran la especialidad de tía Rachel y más de una vez Carol la sorprendió llamándolo ladronzuelo, sólo porque no pudo resistir la tentación de tomar una tarta de fresa.

Falconetti se le imaginaba un lugar rústico, y tal vez era una hacienda con gran variedad de sabinos. Vincenzo no le habló mucho de su familia, pero no cabía la menor duda que había sido bien educado y bastante consentido.

Le preocupaba que fueran a consentir a Teri demasiado, pero de otro modo, lo privaría de muchas cosas y crecería temeroso con el par de ancianas, que nunca habían conocido el amor y se aferraban a un código victoriano de moralidad, y su gran amor al dinero las hacía insoportables.

Había sido una decisión bastante difícil para Carol, cuando en realidad la criatura no le pertenecía. Pensó escribirle a la familia Falcone, pero decidió que sería mejor darles la sorpresa de presentarlo personalmente, ya que era muy parecido a su padre.

Una vez ella le preguntó a Vincenzo por qué había salido de Italia para ir a trabajar (si esa era la palabra correcta) a Londres. El respondió que quería conocer el mundo... y Carol aprendió de la forma más dura, que lo que él quería en realidad era encontrar esa clase de chicas que al no ser latinas, les gusta divertirse sin importarles cuidar su virginidad.

¡Pobre Vincenzo!... No obstante sus defectos, no merecía morir tan joven.

Carol se quedó dormida y despertó, con un calambre en el cuello; Teri estaba en la ventana, con la nariz presionada contra el vidrio.

—¿Estamos en Italia, Cally?

Ese era el nombre muy especial con que le hablaba.

—¿Cuándo abordaremos el barco?...¿iremos directamente al bajar del tren?

—No exactamente, Buster —ese era el apodo con que Carol le hablaba— Nos bajaremos en un lugar llamado Catalina, donde nos detendremos a comer algo, un taxi nos llevará a la orilla del lago y ahí es donde alquilaremos el bote.

Teri se volvió y le sonrió, sus grandes ojos oscuros mirándola fijamente a la cara con gran cariño.

—¿No es esto una hermosa vacación, Cally? Me gustó dormir toda la noche en el tren. ¿A ti no?

—Muchísimo —le dijo irónicamente, dejando sus frazadas y estirando las delgadas piernas—. Creo que deberíamos arreglarnos, *caro*, para estar un poco más presentables.

Le extendió una mano y con la otra tomó su bolsa de noche, dirigiéndose al tocador, que estaba ocupado por una mujer italiana, robusta y sonriente, que de inmediato les hizo un lugar en el lavamanos.

Hablaba con Teri, pensando que era un chico italiano, y como Carol se tomó la molestia de enseñarle el idioma de su padre (que ella aprendió de Vincenzo, además de haber tomado un curso nocturno), el chico pudo responder a sus preguntas.

Teri le contó de su paseo por Roma, que también Carol disfrutó, aunque ella estuvo consciente todo el tiempo que no estaba en Italia para enamorarse del tibio sol, de las casas antiguas, y del *dolce far niente*. Ella reprimía sus emociones pensando que si no la aceptaban, no podía privar a Teri de pasear por los jardines del Palacio de los Césares, con sus evocadoras ruinas y arbustos de flores silvestres; sus senderos de baldosas irregulares y la fuerte música continua de las cigarras... los débiles violinistas de Esopo.

En la Fuente de Trevi, con sus dioses del agua, sus esculturas de caballos con sus patas al aire, y las cascadas bajo las cuales las ninfas de piedra brillaban en el agua, ella y Teri arrojaron las monedas al fondo pidiendo un deseo.

El de ella era simplemente que la familia Falcone aceptara a Teri y les ganara el corazón.

Tomaron una *carrozza* para ir a la estación del tren y ahora ya casi llegaban a su destino... el Lago de Lina.

—*Ah, Roma, non basta una vita* —dijo la mujer italiana con una sonrisa maravillosa.

Roma, ¡no basta toda una vida! Probablemente no, pensó Carol, y no se atrevía a esperar que Italia fuera su lugar de residencia. Teri pertenecía aquí, por su padre, pero ella fue sólo una esposa de nombre y era también una madre de nombre solamente.

—Siempre se un buen chico con tu madre —la mujer italiana acarició la mejilla de Teri—. Vas a ser un apuesto *cavaliere* cuando seas grande, todas los chicas te perseguirán, pero nunca olvides a tu primera chica, la que te amará más que ninguna... *una bionda bella*.

Cuando la mujer salió del tocador, Teri miró a Carol, observándola mientras se arreglaba el cabello.

—¿Tu eres la muchacha rubia, Cally?

—Tengo el cabello claro —le sonrió—. A eso se refería la señora.

—¿Entonces por qué el mío es oscuro? —él quería saber, mirando al espejo en la pared, para fijar su atención en su propio cabello.

—Porque eres como tu padre, Buster. El era moreno, como la mayoría de los hombres italianos.

—¿Era bueno? —esta era una pregunta que Teri le había hecho más de una vez, y le preocupaba, pues pensaba si en alguna ocasión escucharía algo que las tías pudieron haber dicho sobre su padre.

Carol recordó al Vincenzo de quien se enamoró, creyéndolo mucho más caballero y encantador que los jóvenes intelectuales que entraban en la biblioteca donde ella trabajaba.

—Si, era muy agradable —le dijo al niño—. Podía ser muy encantador.

Pero también débil e imprudente, y ella no quería ni siquiera pensar que el niño al crecer fuera igual que su padre. Aquí en este país podría haber un lugar para Teri y tal vez él llegara a quererlo más que Vincenzo. Después de todo, tenía sangre Adams en las venas, que quizá suavizara esas pasiones latinas.

Cuando el tren llegó a la estación, ellos fueron unos de los pocos que se bajaron. Un joven maletero corrió a tomar las maletas y Carol le preguntó si había un café cercano donde pudieran desayunar.

—*Sí, signora* —amablemente cargó las maletas desde la estación hasta el café, donde las mesas ya estaban arregladas en la acera, con arbustos de adelfas en la entrada.

—Vamos a Falconetti —le dijo Carol al maletero—. ¿Conoce el lugar?

—*Sí, palágio del isola* —sonrió, aceptando la gratificación y dejando a Carol sorprendida.

¡El palacio de la isla! ¡Oh, tenía que estar equivocado o estaba bromeando! Vincenzo nunca le dejó entrever que su familia era de la *aristocracia*, *y* repentinamente se sintió muy nerviosa y pensó en su atrevimiento de venir hasta aquí para enfrentárseles con una criatura... si eran importantes, creerían que ella trataba de reclamarles algo de su gran fortuna.

¿Y por qué no? Era indiscutible que Teri era de su propia sangre y ella no quería nada para sí. Su casamiento con Vincenzo había terminado antes que diera comienzo, y el amor que ella tenía para dar, lo había entregado al hijo que Cynara trajera al mundo, resultado de su relación con su esposo.

—Vamos, Búster, siéntate y pediremos algo sabroso para

desayunar.

El fijaba su atención en las palomas que se pavoneaban alrededor de la mesa en busca de migas de pan, pero al oír la palabra comer, se sentó rápidamente en la silla.

—Helado—dijo con una sonrisa halagadora y persuasiva—, ¿con crema de chocolate?

—No, no en el desayuno, caro —y cuando el camarero se acercó, ella le preguntó si podrían servirles un café, un vaso de leche, huevos tibios, pan, mantequilla y mermelada.

Sí, podían pedir todo eso, y algo llamado *marmellata* de higos y albaricoque hecha por los monjes.

—¡*E bella*! —exclamó el camarero mirándola fija y atrevidamente, pues el sol iluminaba su cabello claro, recogido en una trenza en la parte superior de la cabeza, dejando descubierta la delgadez y blancura de su cuello, rodeado con una cadena de la cual pendía una moneda de plata que descansaba en su garganta. Su vestido blanco y gris la hacia verse tan tranquila como una joven novicia.

Pero fría e indiferente como aparentaba ser, Carol no olvidaba cuan perturbadores podían ser los ojos de los hombres italianos, que no expresaban timidez ni confusión al contemplar a una mujer.

Hacía cinco años que Carol no se había ocupado de tener amistad con hombres, habiéndose dedicado por completo a Teri. Se había olvidado que la combinación de su cabello claro y sus ojos violeta grisáceos, podían causar cierto efecto en los hombres que eran totalmente opuestos en colorido... el último que le dijo que era muy atractiva fue Vincenzo, y ella de inmediato le había contestado que él ya no tenía poder para enloquecerla con sus adulaciones latinas.

Ella no fue la única que se dio cuenta de la preocupación del camarero acerca de su cabello.

—¡Ella es mi mamá! —exclamó repentinamente Teri, y saltando de su silla corrió junto a Carol, juntando su cara a la de ella, abrazándola con fuerza.

—¡Que *bambino* tan grande! —dijo el camarero mofándose, levantando una ceja miró a Carol y se retiró entrando en el café para traerles lo ordenado.

—No seas tonto, Buster —Carol le besó la cabeza—. Vamos a tomar nuestros huevos y la mermelada que tanto te gusta.

—Ese hombre te miraba de la cabeza a los pies —le dijo poniendo mala cara; no estaba acostumbrado a los hombres, pues en el Copper Jug, en muy contadas ocasiones entraban, pero sí era lo bastante precoz para reconocer la admiración en los ojos del rival. El levantó la

mano y le acarició el cabello, que sólo él sabía que era muy largo y brillante cuando se soltaba las gruesas trenzas. Le daba hasta la curva de la espina y era la única y verdadera vanidad de Carol. Tanto ella como Cynara tenían el mismo cabello, pero su hermana lo traía liso y corto, al estilo príncipe valiente. Carol conservaba algo de la muchacha anticuada y le agradaba tener el cabello largo. A Teri le gustaba así, y en ocasiones él se lo cepillaba; le decía que era una cola de serpiente, y lo enroscaba en el cuerpo esbelto de Carol, riendo tontamente.

En algunas ocasiones, Teri se mostraba dudoso de que Carol fuera su "mamita", y ella se preocupaba y temía que descubriera algún día la verdad.

—Vamos, sé mi hombrecito grande y siéntate a tomar tu desayuno. No podemos quedarnos aquí todo el día. Recuerda que debemos tomar ese barco, *caro*.

—¡El barco! —aplaudía con gusto al pensarlo, era una de sus pasiones. Después de besarle a Carol el cuello, regresó a su asiento y sonriendo se sentó. Esos ojos tan grandes, ella pensó, con pestañas idénticas a las de su padre. En silencio suspiró... ¡qué distinta hubiera sido su vida si Vincenzo hubiese cumplido sus promesas y sus esperanzas! Pero al contrario, había arruinado sus sueños con toda la imprudencia de un joven egoísta y al hacerlo, él se había acabado en la rueda del placer.

—¡No te veas tan triste, Cally!

Le sonrió a Teri, el hijo de su matrimonio virginal.

—Sólo estoy preocupada, *caro.* Espero que la familia de tu padre nos acepte.

—Si no, Cally, podemos irnos a Roma y vivir ahí, cerca de la fuente del Rey Neptuno —le había impresionado mucho el viejo dios barbudo de la fuente de Treví, con su tridente y su carro.

—Eso sería muy agradable —y pensó si podría ser posible. Su dinero casi estaba agotado, pero tenía una cosa a su favor, sabía hablar italiano y tenía experiencia para trabajar como camarera. Había muchos cafés en Roma, y sin duda también bastantes cuartos baratos.

Sin embargo... no era lo que quería para Teri. Vivir al día, teniendo que usar ropa remendada y nunca poder enviarlo a un buen colegio. La educación era muy importante para un muchacho, especialmente para uno tan listo e inteligente como era su pequeño romano.

Ella le sonrió y su sonrisa era siempre dulce sobre todo cuando la brindaba a alguien que quería.

—Cruzaremos los dedos, *caro.* ¿No te gustaría vivir en una verdadera *isola* con gente de tu clase?

El asintió y jugó con la cuchara.

—Echaré de menos las tartas de fruta de las tías.

—Sí —dijo ella haciendo una mueca, y recordando todas aquellas ocasiones en que su tía había sorprendido al niño hurgando en la cocina, olfateando y mordisqueando las tartas calientes.

Les sirvieron el desayuno y comieron con buen apetito. Su viaje a Catalina había sido bastante largo, y la mayor parte del tiempo se la pasaron con emparedados de queso y galletas. Los huevos que le sirvieron a Teri estaban bastante buenos, así que podía mojar su pan en las yemas doradas. Carol tomaba el café italiano con gran deleite, y disfrutó la mermelada de albaricoque e higo con pan tostado.

Cuando el camarero le entregó la cuenta, Carol le preguntó sí había algún autobús local para el Lago de Lina, pues sería más barato que rentar un auto. "Sí", le sonrió atrevidamente y le dijo que estaban a tiempo para abordar el autobús en la plazuela cercana.

—¿La *signora* está de vacaciones en esta parte del universo?

—Vinimos a visitar a unos parientes —contaba las monedas al tiempo qye las colocaba en su mano—. Fue un desayuno muy agradable, *grazie*.

—Ha sido un placer servirle, *signora,* le ordenaré al mozo que lleve las maletas al autobús.

—Es muy amable de su parte.

—¿Quién no sería amable con una madre tan joven y su *bambino?* —le guiñó el ojo a Teri y fue en busca del mozo. Carol pensó si encontraría la misma amabilidad en la casa de la familia Falcone... el palacio de la isla. Tenía que ser una exageración del maletero, quien quizá pensaba que cualquier casa grande era un *palazzo.*

El anticuado autobús ya estaba calentando el motor para el viaje cuando llegaron a la plaza. Subieron las maletas y ella y el chico encontraron asientos en la mitad del autobús. Los demás pasajeros los miraban con gran curiosidad, y ella escuchó a una mujer murmurarle algo a la persona que iba junto a ella. Eran gente de campo, con rostros quemados por el sol, llevaban chales oscuros y sombreros de ala ancha para protegerse del calor del sol italiano... el *solleone,* el despiadado sol del verano.

El autobús emprendió la marcha y dejó la *piazza,* pasando por casas y tiendas apiñadas y alegremente zumbó sobre el puente desvencijado hacia la carretera, bordeada por cactus, cuyas hojas semejaban espadas sosteniendo un duelo, sus puntas afiladas, brillantes.

Esa mujer del otro lado del pasillo volvía la cabeza y miraba a Teri con ojos agudos. El se acercó a Carol, su mano apretando la de

ella. La mirada de una de las nativas no podía ser maliciosa, pues a las claras se veía que el chico era demasiado italiano; sólo podía significar que reconocía su parecido con la familia Falcone. De inmediato Carol tuvo deseos de preguntarle a alguien acerca de ellos, pero cuando miró a su alrededor buscando un rostro amable, encontró que los pueblerinos los miraban con mucha seriedad, con gran curiosidad y los consideraban unos perfectos extraños, entremetidos en sus vidas tan limitadas, pero podían ver que el chico era uno de ellos, pero no así Carol, y por lo tanto, era una fuente de sospecha e intranquilidad. Cuando sorprendió sus miradas, ellos las desviaron y la hicieron comprender que tendría que cruzar un gran abismo antes que la aceptaran.

¡Oh, Dios mío! ¿Sería lo mismo con los Falcone? ¿Tendría en realidad que enfrentarse al terrible dolor de partir sin Teri a fin de asegurar su futuro?

Miraba su cabecita oscura y no podía soportar la idea de estar separada de él, y sin embargo era una posibilidad muy cercana. Que la gente de Sabina no recibía bien a los extraños era evidente, y ella sólo podía suponer que el camarero, tan amigable, era procedente de Roma, donde las personas eran mucho más amables.

Teri le sonrió y ella cambió su expresión tan pensativa, compartiendo su interés en la vista pasajera: 1as granjas dispersadas con imponentes puertas de madera y arboledas de castaños en el cerro bañado por el sol. La carretera bordeaba las granjas de Sabina, y ella contemplaba maravillada la hermosura de todo el panorama. Estas granjas tipo fortaleza, con terrazas de aceitunas, eran de la época de la invasión romana; habían construido puentes con arcos triples y los legionarios marcharon por esta misma carretera.

Todo era muy emocionante y no pudo menos que reaccionar ante el paisaje y recordar su historia tan fabulosa. Aquí, en este lugar, los soldados se llevaron a las mujeres de Sabina, sus gritos haciendo eco a través de estos cerros y sus enaguas azules o verde claro, deben haber ondulado sobre el arzón de sus rudos y sonrientes secuestradores. ¿Habrá sido tan terrible, pensó ella, el ser secuestrada por un soldado, rudo y cruel, marcado por la guerra?

Su corazón dio un ligero vuelco. ¿Sería ésta la clase de hombre que ella realmente prefería, muy en el fondo de su corazón? Pero era seguro que en la actualidad ya no había hombres así, atrevidos y peligrosos, montando a través del campo con el intenso sol, donde los geranios rojos crecían entre las espadas de los cactus.

De pronto llegaron al Lago de Lina. La carretera curvándose de repente y pudiendo observar todo el ancho del lago resplandeciente, con su gran puerto y una hilera de casas llenas de colorido. El autobús se detuvo en una *piazza* empedrada y Carol y Teri bajaron

con sus maletas, sintiendo el ardiente sol y se quedaron solos, ya que el resto de los pasajeros se dispersaron a sus hogares.

Escalones de piedra conducían a la orilla del lago, y ahí encontraron a un barquero, que los llevó a la *isola, y* porque Carol era una extranjera, él pidió una tarifa que ella sabía era demasiada alta. No podía discutir con él. Para llegar a Falconetti se necesitaba un bote, y habiendo llegado hasta aquí, más valía seguir el resto del camino y descubrir qué clase de familia había emparentado.

Sus maletas fueron acomodadas en el bote y convencieron a un Teri sumamente excitado a que se sentara, si no quería caer al lago. Hablaba con el barquero mientras Carol, sentada en silencio, observaba la proximidad de la isla con cada movimiento de los remos. Se acercaban a los Falcone y su corazón palpitaba acelerado, aumentando el ritmo cuando rodearon la isla y se dirigieron al muelle, cuyas paredes estaban ya gastadas por el agua y donde en una gran extensión de tablas, estaban amarrados varios veleros de distintos colores.

Lentamente levantó la vista del muelle hacia la casa majestuosa que sobresalía entre la jungla de plantas y enredaderas verdes quemadas por el sol y refrescadas por el mar... idéntica a la villa de un gobernador romano, con columnas blancas bañadas por e! Sol, grandes terrazas con vista al mar y con su propio balcón de roca.

Carol contuvo la respiración asombrada. ¡Así que era cierto! La casa de los Falcone era un *palazzo* y la familia de Vincenzo tenía los medios para darle a Teri una vida mejor de la que ella pudiera ofrecerle.

—Mira, *caro* —le llamó la atención el soberbio lugar, las paredes color champaña, los jardines colgantes y terrazas suspendidas como por arte de magia en el aire tibio—. Esa es la casa donde nació tu padre... ¿No es hermosa?

Teri fijaba la vista en la hermosa casa con ojos bien abiertos... tenía todo el esplendor de una de las ilustraciones de sus libros de cuentos, ahí en su propia isla, esperando recibirlos o rechazarlos.

—¿Es verdadera, Cally? —le preguntó—. ¿Es ahí donde vamos a vivir?

—Es bastante real, *caro,* pero no sé si viviremos ahí. Tendremos que esperar y ver cómo nos recibe la familia de tu padre.

Mientras el bote se deslizaba hacia el muelle, ella contemplaba la casa y se decía con cierto desafío que los Falcone podían compartir su gran fortuna con Teri, porque se lo debían. El era muy inteligente y con una hermosa carita por ser hijo de Vincenzo. En un tiempo, ella pudo tener el derecho de venir aquí sin sentirse culpable.

No debería sentirse culpable... sus ojos la podían delatar. Durante cinco años fue aceptada como la madre de Teri sin tener que

contestar preguntas, y no había razón para que su petición fuera puesta en duda por los Falcone. Ella no pedía nada para sí, pero sería maravilloso sí pudiera quedarse aquí con Teri.

Su corazón latía a un ritmo acelerado y la impaciencia brillaba en sus ojos grises con tintes violeta. Falconetti estaba muy lejos del Copper Jug y de su aroma eterno del horneado de pasteles y jarras de té; de su constante chismorreo y las pretensiones de un pequeño poblado; y del cuarto donde disputaban y escatimaban gastos las tías, que guardaban todas sus ganancias para sus préstamos inmobiliarios y que, ocasionalmente, le daban a Teri una tarta de fresa, a regañadientes. Apretó la barbilla y decidió que si fuera posible, se quedaría. Es más, ella dudaba si Teri quisiera separarse de ella, pues sus deditos la apretaban durante todo el trayecto a la casa, por el camino sinuoso hasta las rejas decoradas con volutas. Dejaron las dos maletas grandes al pie de los escalones, éstos eran demasiado empinados y tenía la sospecha que iba a necesitar de todo su aliento para enfrentarse con la familia de Vincenzo.

Una familia extraña, quien a la hora de su muerte, sólo había enviado a un representante para recoger sus restos y no había hecho ningún contacto con ella. Muy lastimada por tantos sucesos al mismo tiempo, Carol los había ignorado como ellos lo hicieron con ella, pero ahora se tenía que tragar su orgullo.

—Mira estas flores, Cally —Teri observaba asombrado la gran cantidad de adelfas contra la pared y un árbol que sobresalía, cuyas flores doradas y otras color carmesí resplandecían contra la pálida piedra. En el centro había un estanque para peces, flanqueado por unos floreros largos de piedra, que tenían máscaras esculpidas. Teri soltó la mano de Carol y corrió ansioso hacia el estanque, para admirar a los veloces peces dorados con colas transparentes.

Carol sonrió y vio a su alrededor. Hermoso, pensó de nuevo, como si el tiempo se detuviera en esta isla bañada por el sol. ¿Cómo pudo Vincenzo dejar esto para acudir al llamado del placer...? una rápida decisión hedonista que terminó trágicamente.

Cynara pensó que Teri era el secreto de su culpa, pero muerto Vincenzo, acudió a Carol para pedirle ayuda y se la había brindado... siempre estaba dispuesta a dar y nunca a recibir.

Caminó lentamente hacia la hermosa y vieja fuente en forma de ninfa...

De repente, Carol vio que alguien estaba parado en la sombra del arco que conducía a otra sección del amplio campo, y poco a poco giró hasta mirar la cara que en silencio los observaba.

Era una mujer joven, con una falda larga color escarlata y una blusa de seda blanca, que brillaba al salir de entre las sombras al sol. Su cabello era negro como azabache, como dos alas juntas en su

bien proporcionada cabeza, tenía una especie de extraña belleza y su rostro reflejaba su temperamento.

—¿Y quién es usted? —hablaba en un inglés perfecto, pero con un acento fuerte. Miró fijamente a Teri, quien también la miraba atento. La mujer dio un grito de asombro y llevó una mano a la boca —. *¡Santo Dio!* —y la expresión de sus ojos negros fue de temor, como si hubiera visto un fantasma.

—Este es Terence —Carol habló en voz baja y firme, de inmediato adivinó que la muchacha italiana había reconocido a Vincenzo en la cara de su hijo—. Y yo soy Carol Falcone... la viuda de...

—No —la joven la interrumpió terminantemente—. *Yo* soy la viuda de Vincenzo Falcone, y usted la mujer inglesa con quien él tuvo una aventura allá en Inglaterra. ¿Cómo se atreve a venir hasta aquí? ¡El *baróne* la matará por atreverse a traer al niño a esta casa, para que otra vez nos veamos envueltos en un escándalo!

Carol permanecía parada como una estatua de piedra, su rostro blanco. No intentó negar lo dicho por la mujer... ella lo aceptó con la misma frialdad con la que había aceptado la aventura de Vincenzo con Cynara. El fue completamente inmoral, y una vez más, ella era la víctima de sus inclinaciones amorosas.

—¡No quiero que me maten, Cally! —Teri corrió hacia ella y Carol lo abrazó con fuerza.

—Nadie te va a hacer daño, no te tocarán ni la punta de un cabello —levantó la barbilla, y la vista, para encontrarse con la mirada de odio de la belleza italiana que no había sido capaz de retener a Vincenzo... ninguna mujer podía haberlo hecho.

—¿Quién es el *baróne?* —preguntó Carol, ninguna chica histérica la haría retroceder. Tenía que hablar con alguien que tuviera autoridad aquí, que pudiera desenredar esta telaraña con la que Vincenzo había atrapado a sus mujeres.

—Yo no le aconsejaría que hablara con él —contestó la joven —. Regrese al lugar de donde vino y déjenos en paz...

—¡No le tengo miedo a este hombre, quienquiera que sea! —dijo Carol con más seguridad de la que sentía. ¿Quién era este hombre? ¿Sería el padre de Vincenzo y por lo tanto, el abuelo de Teri?—. El me tiene que oír por el bien de mi hijo, quien como puede ver, *signora,* es el hijo de su finado esposo. No se puede evitar por más tiempo una confrontación con el *baróne.* Supongo que él es el jefe de la casa.

—¡Naturalmente que lo es! —contestó la chica con orgullo, moviendo la cabeza con enfado—. ¿Pretende decir que no sabe nada sobre Rudolph? Con toda seguridad usted vino hasta aquí para tener una aventura con él, pero él no es tan fácil de conquistar como su

hermano...

—¿Su hermano? —la interrumpió Carol—. ¿Vincenzo y este hombre... Rudolph?

—¡Pretende ser muy inocente! —fue la respuesta sarcástica—. Si está esperando poder entrar al *palazzo* con el niño producto de sus *amores,* entonces se va a llevar una sorpresa. Cuando Vincenzo murió, no quisieron hablar con usted y ahora tampoco lo desean, y sería muy inteligente si saliera de aquí corriendo, antes de enfrentarse con Rudolph y presentarle sus peticiones. El no es como su hermano que se enamora de todas las mujeres. Sus ojos y sus manos no la examinarán, pero si la echará fuera de su propiedad.

—Correré el riesgo. ¿Se entra a la casa por ese arco?

Le señaló por donde había aparecido la muchacha italiana y tomando a Teri de la mano con mucha firmeza entró a las sombras y atravesó el umbral, pasando a un enorme vestíbulo con piso de mosaico. Estaba en el *palazzo.*

Un criado con un chaleco rayado limpiaba los arbotantes y Carol se le acercó diciéndole con voz firme que la llevara donde estaba el amo. El, asombrado, abrió la boca y se le quedó mirando.

—*¡Andiamo!* —le dijo ella—. Si es tan amable.

—Por aquí, *signora* —los condujo por un tramo de escalera curva de mármol, al *piano nobile* y ahí se detuvo frente a una impresionante puerta. Tocó, diciendo de inmediato—: *¡Scuzate!* —y bajó rápidamente la escalera, dejando a Carol a que obedeciera la orden del que estaba del otro lado de la puerta.

—Vamos, Teri —le dijo—. ¡Vamos a enfrentarnos con el Gran Jefe!

CAPÍTULO 2

Era un cuarto inmenso al que entraron Carol y el niño, al obedecer la orden dada con tanta autoridad. Ella estaba consciente del fino e imponente mobiliario, aun cuando su atención la fijaba en esa figura sentada detrás de un escritorio estilo renacimiento, colocado debajo de una ventana grande, encortinada con un material muy llamativo.

Teri le apretaba la mano *y* ella sintió una gran compasión por él. Todo esto era extraño para un pequeño que había pasado su vida en un pueblo tranquilo, y tuvo deseos de abrazarlo fuertemente y gritarle al *baróne* que ni ella ni Teri habían pedido encontrarse en estas circunstancias; ambos eran víctimas inocentes de las pasiones de otras personas.

La alfombra silenciaba sus pasos hacia el gran escritorio, y el *baróne* sentado, casi vuelto hacia la ventana, de manera que Carol lo veía de perfil, fijándose en la gran nariz romana, las cejas gruesas, la sien hundida debajo del mechón de cabello negro azabache. Arrogante, de seguro tan bien parecido como Vincenzo... lentamente giró su silla y ella se asombró, al ver que el otro lado de su rostro estaba marcado, al parecer por el fuego.

El la miró a los ojos, advirtiendo su reacción al ver su rostro y observando al instante la sorpresa que se reflejaba en sus facciones. Movió un poco los labios y se puso de pie; ella estaba consciente de su elegancia sombría, su cuerpo delgado, su gran personalidad. Era un Mefisto sardónico, con una cualidad hipnotizadora en esos ojos oscuros de halcón, en ese diabólico rostro.

Observándola en silencio abrió la tapa de una caja antigua y sacó un puro. Sus manos eran delgadas, con la belleza masculina que debe haberlo hecho arrollador antes que su rostro fuera tan cruelmente desfigurado.

Los dedos de la mano derecha jugueteaban con el puro, y movía la izquierda hacia una campana que tenía en el escritorio. Carol sentía vibrar sus nervios, pero no era ninguna chica débil que se asustara por este descendiente de la nobleza italiana, con rostro marcado.

—No tiene que mandar por un sirviente para que me eche fuera, *signore* —dijo ella y le dio gusto ver que controlaba su voz—. Teri y yo no hemos venido a mendigar, ni tampoco es mi intención insistir que le deben reconocimiento como un miembro más de su familia. Yo sólo quiero que lo vean para que ustedes juzguen si es hijo de Vincenzo, aun... aunque yo no sea la esposa legítima de su hermano. Sí se efectuó la boda y tengo los papeles que lo confirman...

—Mi querida señora —la voz era dulce pero desconcertante—.

¿De qué está hablando? Invade mi privacía y me habla en clave. ¿Quién es usted?

—Yo soy la mujer con quien se casó su hermano en Inglaterra —sus ojos con expresión de cólera—. Usted ya sabe quien soy y puede ver claramente que mi hijo es muy parecido a su hermano.

Los ojos de halcón miraban a Teri, quien devolvía la mirada a esa figura alta, sin ningún temor, como Carol le había enseñado.

—Se ha sabido que los niños gritan cuando me ven —los labios marcados dibujaban una pequeña sonrisa—. Sí, debo admitir que es la viva imagen de Vincenzo, y parece tener su misma desfachatez. ¿No te asusto, pequeño?

—Es usted muy alto —dijo Teri sin miedo—. ¿Se va a fumar esa cosa dorada?

Carol observaba al *baróne* con mucha atención y sintió una extraña punzada en el corazón cuando él levantó una ceja al chico y por un breve momento pareció no saber qué contestarle. Después miró el puro entre sus dedos y retiró el papel dorado.

—Nada es como parece ser, pequeño —le dijo con esa voz tan singular y melancólica; no obstante el acento, su inglés era perfecto—. Un momento puede parecer una cosa de magia y al otro es sólo un puro.

Encendió un cerillo y al prender el puro, la llama estaba cerca de su rostro, haciendo que Carol sintiera un escalofrío. Sí, había sido el fuego lo que destruyó este magnífico rostro, y por alguna razón muy personal, este hombre nunca se había sometido al cuchillo de un cirujano plástico. El prefería sus cicatrices y ella pensaba por qué.

En el momento que exhalaba el humo por la boca, la puerta de la habitación, tan llena de emociones, se abrió y una chica joven como de dieciséis años entró. Le sorprendió ver a Carol y a Teri y se acercó al *baróne* con cierta timidez.

—Ahí estás, *carina* —dijo él, y dirigió su vista a Carol—. Esta es mi hija Flavia, quien atenderá al niño mientras nosotros hablamos sobre su visita... tan inesperada. Flavia, lleva al chico al huerto y corten algunos duraznos... los maduros, *carina.* Cómanlos en el *grotto* que está fresco y él podrá ver los peces en el estanque.

—Sí, papá —la joven sonrió y extendió su mano hacia Teri, pero él miró a Carol dudoso. Ella también no sabía si dejarlo ir, pero la hija del *baróne* parecía ser bastante amable y muy joven, además muy hermosa con sus ojos sonrientes, lista para salir, sus pómulos altos disminuyendo a formar un triángulo con el maxilar. Tenía una boca ancha y expresiva y los ojos eran café claro.

—El chico estará seguro con Flavia —ahora él hablaba con un tono de entusiasmo en su voz—. ¿Acaso es uno de esos niños bonitos que se pegan a las faldas de la madre y nunca la dejan sola?

—No, no es así —contestó, molesta por su tono de voz—. Teri no es un chico nervioso en lo absoluto, pero ésta es una casa extraña para él, así como Italia. *Caro* —se inclinó hacia él para arreglarle el cuello de la camisa—, ve con la hermosa joven a ver los peces. Yo... yo tengo que hablar con este caballero y para ti será más divertido cortar duraznos con Flavia.

—Está bien, Cally —le dijo, y acercando su mejilla a la de ella le susurró—: Es más bonita que su padre, ¿no es cierto?

—Ahora vete, Buster —Carol se mordió el labio, deseando que el *baróne* no hubiera escuchado el comentario de Teri, pero los niños son crueles sin darse cuenta, probablemente él ya estaba acostumbrado—. Y no comas demasiados duraznos o tendrás dolor de estómago.

—Nuestros duraznos son dulces, *signora* —dijo una voz ronca sobre su cabeza, pero ella no se atrevió a mirar esos ojos sardónicos hasta después que los chicos cerraron la puerta... su hijo de corazón sino de cuerpo.

—Por favor, tome asiento —una mano delgada le indicó una silla con respaldo cerca de su escritorio y Carol aceptó con gusto la invitación. Ahora sentía una nueva sensación hacia este hombre y sus piernas temblaban. En primer lugar no sabía que Vincenzo tuviera un hermano y menos uno cuyo aire de mando la impresionara tanto y la desconcertara a la vez. Le daba la impresión que era una pintura de Díaz, que había estado entre las llamas y rescatada como una obra de arte arruinada.

El volvió a su silla de respaldo alto y se sentó estudiando a Carol a través de la cortina de humo del puro. El escrutinio era bastante molesto en ese rostro tan parecido al de Vincenzo, y Carol bajó la mirada al fauno de bronce que estaba en su escritorio; era una obra de arte perfecta y la superficie brillaba como si fuera verdadera piel. Un hombre de impecable gusto, dijo para sí, que se rodeaba en su cuarto privado de exquisitos objetos... una compensación, quizá, al hecho de que él mismo estaba marcado, lo que hacía que muchas personas, sin querer, desviaran la vista de su rostro.

Pero no eran sus cicatrices lo que la hacían no querer mirarlo, eran sus ojos, firmes como un halcón sobre su presa, lo que la ponía tensa como una liebre a punto de ser atrapada, esperando el zarpazo...

—Usted no es, hablando con la cruda verdad, el tipo de mujer por la que mi hermano perdiera la cabeza —le dijo—. A él le gustaban sensuales, no sensitivas... usted es una muchacha chapada a la antigua, ¿no es así?

Carol lo miraba, retando esos ojos penetrantes.

—¿Por qué dice eso, *signore baróne?*

Tenía sus ojos fijos en el cabello de Carol, trenzado sobre la cabeza que le daba al cuello un aspecto vulnerable.

—¿Necesito explicarme, *signora?* —le dio ese titulo de mujer casada aunque ambos sabían que era falso debido a la mujer italiana con la boca apasionada, que le había asegurado a Carol que el *baróne* la mataría por venir hasta aquí y abrir viejas heridas.

—Las apariencias pueden ser engañosas —replicó ella—. No debería estar tan seguro al hacer sus juicios.

—¡Ah! Pero en este momento, estoy casi seguro. Su cabello... ¿se puede sentar en él cuando deshace las trenzas?

—Más o menos —Carol sintió que se sonrojaba... pensó que era fuera de lugar estar hablando del largo de su cabello con este hombre... el cabello que sólo en la privacía de su alcoba dejaba suelto. ¿Tendría las mismas inclinaciones que Vincenzo? ¿Tendría su esposa que soportar su parcialidad hacia otras mujeres?

—Muy poco común en estos días y en esta época —sus ojos la observaban con cierta curiosidad—. Las jóvenes modernas piensan que el cabello largo es una carga. ¿En realidad se puede sentar sobre su cabello?

—Ya le dije que sí, *signore.*

—¿Y si prefiero no creerle?

—Entonces pensaría que me considera una mentirosa.

—¿Es usted una mentirosa? Llegó aquí caída del cielo, con un chico tomado de la mano y me dice que mi hermano se casó con usted.

—Tengo mis papeles que lo prueban, *signore,* si desea examinarlos.

—¿Por qué, me pregunto, se casó con *usted? O* por lo menos, llevó a cabo esa farsa matrimonial.

—El me dijo por qué —Carol levantó la barbilla y recordó esa amarga discusión con Vincenzo—. El me dijo que yo era el tipo de las que necesitaban un anillo de boda *antes* de la luna de miel.

—Sí, esas hubieran sido sus palabras. Y de este *corte e amore.* llegó el hijo.

—Sí, el hijo de Vincenzo —su corazón dio un vuelco, pues este hombre le había preguntado si era mentirosa, y qué mentira podía ser tan grande como la de pretender que su unión con Vincenzo había sido real y ella había tenido un hijo, a quien llevó a la iglesia y bautizó con el nombre romano de Terence.

—No hay necesidad de asegurarme que el niño es un Falcone —una ligera sonrisa apareció en esos labios marcados—. Mi hermano vuelve a tomar vida en ese pedacito de humanidad...

—Sólo pido que no sea como su padre —interrumpió Carol—. Espero que lo único que herede de Vincenzo sea la buena apariencia

y su buena educación.

—Y el resto, *signora,* ¿será como su madre?—los ojos de halcón la examinaban—. ¿Es usted una angelical criatura, entonces, que no tiene defectos que pasarle a su hijo? ¿No tiene orgullo, ni mal genio, ni deseos oscuros y secretos que no la dejen dormir por las noches? ¿Nunca pierde la paciencia con otras personas y es siempre tan honesta?

—Procuro... ser tan honesta como sea posible —su corazón latía presuroso, sentía que este hombre que había conocido tan bien a Vincenzo tenía dudas acerca de ella e intentaba investigar, según sus propios métodos tortuosos—. No soy ningún ángel... nunca pretendería serlo. Las mentirillas blancas en ocasiones son necesarias para proteger a alguien que nos interesa.

—¿Y las mentiras negras, señora? —ahora sus ojos tenían una mirada despiadada y Carol sabía con certeza que la estaba sometiendo a un intenso interrogatorio con mucha diplomacia, mirando con gran interés su larga cabellera rubia—. ¿Nunca ha recurrido a una de ésas?

—No acerca de mi cabello —dijo forzando un tono de ligereza en la voz, necesitando con desesperación distraer su atención sobre la duda que tenía su mente italiana, que ella no pudo haber sido la mujer de su hermano—. Es mi única vanidad, o por lo menos, eso me gusta creer. ¿Si suelto mis trenzas se convencerá de mi... veracidad?

—Cualquier hombre que se convence de la veracidad de una mujer es un idiota o un santo, y yo no soy ninguno de los dos. También he aprendido que una mujer no le hace ningún favor a un hombre sin esperar algo a cambio. ¿Qué es lo que quiere de mí, *señorita inglesa?*

Casi grita en voz alta, el corazón pareció saltarle hasta la garganta por la forma en que dijo esas dos últimas palabras, la voz sumamente sombría.

—Quie... quiero para Teri una vida mejor de la que yo le pueda dar... eso es todo, *signore baróne* —su voz entrecortada... casi sollozando.

—¿Eso es todo? —el humo hacía espirales sobre sus facciones, desvaneciéndose entre las espantosas cicatrices de su rostro—. Con toda seguridad eso no es todo... ¿y su madre que le dio la vida?

—¡Está bien! —se sentó muy erguida en la alta silla italiana y lo miró directamente a los ojos, esos ojos escrutiñadores—. Quiero quedarme con Teri si usted dice que él puede vivir aquí en Falconetti. Pero no quiero su caridad... nunca la he recibido de nadie y siempre me he ganado mi sustento y un lugar dónde dormir.

—¿Y en qué le gustaría trabajar aquí en mí casa?

—Puedo... puedo ayudar en el *palazzo,* que obviamente es un lugar muy grande. No le temo al trabajo pesado, *signore.*

—Tengo sirvientes y una cocinera, ellos se sentirían indignados si tomara ayuda inglesa en mi casa, que siempre ha sido italiana.

—Entiendo —las manos de Carol temblaban en su regazo, le había costado mucho trabajo tragarse su orgullo para hacerle la petición a este hombre—. Usted aceptaría a Teri pero no a mí.

—¿Yo dije eso?

—No en tantas palabras, pero lo veo en su cara...

—¿De veras, señora? No puedo sentir casi nada en un lado de mi cara, pues los nervios están muertos. ¿Quizá usted presume que mi corazón también está tan muerto como mi rostro?

—No, nada de eso, *signore.* Sólo que parece natural que yo no congeniaría con su personal y casi puedo leer su mente cuando me mira y ve a la... a la mujer con quien Vincenzo vivió en Inglaterra.

—Nunca suponga que conoce mi mente —le habló bruscamente y apagó el puro en el cenicero de bronce—. Sólo que no me gustaría que la madre de mi sobrino trabajara como sirvienta en mi casa.

—No me importaría...

—Pero a mí sí, y eso queda olvidado.

—Entiendo —la esperanza empezó a apagarse ante el implacable rostro y la voz del *baróne*—. Un *palazzo* tan grande como éste, ¿no tendrá una biblioteca con demasiados libros? Eso era mi trabajo, cuidar de los libros antes de... oh, antes de trabajar con mis tías en su salón de té. Me encanta trabajar entre libros...

—Realmente una chica anticuada, ¿eh?

—Sí... supongo que sí.

—Con el cabello hasta la base de su espina, por lo menos eso asegura.

—Más allá de mi espina y lo puedo probar.

—¡Muy bien! —algo en sus ojos la hizo recordar vividamente a Vincenzo; una luz endemoniada reflejaba su seriedad y por un momento era reemplazada por una temeridad absoluta—. Si me prueba que se puede sentar sobre su cabello, entonces el empleo en mi biblioteca es suyo. Pero si está presumiendo...

—Nunca presumo, *signore* —Carol se levantó y haciendo a un lado su primer impulso mojigato de alejarse de este hombre que pudiera ser mucho más peligroso que Vincenzo, levantó las manos y empezó el ritual de soltarse el cabello; un ritual sólo visto por otro hombre... un pequeño de cinco años.

Ahora delante de este hombre, casi un extraño, se soltaba la brillante cabellera hasta que lentamente resbalaba sobre la espalda, desenredada y viva con motes dorados, cayendo sobre la delgadez de

su cuerpo hasta más allá de las caderas.

Allí estaba, parada frente a la alta ventana italiana, el rayo de sol iluminando su cabello; se sentía desnuda, mientras los ojos de Rudolph Falcone examinaban lentamente su cuerpo y el cabello suelto.

—¡Siéntese! —le ordenó.

Ella obedeció y las suaves puntas del cabello quedaron debajo de las curvas de su cuerpo, en la silla oscura tallada con guirnaldas y pequeñas máscaras. Carol temblaba cuando el *baróne* se puso de pie y rodeó el escritorio para observarla. Era muy alto, derecho como un poste, enfundado en un traje gris oscuro.

—Gana usted la apuesta —le dijo, y su voz era todavía más enérgica—. Póngase de pie otra vez, por favor.

En completo silencio, ella obedeció, el *baróne* dio un paso hacia ella, que quedó casi sin aliento al ver que él extendía una de las manos morenas y con los dedos recorría la suavidad dorada de su cabello.

—Nunca se lo corte —le dijo—. Sería como la destrucción de una copa de Verzelini, con colas de serpientes enroscadas sosteniendo el delicado tazón —y de repente, le envolvió el cuerpo con el cabello blondo, y la acercó a él. La detuvo así por un momento, ella sufría por el impacto cercano de su rostro—. La mujer de Vincenzo, ¿eh? ¿Por qué tiembla?

—Porque usted es un extraño... —Carol podía sentir su corazón presionado contra él y nunca había sido tan aguda su aprensión—. Porque usted me ha hecho hacer a un lado mi orgullo para pedirle algo, y juré que no le pediría nada.

—Una mujer hace cualquier cosa por su hijo —sus ojos le examinaban el rostro con detenimiento—. El amor es como una hoguera. Una llama que arde intensamente... mí cara la asusta, ¿no es cierto?

—Me asusta, sí.

—¿También le repugna?

—No...

—¿No? —se burló—-. Una de sus mentirillas blancas, me imagino, para no lastimarme. Ya no me lastiman... y menos la mujer de Vincenzo.

¡La mujer! Su esposa, quien en cualquier momento podía entrar en esta habitación y sorprenderlos así.

—Por favor, *signore,* me gustaría arreglarme el cabello.

—Y a mí —le dijo con voz ronca—, me gustaría enredarlo.

—Por favor... no es esto a lo que vine —de repente se le ocurrió que él pensaba en ella como la mujer de Vincenzo y todo lo que esa palabra significaba. Vincenzo había dejado en Falconetti a su

esposa legítima y ahora ella venía a la *isola* con una criatura, y al pedirle quedarse con el chico ahí en la casa, él deducía que estaba dispuesta a pagarle al *baróne* de este modo. Su piel le ardía, y se apartó con tanta violencia de su lado, que sintió un fuerte dolor en las raíces del cabello.

—¿Por quién me toma? —estaba sorprendida—. Suélteme antes que alguien nos vea así... no quiero enemistarme con su hija ni con su esposa.

—¿Mi esposa? —de repente los ojos que la miraron, expresaban una dureza de topacio en su cara morena—. ¿Pretende no saber nada acerca de la familia de Vincenzo? Vivió usted con él y sin embargo, profesa una inocencia completa sobre todo lo que lo rodeaba.

—El nunca hablaba de su familia, así que pensé que había tenido... una disputa. Tampoco supe que él tuviera ya una esposa —ella miraba directamente a los ojos de Rudolph Falcone y lo retó a que la llamara embustera—. ¿Usted cree que yo hubiera vivido con un hombre casado?

—De uno u otro modo, eso es exactamente lo que hizo, *signora* —sus ojos sardónicos miraban con fijeza los de ella—. Tiene la evidencia en la forma de una criatura, ¿no es cierto? ¿Cuántos años tiene?

—Cinco —contestó y sintió antagonismo hacia este hombre que tenía una forma más sutil y más peligrosa de acercarse a las mujeres que el encanto que tenía Vincenzo. Era perspicaz y le gustaba torturar, como el halcón que no deja su presa hasta que le extrae la sangre.

—¿Por qué esperó hasta ahora para venir a Falconetti? Es el tiempo que tiene Vincenzo de muerto, así que me imagino que el chico era un bebé cuando él sufrió el accidente.

—Teri nació dos meses después que Vincenzo murió —no pudo evitar que su voz temblara; se sentía como si estuviera en arena movediza, con ganas de hundirse para librarse de la mirada de este hombre que en cierto modo era como una puñalada—. He procurado darle las cosas que debe tener, pero no gano lo suficiente. Tengo mi orgullo, *signore*. No quería acudir a la familia de Vincenzo, pero Teri es un chico muy inteligente y yo... yo quiero que tenga una vida decente y no llena de privaciones.

—Muy digno de elogio, pero si Vincenzo nunca le habló de la familia, ¿cómo iba a saber que nosotros la ayudaríamos? Pudimos haber sido una familia pobre, que sólo ganaba el sustento para nosotros mismos. ¿Cómo era posible que mantuviéramos al hijo y a la vez a la mujer de Vincenzo?

—¡Por Dios Santo! ¡No me siga llamando su *mujer*! —un

temblor de angustia le corrió por el cuerpo—. Yo lo creí mi esposo y eso no es mentira, pensé que su familia era acaudalada.

—¿Lo amaba? —la pregunta llegó inexorablemente—. Si bien recuerdo, mi guapo hermano era incapaz de serle fiel a ninguna mujer, y tengo el curioso presentimiento que usted nunca fue realmente... su tipo.

—El está muerto —le dijo en voz baja—. Los recuerdos están enterrados junto con él, y sólo me importa el niño. ¿Su esposa nos aceptará, *signore?*

—Lo dudo —dijo fríamente.

—¿Entonces...? —Carol lo miraba con ojos perplejos.

—El caso es que yo no soy casado. Flavia es mi hija adoptiva. Su padre era mi socio y yo me hice cargo de ella cuando sus padres murieron en un accidente durante un paseo en barco, junto con su hijo, muy joven por cierto. Flavia estaba en el colegio. ¡Esposa! ¿Qué mujer podría amar *esto?* —con un movimiento abrupto tomó la mano de Carol y la forzó a tocar su mejilla cicatrizada, y ella no pudo menos que dar un grito—. No es un rostro muy romántico para que una mujer !o acaricie y lo bese, ¿no es cierto? —sus ojos tenían una burla cruel —. ¿Que mujer podría acariciar mi cara con manos amorosas?

En forma abrupta, soltó la mano de Carol.

—No tengo esposa y es mejor así. Los hombres halcones no son los mejores esposos y cuando sufrí mi... accidente, tuve la fortuna de no quedar ciego, que hubiera sido mucho más insoportable que las cicatrices, y yo, por lo menos, puedo sobrevivir con ellas.

Al hablar volvió la cara, de manera que sólo mostraba el lado sano, orgullosamente cincelado, con pómulos altos, que hundidos en la piel oscura, le daban un aspecto de hombre hambriento. El tocó con sus dedos el fauno de bronce que estaba en su escritorio, sus manos eran del mismo color e igualmente bien hechas.

—Quédese en Falconetti con su hijo... y ahora sería mejor que me dijera su nombre.

—Carol —dijo rápidamente mordiéndose el labio, recordando a tiempo que ya no tenia derecho al apellido de Vincenzo—. Carol Adams.

—Es mejor que nos refiramos a usted como la señora Adams, con toda propiedad, por su bien, pues la gente de la isla suele ser demasiado estricta en cuanto a la moralidad —la miró otra vez y sin pestañear observó la facilidad con que ella se arreglaba el cabello, trenzándolo hábilmente y colocándolo en la coronilla de la cabeza.

—Su serenidad es asombrosa, señora Adams, dadas las circunstancias.

—Me... me advirtieron que usted quizá me mataría, *signore,* por atreverme a venir hasta aquí.

—Entonces le fue mejor, ¿no es así? ¿Tomará un vaso de vino?

Al asentir, él se dirigió a una vitrina y sacó una licorera de cristal cortado y un par de copas para vino. Carol necesitando relajar sus nervios destrozados, miró alrededor de la habitación y observó con más detenimiento su extraordinaria belleza: los paneles de caoba oscura que brillaban como armadura recién pulida y los frescos en el techo, con sus bellos colores, nubes y mantos flotando, cuerpos curvos y ojos brillantes.

—Su vino, señora Adams —estaba parado frente a ella, sosteniendo la hermosa y antigua copa de vino, con figuras de pequeños duendecillos. Al tomarla y verla con evidente placer, una ligera mueca sonriente asomó a los labios de Rudolph.

—Nunca beba buen vino que no esté en el mejor de los recipientes. El vino, como el amor, no vale la pena probarlo si no se sube a la cabeza y al corazón. *¡Salúte!*

—*Salúte* —ella repitió y encontró que el vino era soberbio y bastante fuerte—. Tiene una hermosa casa, *signore.* No podía creerle al portero del tren cuando dijo que era un *palazzo.*

—¿Estaba investigando si somos ricos? —le preguntó y con un ademán la invitó a que se sentara en un sillón de cuero rojo. Cuando lo hizo él ocupó el otro sillón igual.

—Usted pensará que soy muy material, *signore,* pero lo que dije de ganarme el sustento es en serio. No lo aceptaría de otro modo, y no espero que Teri tenga ningún derecho legal sobre su dinero...

—¡Así es, no tiene ninguno! Hubiera sido muy torpe de su parte, ¿no es cierto?, si su hijo se pareciera a usted en lugar de ser igual a su padre. Podía haberla echado de la isla si hubiera llegado con un niño rubio con ojos color claro.

Carol miró con severidad al *baróne* cuando dijo eso. El era un hombre perturbador... todo él, su voz, sus observaciones, sus facciones perfectas que debieron ser las de un gran romano, un hombre al que las mujeres lo obedecían con sólo sonar los dedos. Ahora imponía temor, como si disfrutara su crueldad con la mujer, especialmente s¡ ella le mostraba atención o interés.

—¿Será cariñoso con Teri? —le preguntó muy tensa.

—Sí, madam —agitó su copa de vino—. Yo reservo mi crueldad para las mujeres, usted lo sabe, ¿no es cierto?

Carol lo miraba y pensó así misma que él era *diávolo* en un modo distinto a Vincenzo. Su hermano perseguía el placer, pero Rudolph perseguía con placer sardónico a las personas y descubría qué tan vulnerables podían ser.

—Sí, creo que usted puede ser cruel —dijo ella.

—Y usted entiende por qué —su mirada le examinaba la cara

—. Esta situación es ciertamente *intrigánte.*

—Muy *intrigánte* —dijo ella haciendo una mueca—. Me he puesto en sus manos inciertas... parece que se me ha hecho una costumbre.

—¿Una costumbre? —levantó la ceja negra—. Usted fue víctima de los encantos de mi hermano y ahora su hijo la ha hecho venir hasta aquí a pesar de su recelo. Es usted una mártir de su propio corazón, señora Adams.

—Si usted lo dice, *messére*—la palabra italiana para decir amo, la dijo inconscientemente, y sin embargo al decirla, estaba segura que le quedaba a la perfección. El era un hombre autoritario, y el amo de todo esto... un *palazzo* soberbio en una isla, que había logrado que ella hiciera algo que nunca hizo por Vincenzo... soltarse el cabello para Rudolph Falcone para poder quedarse con el hijo que no era suyo.

Apretó la copa de vino... él nunca debería saber la verdad, no era la clase de hombre que perdonara a nadie por engañarlo para conseguir lo que quisiera.

—Usted está sentada ahí, formándose una opinión sobre mi persona. Dígamela, me divierte saber la impresión que se forman las mujeres respecto a la clase de hombre que soy detrás de esta horrible cara.

Carol se estremeció con sus palabras... sí, debe ser espantoso para un hombre que alguna vez fue apuesto, el ver en los ojos de una mujer y descubrir el rechazo instintivo debido a sus quemaduras. El se horrorizaría y la despreciaría si mostraba compasión, así que Carol recurrió a la verdad que tenía acerca de él.

—Sí, le diré mi impresión, *messére.* Usted es como uno de esos gobernadores romanos de épocas pasadas, que cómodamente sentados en el mejor lugar del Circo Romano observaba cómo los cristianos eran devorados por los leones.

—Una imagen encantadora, *signora.*

—¿Es una imagen muy distorsionada? —preguntó ella.

—No —movió la cabeza—. Los ancestros de los Falcone se remontan a los tiempos romanos y mis genes sin duda tienen alguna herencia del pasado pagano... ¿y usted? ¿En épocas lejanas era una esclava cristiana con sólo su extraordinaria cabellera para cubrir su blanco cuerpo?

Su voz, su acento, su forma de mirarla, evocó en Carol una imagen vivida de un centurión despiadado, perverso ante la muchedumbre romana, sus burlas y sus risas resonando en toda la arena, mientras ella sufría sólo para divertirlos un poco.

¿La había invitado a que se quedara en el *palazzo* sólo para divertirse, este hombre que nunca pudo haber sido amable, ni antes

que el accidente sufrido lo hiciera tan duro y cruel?

—Sí —murmuró él, leyéndole el pensamiento en sus ojos—. Cada hombre tiene su *divertiménto. y* los circos modernos sólo son redes y osos de felpa. Es una pequeña recompensa por lo que haré por su hijo, nacido como fue, fuera del matrimonio.

Carol se sonrojó y lo odió por eso... sólo su amor por Teri la hacía permanecer en este cuarto con este hombre. Con tal de conseguir para el chico las cosas a que tenía derecho por nacimiento, ella tenía que tolerar las observaciones hirientes del *baróne;* tuvo que reprimirse y no decirle cómo deseaba que se fuera al diablo. El sabía que ella estaba luchando contra la cólera que se reflejaba en sus ojos. Suavemente él se rió de ella, retándola a que rechazara su protección al chico.

—¿Le disgusto, señora Adams? —se mofó—. Yo, a diferencia de Vincenzo, no puedo sucumbir ante un par de ojos grandes y grises, y un cuello largo que lleva el peso de una blonda cabellera. Yo soy de hierro, señora, mientras que a él le ardía la sangre y los nervios por cualquier cosa con faldas. Tal vez haya más de Vincenzo que de usted en el chico e hizo muy bien en traerlo aquí, aun cuando le haya tomado cinco años. ¡Quédese! ¡Ya está decidido!

—¿Debo besarle la mano por ser tan generoso? —sin poder contenerse le preguntó—. Supongo que como amo de todo esto no puede dejar de ser arrogante.

—No dudo que sería arrogante aunque sólo tuviera un carro de limones para empujar por las calles. Somos seres humanos, *signora,* no muñecos. Todos somos imperfectos por herencia, una muñeca nunca podría serlo.

—Se... se me ocurre, *signore baróne,* que usted podría darle una pensión a Teri... la que tenía Vincenzo. Entonces no tendríamos que abusar de su hospitalidad y yo podría tomar un apartamento en Roma y buscar algún trabajo...

—¡Silencio! —le ordenó y se paró, tropezando con la silla en que estaba sentada Carol—. El chico es parte de esta familia y pertenece a este lugar y todavía es demasiado pequeño, necesita a su madre junto a el. Quizá a usted no le agrade vivir bajo mi jurisdicción, pero por eso vino y eso va a tener. ¿Qué creía, que el chico tenía un abuelo canoso que les daría una dote a los dos?

—Quizá —ella se puso de pie, pero él todavía era mucho más alto, lo que la hacía sentir que el *baróne* siempre tenía todas las ventajas por su altura y el terror de su rostro. Cuando la miró, sintió que el corazón le daba un vuelco, temblaba, y tenía que soportar el horror de esa cara tan impresionante—. Supongo que en el fondo del corazón esperaba que los familiares de Vincenzo entendieran mi situación.

—Una situación, señora, que se buscó por arrojarse a los brazos de Víncenzo sin pensar. Debe haber sido muy joven... dieciocho años, diría yo. La esposa que él dejó aquí tenía la misma edad más o menos. Nuestra madre todavía vivía y fue ella la que arregló el casamiento. Yo le hice ver que era un error imponerle una mujer, pero ella esperaba que mi hermano cambiara al obligarlo a ser hombre de familia. No dio resultado. Huyó y consiguió una esposa bígama... Creo que es mejor que mi madre ya no viva, no hubiera entendido su situación, señora Adams, y la hubiera echado de Falconetti junto con el chico. Su orgullo no hubiera consentido tener un nieto nacido ilegítimamente.

Carol tembló ante sus palabras. Era su adorado Teri de quien hablaban en esta forma tan fría y cínica. ¡Oh! ¿Cómo podía ella esperar que los dos fueran felices en este palacio, gobernado por un hombre tan arrogante y duro?

No dudaba que él tuviera un amor sensual hacia las cosas bellas, que produjeran una música silenciosa sólo para él. Tenía la plena seguridad que pocas personas llegaban a su corazón... y menos aún una mujer extraña, que venía fingiendo ser la madre del hijo de Vincenzo; su hermano muerto quien en vida abandonó a su joven y legítima esposa y probablemente al hacerlo, había despedazado el corazón de su madre.

Vincenzo había adorado "los labios tiernos y dulces", pero Rudolph dijo que el era de hierro y Carol no lo dudaba.

Lo miró y sintió que temblaba; nunca había estado tan consciente de lo caprichoso que era el destino... era como estar entre bastidores de un gran teatro, esperando que el telón se levantara para presentar una escena que quizá emocionara o causara dolor.

—Termine su vino —le dijo y ella miró aturdida la bebida rojo granate, en la antigua y hermosa copa, llevándola a los labios con lentitud. Corría tibia y estimulante por su garganta.

—¿Mejor? —dijo él—. Por un momento parecía que se iba a desmayar. ¿Han comido algo, usted y el chico?

—Desayunamos —titubeó ella—, antes de abordar el autobús para el lago...

—Eso fue hace muchas horas —le dijo bruscamente. Se inclinó sobre su escritorio y oprimió un timbre. Después se dirigió a la ventana; ella lo observaba, su traje gris acero, impecablemente cortado, sentándole como una segunda piel en su cuerpo delgado y flexible. De espaldas tenía el aire de la *nobilezza,* desde el cabello negro hasta el calzado hecho a mano. *Il signor baróne* que miraba su vasta propiedad desde la ventana, autoritario, imperioso como un romano de antaño.

—Venga a ver el lago con la puesta del sol —le ordenó.

Carol caminó despacio hacia él, sintiendo el temblor de las piernas ocasionado tanto por este encuentro como por la falta de alimento. Se detuvo junto a su alta figura y miró el Lago de Lina que rodeaba esta isla tan lejana de Chalkleigh y el Copper Jug, donde de seguro las habladurías dirían que ella había seguido el ejemplo de su hermana Cynara huyendo a lugares lejanos... sin duda atraída por un hombre.

Una sonrisa nerviosa apareció en los labios de Carol. Si las tías pudieran verla, sola, en el dorado atardecer italiano, con un hombre como éste, cuyos ojos al mirarla, con un breve parpadeo, eran como los de un halcón.

Ella miró al lago, cuyo reflejo del sol le daba un tono rojo dorado, como si fueran piedras preciosas dispersadas en el agua. El aire que entraba por las ventanas era frío con aroma de limones.

La incandescencia de la puesta del sol era una belleza que atemorizaba. El cielo era el reino del amor y de la muerte.

Todo le daba vueltas: la casa, el amo, las lejanas montañas; las sombras que oscurecían y cubrían el jardín con sus estatuas y senderos de grava que llevaban a lugares escondidos. El cielo era un hermoso manto de miles de colores mezclados y una gran nube de enredaderas de malva susurraba y cubría el muro, debajo de las ventanas.

—Ningún artista podría reproducir esto en toda su belleza, ni aun los viejos maestros —esa voz tan profunda del *baróne* alteraba los nervios de Carol—. Tenemos pinturas y tapices soberbios en la *galleria,* pero prefiero pararme aquí todas las noches y observar la naturaleza con su talento superior. ¿Ha visto una puesta de sol como ésta, señora Adams?

—Nunca tan vivida, *messére.* Casi... me asusta.

—La espléndida belleza es siempre así —él estuvo de acuerdo —. Nos quedamos sorprendidos, fascinados y sin embargo, si pudiéramos tocarla, preferiríamos no hacerlo.

Cuando hablaba, Carol observó esa escultura latina de su perfil sin marcas; su voz tenía un tono extraño y melancólico, como si él hubiera conocido esa belleza en alguna persona... una belleza no tocada por el hombre.

Hubo un gran silencio que fue roto cuando la puerta se abrió, dando paso a una figura de mujer delgada y alta.

—¿Llamaste, Rudi? —tenía una voz encantadora, pero lo que llamó más la atención de Carol era que alguien se atreviera a dirigirse al *baróne* en esa forma.

—¡Ah, eres tú, Gena! —se salió de la oscuridad y prendió la lámpara de su escritorio para que Carol pudiera ver mejor a la joven mujer. Tenía una belleza arrolladora, sus ojos topacio oscuro que en

esos momentos tenían un brillo de curiosidad.

—Bedelia me informó que tenemos una visita... estaba bastante excitada, Rudolph, y dijo algo acerca de una mujer que llegó con un niño que nos quiere hacer creer que es nuestro sobrino. Todo es muy extraño, pero ¿es cierto?

—El niño es de Vincenzo —dijo el *baróne* sin ningún titubeo—. Cuando lo veas no tendrás ninguna duda. Esta joven mujer, Gena, fue otra de sus... víctimas.

—Oh... entiendo —los ojos color topacio examinaban a Carol, delgada, con su vestido gris y blanco, fijando la mirada en el rostro pálido bajo la corona de la blonda cabellera.

—Señora Adams, le presento a mi hermana Angelina, a quien le decimos Gena.

—¿Cómo está? —Carol logró sonreír un poco preocupada—. Mi primer nombre es Carol... prefiero que me digan así, parece que después de todo no soy una mujer casada.

—¿De veras? ¡Vince siempre fue un embustero! —sonrió Gena y su hermoso rostro se suavizó—. Me dicen Gena porque no soy ningún ángel... nunca hubo un Falcone que aspirara a las alturas del cielo. ¿Se va a quedar con nosotros?

—El *baróne* amablemente me ha dicho que podríamos hacerlo, *signora.*

—Es *signorina* —Gena hizo un movimiento circular con la mano —. Ningún hombre se atrevería a casarse con una mujer Falcone, porque somos demasiado arrogantes y nos gusta nuestro estilo de vida. ¿Dónde está ese niño que ha puesto a Bedelia histérica?

—Está con Flavia —dijo el *baróne*—. Esta joven mujer necesita algo de comer, Gena y una habitación. ¿Te encargarás de eso? El chico deseará estar cerca de su madre, sólo tiene cinco años. El es un Falcone, no hay duda, y su lugar es con nosotros.

—Si tú lo dices, Rudi —habló con indiferencia, como si todas las decisiones importantes se las dejaran a su hermano y no cuestionaba su autoridad—. Te das cuenta, *mio,* que Bedelia no va a estar muy contenta de tener aquí al hijo y heredero que ella quiso para Vince, pero ese es tu problema.

—Casi todas las cosas lo son. El chico tiene cinco años, no hay ninguna duda de su parentesco con nosotros y a pesar de nuestros defectos, Gena, no eludimos nuestras responsabilidades. Bedelia tendrá que aceptar mi decisión que la señora Adams y su hijo vivan aquí en Falconetti.

—Entonces venga conmigo —dijo Gena—. ¿Trajo equipaje?

—Sí. No es que estuviera segura que nos recibirían, pero no... no tenía intención de regresar a casa. Teri y yo hubiéramos encontrado algún cuarto en Roma y yo hubiera conseguido un

empleo.

Carol se volvió impulsivamente al *baróne.*

—Quiero darle las gracias de nuevo, *signore,* por recibir a Teri y darme ese empleo.

—¿Qué empleo? —preguntó Gena, levantando la ceja de tal modo que le daba un gran parecido a su hermano—. Rudi, ¿no vas a hacer que esta pobre chica pague su hospedaje trabajando, verdad?

—Fue idea suya —sus ojos burlones fijos en el rostro de Carol —. Ella asumió, muy correctamente, que tendríamos una gran biblioteca y conoce el arte de cuidar libros. Le he dicho que puede trabajar en la biblioteca y restaurar todos los volúmenes que necesiten atención. He visto que muchas orillas están dañadas y las cubiertas de un gran número de libros están flojas; es una lástima dejar que se acaben cuando tenemos con nosotros un par de manos disponibles. La biblioteca está a su disposición, señora Adams, pero el chico es primero y yo sé que preferiría usted encargarse de él. ¿Ya va al colegio?

—Acababa de empezar... ¿hay uno aquí en la *isola, signore?* Habla italiano y es muy inteligente.

—Naturalmente que lo es —el *baróne* lo aceptaba como si fuera una obligación inevitable que todo miembro de su familia fuera inteligente por lo menos—. Sí, hay un colegio, pero creo que es mejor si arreglo que lo instruya un tutor.

—¿Oh, sólo porque es un Falcone? —exclamó Carol—. Yo quiero que tenga amigos...

—Encontrará amigos en esta finca entre los hijos de mi personal. La razón por la que sugiero un tutor es que somos una familia acaudalada —los ojos de Carol fríos y duros fijos en la cara marcada—, y no querrá exponerlo a que le suceda algo. Tengo enemigos, y dinero, y los secuestros no son tan poco frecuentes como en Inglaterra. ¿Está claro?

No sólo habló con claridad sino que sus ojos y su rostro asustaron a Carol como nunca había sentido temor.

—Sí, *signore* —su voz era temblorosa, y cuando dejó la copa de vino en el escritorio casi la derriba sintiendo el corazón en la garganta. Tenía deseos de salir corriendo en busca de Teri y llevárselo lejos de los peligros y tensiones de esta casa. Sintió un escalofrío cuando Rudolph Falcone extendió la mano y le tomó la suya. Sus dedos morenos y delgados, su contacto tibio y penetrante.

—Cada Edén tiene su serpiente, señora Adams, y Falconetti no es ninguna excepción. No hay islas de ensueño donde siempre brille el sol y no caiga la noche, si eso es lo que esperaba encontrar.

—No... no sé lo que esperaba... lo mejor que pudiera yo encontrar para Teri, supongo. ¡Pero no quiero que lo lastimen!

Miró la cara del *baróne,* oscura y siniestra por sus cicatrices bajo la luz de la lámpara.

Sintió un estremecimiento, y deseó con desesperación que retirara la mano de su brazo... pero sus dedos la apretaban cuando la puerta se abrió y Teri entró corriendo hacia ella, su carita llena de jugo de fruta y risueña... una réplica pequeña de Vincenzo.

—¡Cally, esto es maravilloso! —se detuvo sin aliento delante de ella—. Tienen caballos y ponis; comí tres duraznos y me senté en el columpio de la huerta.¡Vamos a quedarnos a vivir aquí para siempre, Cally! Es un palacio, sabes, y... y...

Se interrumpió y miró fijamente la mano del *baróne* en el brazo de Carol.

—No haga eso —dijo en voz baja.

—¿Hacer qué, jovencito?

—No toque a mi mamá.

Hubo un silencio grave por un instante y luego Gena lo rompió riéndose.

—¡Celoso el diablillo! Ven y deja que te vea.

Lo tomó de los hombros y lo volvió para mirarlo de frente, sus ojos fijos en la carita sucia. El rostro de Gena se tornó triste.

—Eres la viva imagen de tu padre, ¿no es cierto, pequeño? ¿Irás a ser como él?... era codicioso pero no posesivo —Gena lanzó una mirada a Rudi—. Este pequeño pudiera tener un poco de ti, Rudi. ¿No te da gusto?

—Mucho —dijo con lentitud—. Ya está libre, señora —agregó mirando el brazo de Carol—. Tal parece que su hijo desea quedarse con nosotros. ¿Está de acuerdo?

—Sí —suspiró ella y mirando a Teri observó los rasgos hereditarios de la familia... apasionado, obstinado... él pertenecía aquí, a ¡Falconetti!

Capítulo 3

El techo tenía una gran moldura con una escena de Apolo correteando a Daphne entre los árboles de laurel. En los altos postes tallados de la cama, unas serpientes enroscadas y las cortinas y tapices tejidos a mano.

Un par de cuartos comunicados con un arco de piedra blanca, con armarios embellecidos con cobre y nácar, y en el tocador de la habitación de Carol, gran variedad de macetitas italianas y tazones que se reflejaban en un espejo tan grande como un escudo romano.

Teri estaba fascinado por los escalones que en forma de media luna llegaban a la enorme cama de Carol, y se entretenía subiendo y bajándolos en un pie, y deslizando su dedo pegajoso por los postes tallados de la cama.

—Serpientes y bellotas —murmuraba—, tulipanes y hongos.

Gena le sonrió a Carol y se recostó en la mecedora de mimbre con un cigarro en la mano.

—Debe ser maravilloso ser un chico tan despreocupado. No comprendemos esa perfección hasta que estamos demasiado grandes para empezar de nuevo. ¿Te gustaría empezar de nuevo y que las cosas no fueran tan complicadas para ti?

—Y quién no —Carol se tocaba los labios con la servilleta, se sentía mejor después de tomar una taza deliciosa de café y varios bocaditos de sabroso jamón recién preparados—. Creo que la mayoría de las personas siempre tienen una época en su vida a la que quisieran regresar y empezar de nuevo, conscientes de sus errores y listos para evitarlos.

—Supongo —Gena se inclinó hacia adelante y bajó la voz—, que hubieras evitado a mi hermano si pudieras borrar los pasados seis años de tu vida.

—Sí —pero Carol miró a Teri recostado en la cama abrazando a su piel roja de madera que habían sacado de la maleta—, pero entonces no tendría yo a mi niño... no tendría nada.

—Así es, ¿no es cierto? —Gena sonrió irónicamente—. No hay mal que por bien no venga. Yo creo que si lamentamos nuestros errores y quisiéramos borrarlos, perderíamos los momentos de alegría que recogemos en el camino. A propósito, si mi lenguaje se te hace muy americanizado, es porque viví en Nueva York durante varios años y canté en la "Metropolitan Opera House". Sólo en el coro, pero fue de lo más divertido; cuando Rudi tuvo su... accidente, regresé a Italia para hacerle compañía y hacerme cargo de la casa.

Gena hablaba del accidente de su hermano con un titubeo enojoso antes de pronunciar la palabra. Carol quería preguntarle cómo había sido. Gena tiró la ceniza de su cigarro y se quedó pensativa.

—No me interpretes mal. No lamento estar aquí, mi voz nunca fue lo suficiente buena para que me asignaran papeles principales... era bastante buena, pero nunca pude alcanzar las notas demasiado altas. Es sólo que Rudi nunca se casará, y cuando me acuerdo qué atractivo era... Querida, él pudo haber tenido a cualquier mujer que se le antojara. Adoptó a Flavia, y aunque es una criatura encantadora, ella quiere regresar al colegio de madres para llegar a ser miembro de la Orden. Rudi le dará permiso, naturalmente, si eso es lo que en realidad quiere. ¡*Dio Mio,* ser una religiosa! No me gustaría.

Gena sonrió y cruzó la larga y esbelta pierna.

—Sí, me divertí mucho en América. He tenido amantes, Carol. ¿Te asusta mi confesión?

—Sin duda yo sería la última persona que se asombrara —Carol le sonrió y no le causó sorpresa que una mujer como Gena con sus ojos graciosos y su boca tan generosa, hubiera disfrutado la compañía de los hombres. Lo que le sorprendía es que fuera soltera... ¿sería por lealtad hacia su hermano, por no dejarlo solo?

—¿Por Vince? —Gena entrecerró sus ojos, a través del humo del cigarro miraba a Carol—. ¿Porqué tuviste un hijo?

—Sí... —la gran mentira tenía que convencer a cualquiera, y habiéndose comprometido a eso, Carol estaba preparada para cumplir su parte por todo lo que significaba Teri para ella. No le gustaba engañar a las personas, pero pensaba que la reacción del *baróne* no sería muy amable si supiera que ni siquiera había vivido con Vincenzo, y menos aún, tenido a esa pequeña edición tan apuesta de los Falcone. No dudaba que la echaría fuera y no le importaría a ese hombre si Teri le gritaba y le lloraba. Estaba segura que él era demasiado insensible al dolor ajeno.

—Vince fue sólo un terror infernal —admitió Gena—. Nosotros, los Falcone, somos bastante obstinados. Dime, ¿cómo te sientes ser la madre de un niño y no tener al hombre que lo vea crecer?

—Preocupada más que nada —desesperante podría haber añadido Carol, sobre todo cuando la criatura no era de uno.

—¿Estabas muy enamorada de Vince? —Gena la examinaba muy de cerca.

—Al principio... cuando pensé que era el hombre de mis sueños, me imagino. Yo era muy joven y me dejé llevar por su buena figura y su atractivo.

—Sí, era muy atractivo y pronto comprendió que podía hacer tontas a las mujeres. ¿Sabías de Bedelia antes de venir?

—¡Por supuesto que no! Si hubiera sabido que yo no era... no hubiera venido. Se casó conmigo engañándome.

—¿Por qué no habrías de venir? Vince te convirtió en madre y Rudi tiene suficiente dinero para que a ninguno de ustedes dos les

falte nada. Deberías haber venido cuando Teri era un bebé. Debe haber sido muy difícil para ti arreglártelas sola.

—Tu hermano el *baróne* me insinuó que tu madre no nos hubiera aceptado.

—Quizá no como residentes aquí, pero Rudi podía haberles asignado una pensión.

—¿Es muy rico? —Carol mordisqueó un pastelito y pensó en lo que le dijo acerca del peligro de un secuestro.

—Tan rico como puede ser uno en estos días con los exorbitantes impuestos. Es diseñador de motores de alta velocidad, tanto para usar en tierra como en el agua. El diseñó el Spada y ha hecho una gran fortuna. ¿No sabías que Vince vivía en este ambiente?

—Hablaba muy poco sobre su familia y yo... yo no quería investigar —Carol recordó por qué y no pudo evitar que la vieja herida se reflejara en sus ojos, la desilusión y el desencanto—. Por su apariencia me imaginé que venía de buena familia...

—¡Buena! —Gena rió cínicamente—. Tenemos educación, querida, pero difícilmente lo que considerarías bondad. Educación, inteligencia y belleza, los tres requisitos para ser malos y salirnos con la nuestra.

—Yo no creo que sean malos —dijo Carol—, quizá cínicos.

—Y pecadores, aunque debo aclarar que a Rudi le gusta pensar que soy una mujer italiana muy decente, esperando al hombre apropiado —Gena sonrió y dejó caer la sandalia del pie, enroscando los largos dedos—. Los pies son algo sensual, ¿no es cierto? Me gusta que un hombre me los acaricie con la punta de los dedos... mis amigos han sido americanos, sabes, y eso escandalizaría a Rudi, quien es cien por ciento tatino. ¡Oh, Dios! El era el hombre más guapo en Italia antes que... antes que esa mujer...

Gena se interrumpió bruscamente.

—Hay un americano en la *isola* por el momento. Se llama Saúl Stern. Es escritor de *scripts* para cine y televisión, y por el momento se encuentra trabajando en algo. Rudi le rentó la casa de la playa que es parte de la propiedad... es bastante atractivo, con esa característica tosca de los de Nueva York que tanto me agrada. Las mujeres somos criaturas raras. Vamos por la vida siempre gustándonos el mismo tipo de hombre, mi debilidad son los yanquis. ¿Y tú, Carol, siempre te atraerá el tipo latino, moreno y ardiente?

—¡Espero que no! —contestó con cierto pánico—. No deseo cometer otro error con otro hombre. Sólo quiero conseguir una buena vida para Teri... con eso estaré feliz.

—¡Espera! —Gena se veía escéptica—. Está bien si fueras una chica como Flavia, que quiere entregarse a la vida de castidad, pero tú

has tenido un amante, Carol, y has tenido un bebé. No puedes cambiar de repente tus sentimientos naturales, sólo porque fuiste herida por un hombre. Sería privarte a ti misma.

—Lo soportaré —sentía que estaba cometiendo un fraude intolerable, engañando a estas personas. Ella no había tenido un amante y cuando Teri nació, se sentó en la antesala mientras su hermana Cynara sufría los dolores de parto. No podía evitar sentirse culpable, de repente se paró y se acercó a la enorme cama donde Teri se había quedado profundamente dormido.

—Estaba muy cansado, mi pobrecito niño —murmuró—. Hemos viajado por horas y hacía bastante calor en el autobús.

—Querida, tú también has de estar cansada —Gena apagó su cigarrillo y se puso la sandalia—. ¿Tienes todo lo que necesitas? Me imagino que no tendrás deseos de acompañarnos a cenar esta noche.

—¡Oh, no! —Carol no tenía el menor deseo de enfrentarse a esta familia a quien había logrado engañar, y todo lo que quería ahora era estar sola con Teri, sentirse segura—. Creo que me retiraré a descansar temprano, y por favor, créeme que estoy muy agradecida a todos ustedes por la forma como nos han recibido en Falconetti.

—Dale las gracias a Rudi, querida. El es el *padrone* aquí y el que decide los asuntos importantes. Puede que te haya ayudado el hecho de que eres una criatura bastante agraciada y con un cabello excepcionalmente hermoso.

—¿Qué quieres decir? —Carol miraba a Gena con cierto temor en los ojos—. ¿Cómo pudo ayudarme el que tenga cabello bonito?

—Rudi es un hombre, *cara* —Gena se veía divertida por la angustia de Carol—. Es muy hombre, a menos que no te hayas dado cuenta porque tu atención estaba concentrada en sus cicatrices. Son espantosas, lo sé, pero sus ojos todavía son tan vivos como siempre lo fueron, y apostaría lo que fuera, que él observó tu hermoso cabello y tu tez tan blanca que se sonroja tan atractivamente... No, no dejes que eso te cause pánico. Mi hermano sabe el efecto que su cara produce en las mujeres y nunca se arriesgaría a que alguien lo lastimara... ¡nunca más!

—¿Nunca más? —Carol podía sentir la tensión en la habitación, como si hubiera penetrado una gran frialdad y una sensación de esas oscuras pasiones que podían existir entre un hombre y una mujer—. ¿Fue una...?

—Sí —la cara de Gena se ensombreció y se tornó tensa, como si estuviera tallada en mármol—. La fina y delicada mano de una mujer lo hizo... con vitriolo. Tuvo suerte de no perder la vista.

—¡Qué cosa tan horrible! ¿Pero por qué? Yo... yo pensé que quizá había sido en un incendio...

—Uno de esos incendios emocionales, Carol, en los que a

veces se ven atrapados una mujer y un hombre. Un infierno casi tan terrible como el verdadero infierno.

—Pero por qué... cómo puede alguien hacer una cosa así —Carol temblaba, sentía escalofrío al pensar en eso, el ácido quemante, abrasando su rostro, creando una agonía que nunca podría olvidar. Era mucho más terrible que ser atrapado en un incendio, pues eso era un accidente natural, pero que alguien le arrojara ácido... instintivamente Carol se cubrió el rostro con las manos en una actitud de protección. En su imaginación tan vívida tenía el cuadro mental de esas facciones italianas tan finas, arruinadas, mientras una mujer miraba la botella de vitriolo vacía en su delgada y cruel mano. ¿Qué pudo amargarla tanto para que su venganza fuera tal, y marcar a un hombre con ácido corrosivo?

—Tú me preguntas por qué —Gena se encogió de hombros—. Yo le hecho esa misma pregunta a Rudi muchas veces y nunca me ha contestado, y cuando mi hermano se escuda en la reserva, es inútil tratar de penetrarla. Todo lo que puedo decir es que esa mujer huyó y mi hermano nunca quiso formular una orden de arresto. Fue una riña de amor y odio, eso es todo lo que sé. El nunca habla de eso.

—¿Cómo puede haber alguien que ame y odie a ese grado? —preguntó Carol.

—Las gentes apasionadas suelen hacerlo, querida. ¿El pequeño querrá un poco de leche antes que lo acuestes?

—Le gusta la Horlicks, si no es mucha molestia. Si no tienen, leche tibia con una cucharadita de azúcar.

—Es probable que tengan Horlicks en la cocina. Le diré a una de las sirvientas que la suba, con un vaso de vino para ti. Yo insisto. Te ayudará a dormir, sé que no es fácil dormir en una cama extraña, en una casa desconocida y ésta es una muy grande... la cama también.

Carol miró la gran gama y asintió.

—Eres muy amable con nosotros, *signorina.*

—Por favor, dime Gena. *Molto bene, questa la vita.*

—Buenas noches. Así es la vida, es cierto.

Cuando la puerta se cerró detrás de Gena, el cuarto pareció mucho más grande y Carol se estremeció, permaneció unos segundos con los brazos cruzados. De haber sabido todo esto acerca de los Falcone, ¿hubiera venido hasta aquí e imponérseles de cierto modo? Miró la pequeña figura de Teri, su piel roja en la cama junto a él, y una ola del ternura la invadió. Nunca hubo nadie tan cerca de ella como ese niño; no podía decir que ella y Cynara hubieran sido muy unidas a pesar del ser gemelas. No había existido esa comunicación, de la que tanto dicen existe entre hermanas nacidas a la misma hora, ni tampoco eran similares; por el contrario, eran muy distintas en su

modo de ser. Cynara había tenido preferencia por el sexo opuesto desde los trece años, pero Carol no se interesó en nadie hasta que conoció a Vincenzo. El avivó el amor en su corazón y luego lo destruyó tan completamente, que Carol no se podía imaginar que volviera a enamorarse de otro hombre.

Es más, le asustaba esa emoción llamada amor.

Sus dedos rozaron la mejilla, suave y tersa, y recordó las marcas en la cara del *baróne* cuando él la forzó a que tocara su rostro.

Una mujer le había hecho eso... ¿cómo podría tener buenos sentimientos hacia cualquier otra mujer? El dolor quemante del ácido debe haber penetrado hasta su mismo corazón y destruido toda la ternura del amor y del deseo. Hasta pudiera ser cruel con alguien que quisiera acercarse a él, ¿cómo podría tener confianza otra vez? Nunca iba a creer que alguien pudiera quererlo con ese rostro.

El lo dijo, ¿no es cierto? Que reservaba su crueldad para las mujeres.

En ese momento Teri despertó, quedándose acostado y mirándola con sus grandes ojos oscuros.

—¿Qué te pasa, Cally? —se sentó con cierta dificultad, sus largas pestañas oscuras parpadeando soñoliento—. Tienes una cara chistosa.

—Es mi cara de siempre, Buster —se sentó junto a él en la cama y lo abrazó cerca de su pecho—. Bueno, *caro,* tal parece que viviremos en este palacio de la isla. ¿Te gusta la idea?

El asintió recostado sobre ella y abrazó su cuello.

—Ese hombre tan alto con esa cara tan terrible, ¿es realmente mi tío, Cally?

—Sí, y no debes pensar en su cara como una cosa tan terrible. Sufrió un... accidente y no puede evitar sus cicatrices. Ha sido muy amable de dejarnos quedar aquí y siempre debes ser un buen chico con él y nunca, nunca le menciones su cara. ¿Me entiendes?

—No le tengo miedo, Cally. Su otro lado de la cara es muy agradable, ¿no es cierto? Veré su lado bueno y así no me dolerá el estómago.

Ella le besó el cabello alborotado y sonrió.

—¡Ese es mi Buster! Ahora, ¿qué tal si te lavo las manitas antes de acostarte?

—¿Puedo dormir contigo, Cally? —sus brazos la apretaban fuertemente y ella vio que él miraba hacia el arco que conducía a la otra habitación también muy amplia, con una cama demasiado grande para un pequeño niño. Tendrían que buscarle una cama más pequeña y cambiar los muebles por unos más alegres, de otra manera nunca lo convencería de que durmiera él solo. El *baróne,* ella sospechaba, tenía sus ideas muy firmes acerca de cómo criar a los chicos y no

estaría de acuerdo en que ella consintiera tanto a su sobrino.

—Por esta noche, *caro.* Mañana arreglaremos tu habitación para que sea más alegre y no te importará dormir ahí sólito como todo un hombre, ¿verdad?

—No —dijo titubeando—. Es una casa muy grande. Deberías ver los establos, están llenos de caballos. Flavia me enseñó el caballo negro que monta su papá y levantaba la cabeza tan alto que salía vapor de su nariz.

"Hum", pensó ella, "se parece a su amo"

—Vamos, cariño —le dijo tomándolo en sus brazos—, vamos a lavar tu carita y esas manos.

El baño también era enorme, con una tina muy honda color verde que fascinó al chico porque tenía unos escalones para poder meterse en ella, como si fuera una pequeña piscina. Allá en casa, en el Copper Jug, el pequeño cuarto en la parte de atrás se transformó en un baño con tina blanca, muy angosta, y las paredes eran blancas, frías. Pero aquí, las paredes eran de mosaico con escenas del mar, y Teri descubrió al Rey Neptuno y su corte de sirenas, mirándolo encantado mientras Carol llenaba el lavamanos con agua.

—Nunca he visto un baño como éste, Cally. Es enorme, como una cueva en el mar.

—Es *bella* —estuvo de acuerdo, y pensó que Rudolph Falcone vivía aquí, en su palacio de la isla como uno de los nobles de la época de los Medici, encerrado lejos del resto del mundo, donde había demasiados ojos que mirarían su cara.

Vio el reflejo de su rostro en el espejo grande, con un marco atrevido y sintió otra vez el pánico por lo que le dijo Gena que su apariencia había enternecido el corazón duro de su hermano. Vio su propia mirada vulnerable, la luz verde mar del baño hacía que su cabello y tez parecieran irreales. Se había soltado el cabello para este hombre, no para seducirlo, ni para hacerle creer que ella tenía la libertad de darle sus besos.

—¿Te gusta este lugar, Cally?—Teri estaba parado, retorciéndose un poco mientras ella le secaba las manos.

—Es una casa hermosa, pero como tú, me siento rara en ella. Yo creo que en unos cuantos días estaremos más acostumbrados a su ambiente.

—¿Entonces nunca nos vamos a la casa, al Jug? —le preguntó, y de repente sonrió con malicia, como un pequeño payaso —. ¡Qué bueno que tía Rachel no está aquí con nosotros!, pues siempre me estaba regañando y dijo que deberían llevarme a una casa. ¿Qué es una casa, Cally, y por qué debían llevarme allá? ¿Es como la casa adonde llevan los perros perdidos?

—Estás tan lleno de preguntas como las pepitas que tiene una

calabaza —sonrió Carol al limpiarle la cara, pero en realidad estaba bufando de cólera. Tía Rachel se había puesto furiosa cuando ella llegó a casa con el bebé, las tías esperaban que Cynara, quien durante los últimos seis meses de embarazo había vivido en cuartos en Londres, dejara al bebé en alguna casa para adopción, pues temían al escándalo que se suscitaría. Pero Cynara, a su manera, había amado a Vincenzo y le había rogado a Carol que viviera con ella en Londres y entre las dos criarían al hijo de Vincenzo. Eso había sido el acuerdo, y luego, el día que fue dada de alta en el hospital, desapareció, dejando a Carol sola para que se las arreglara con el infante de cabello oscuro, quien entonces y para siempre había atormentado su corazón con sus ojos grandes y su desamparo.

Le fue imposible separarse de Teri, y pensó que lo mejor para los dos era seguir viviendo con sus tías, ayudándolas en el salón de té, en un ambiente al que ella estaba acostumbrada. El estar sola en Londres con un bebé había sido un desafío en ese tiempo, pero ahora pensaba que hubiera podido arreglárselas sola y hubiera sido mejor. Por lo menos así habría evitado las persistentes quejas de las tías, quienes vivían con un temor constante de que Cynara reapareciera y reclamara al niño, y por lo tanto, revelar a su clientela que ellas tenían una sobrina que había *pecado.*

¡Oh, sí! En muchas formas las tías eran un par de victorianas y Carol sólo pensaba cómo había soportado las tensiones que siempre hubo detrás de las cortinas de conchas del Copper Jug.

Se había atrevido a escapar de todo eso, pero no podía negar que dejó a las pequeñas tiranas para venir a encontrarse en la guarida de un verdadero dragón, que llevaba las cicatrices de su propio amor y odio.

Cuando ella y Teri regresaron a su habitación, encontraron que una sirvienta había traído una taza humeante de Horlicks, con unos panecillos de chocolate y un vaso de vino para Carol. Las varias lámparas alrededor de la habitación derramaban su luz suave sobre el piso, los tapetes semejaban pequeñas islas y en los paneles colgaban grandes pinturas. Teri saltó los escalones para subir a la cama, y sentado tomó la leche, mientras Carol se soltaba el cabello para cepillarlo.

—Esto es mucho mejor que la casa de perros —dijo Teri—. ¿Crees que me dejará montar uno de sus caballitos, Cally?

—Si se lo pides con toda cortesía, y recuerda decirle tío Rudolph.

Teri la miraba con los ojos bien abiertos, por encima de la taza.

—Es un nombre muy largo, y esa dama con los ojos risueños le decía Rudi.

—Eso, mi querido Buster, es porque ella es la hermana del

baróne tiene derecho a... a llamarlo con un nombre cariñoso, así como yo tengo un nombre de cariño para ti. *Caro,* él es tío Rudolph y no lo olvides. Es un hombre importante, recuerda, y debemos tenerle respeto por su amable hospitalidad.

—¿Tendremos que verlo muy seguido, Cally? —Teri mordisqueaba un panecillo de chocolate, sus cejas oscuras y rectas marcaban esa única línea a través de la pequeña pero decidida nariz italiana, mientras observaba la luz de la lámpara brillar en el cabello de Carol—. ¡El te tocó!

—No fue nada —pero aún al hablar, Carol podía sentir una ola tibia recorrer su cuerpo y esa sensación de pánico en la boca del estómago. El *baróne* era dueño absoluto de este lugar y ante sus ojos, ella era la mujer que vivió con Vincenzo y tuvo un hijo de ese amor. Tenía que aceptar tanto lo amargo como lo dulce, y en realidad había cierta dulzura en esta habitación con su puerta tallada que podía compartir con Teri, y que les daba la seguridad de su privacía, negada por completo en el Copper Jug. La sombra ámbar de las lámparas daba una luz dorada muy tenue y la habitación se mantenía caliente con radiadores, pues en la mayoría de los lugares del sur, las noches eran frías cuando se ocultaba el sol.

Arropó a Teri en su cama y se inclinó para besarle la frente.

—Duerme bien, *caro,* y sueños placenteros.

—Buen... noches, Cally —ya sus pestañas se cerraban y cubrían esos ojos grandes y oscuros—. Es una cama tan suave.

—Sí, así es —se sentó en la cama junto a él mientras se dormía y al verlo se decía así misma que no le importaba la actitud del *baróne* hacia ella. Teri pertenecía a este lugar y por su bien valía la pena todo.

Con el vaso de vino en la mano, el largo cabello cayendo alrededor de su delgado cuerpo como un manto de seda pálido, Carol caminó alrededor del cuarto para familiarizarse con él.

El mobiliario era imponente, de caoba oscuro, tenía un extraño y fascinante tallado, brillaba con la luz de las lámparas que se reflejaba en la madera. Distinguió pequeñas figuras agrupadas como si fueran a bailar la tarantella, un pastor cargando una oveja y un pequeño *angeli* gordo. Carol deslizó los dedos sobre la pátina de la vieja madera y pensó cuál sería la pequeña flor tallada o la diminuta cabeza que indicara la abertura al inevitable pasaje secreto en este cuarto italiano.

Era bien sabido que a los nobles latinos les gustaba construir dentro de sus casas estas aberturas escondidas que eran necesarias por tantas intrigas y no le sorprendería a Carol si dicha abertura estuviera detrás de los paneles de este cuarto.

Acarició las largas cortinas escuchando el tictac de un hermoso

reloj veneciano. Las orillas de las cortinas estaban ricamente bordadas a mano, no así las de la gran ventana con vista al lago, que eran transparentes.

El Lago de Lina, con sus pequeñas olas y árboles sobresalientes; su aire nocturno de tristeza, y allá en la oscuridad, las cigarras con su incesante juguetear mientras las estrellas brillaban y las grandes mariposas nocturnas revoloteaban como fantasmas.

Un escenario perfecto, pensó Carol, para un amo Byroniano que había sido torturado por un antiguo amor; un hombre que buscaba la soledad, sus pasiones y angustias firmes, crueles o amables, según su humor.

Carol jugaba con la copa de vino en la mano mientras pensaba en el *baróne.* Esa mujer que había amado y odiado tanto debe haber sido muy hermosa, y cada vez que él mirara su propia cara en el espejo no podría olvidarla. Debe haber sido un amor terrible que llegó a una riña tan intensa, y con un estremecimiento ante las consecuencias, Carol se apartó de la ventana y dejó caer la cortina otra vez, ocultando la oscuridad de la noche.

Colocó el vaso de vino en una mesa y fue al baño a darse un duchazo con agua tibia, que la ayudaría a relajarse. Colgó su bata y después de acomodarse el cabello debajo de la gorra de baño, se metió en el agua y no pensó más que en su tibieza. Allá, en su casa, nunca había tenido estos lujos y ahora los disfrutaba grandemente; tardó media hora antes de secarse y envolverse entre los pliegues de la bata. Se soltó el cabello y regresó a la habitación, sólo para detenerse en el arco, llevándose una mano a la garganta.

La silueta de una mujer se veía contra la luz de la lámpara y se inclinaba sobre la cama, mirando fijamente y en silencio a la figura dormida de Teri.

Había algo en esa atención tan fija que dejó petrificada a Carol. Presintió un peligro para Teri y quería saltar hacia adelante y empujar lejos de él, a esa figura silenciosa de cabello oscuro. Eso sería melodramático, y después de esa primera impresión de sorpresa, reconoció a la mujer... era Bedelia... la joven esposa de quien había huido Vincenzo, llegando a Inglaterra y haciendo estragos emocionales en las vidas de Carol y su hermana Cynara.

—Buenas noches —se forzó a decir Carol con voz firme al entrar en la habitación, amarrándose el cordón de la bata—. Tenga cuidado de no despertarlo. Ha tenido un día muy pesado y está cansado.

Al escuchar la voz de Carol, la joven mujer se alejó de la cama, sus ojos reflejaban el resentimiento que sentía porque se quedarían en el *palazzo.* Las dos se miraban con atención... dos mujeres que habían creído en Vincenzo y habían sido desilusionadas.

—No tenía ningún derecho a traerlo hasta aquí —Bedelia señalaba la cama—. Yo era la verdadera esposa de Vincenzo y ese chico es un...

—¡No se atreva a decirlo! —dijo Carol en voz baja pero amenazadora—. Teri es sólo una criatura y no toleraré que usted lo insulte o lo asuste de ninguna forma. Si se atreve a hacerlo, entonces iré directamente con el *baróne.* Créame, no vine aquí con la idea de lastimarla, *signora,* pues ignoraba su existencia. Yo creía que Vincenzo Falcone era un hombre soltero, de otro modo nunca me hubiera casado con él.

—¿Por qué debo creerle? —Bedelia, con la mano ensortijada, se hizo el cabello azul negro para atrás y miró con odio la cabellera blonda que caía abundante sobre los hombros de Carol—. Usted es una mujer de carácter, eso es evidente, pero quiere conquistar al *baróne* con ese aire de inocencia y con su hijo. Supongo que espera que nombre heredero al niño, puesto que es poco probable que él se case.

—¿Por qué no es posible que se case? —preguntó Carol—. Todavía es un hombre bastante joven y tiene una gran finca para dejarle a alguien.

—La mujer que lo acepte deberá ser ciega —Bedelia levantó la cabeza en forma arrogante—, o muy ambiciosa, en especial si tiene un hijo sin nombre a quien proteger. Algunas mujeres llegan a ciertos extremos para asegurarle un buen porvenir a un...

—Le advierto que no use esa palabra, *signora* —Carol dio un paso con decisión hacia Bedelia y la tomó del brazo—. Si hemos de discutir sobre mi hijo, entonces lo haremos donde no podamos despertarlo con nuestras voces. Hay un pequeño *salottino* junto a una pequeña escalera, ahí podremos hablar.

Con gran determinación Carol guió a Bedelia hacia el tramo de escalera que conducía al pequeño cuarto con encantadores muebles antiguos pintados con cupidos y guirnaldas. Sillas de *petit-point,* una lámpara veneciana en el centro del techo, una mesa con faunos bailando, y en un nicho en la pared, una Madonna tenuemente iluminada por una pequeña lámpara de santuario. Carol había visto este lugar cuando subió a su habitación momentos antes, pero era la primera vez que veía este pequeño cuarto de estar y lo encontró encantador, su preocupación de enfrentarse a la esposa de Vincenzo disminuyó.

—Yo sé cuánto quiso a Vincenzo —le dijo con voz amable—, y entiendo el resentimiento hacia mí. ¿No puede aceptar a Teri? Es un buen niño, aunque sea yo quien lo diga, y no entendería su resentimiento hacia él.

—Ustedes sólo son intrusos —insistió Bedelia—. Se aprovecha

del gran parecido de su hijo con Vincenzo, eso está claro.

—Yo no lo tomaría así —argumentó Carol—, y no veo nada de malo en asegurar el futuro de Teri, sobre todo si es mucho mejor de lo que yo pueda darle con mis escasos recursos. El es un Falcone, y el *baróne* no es un hombre pobre. No quiero nada para mí, *signora* y voy a ganarme mi sustento en el *palazzo.*

—¿Trabajando? —Bedelia se veía asombrada—. ¿Haciendo qué, puedo preguntar?

—Voy a encargarme de la biblioteca del *baróne.* Yo solía trabajar con libros cuando... cuando conocí a Vincenzo.

—Cuando lo conoció y lo persiguió, sin duda —había fuego en esos ojos latinos—. Así que usted era una chica trabajadora y obviamente inferior a él. Yo nunca tuve que trabajar para ganarme la vida. Aporté una buena dote a la casa de los Falcone, una muy considerable, y tengo todo el derecho de vivir aquí. Pero usted...

—Yo soy la madre de Teri —dijo Carol con altivez, sus ojos fijos en la Madonna del nicho—. Yo lo traje a él, en lugar de traer dinero, un chico vivo que no pidió nacer, pero que merece que lo amen. Como le advertí, *signora,* no toleraré ninguna crueldad con él... no es culpable de ser hijo mío y no suyo.

Bedelia retuvo el resuello sorprendida y aunque por lo general a Carol no le gustaba lastimar a nadie, ella estaba luchando por Teri y no quería que encontrara en Falconetti la misma actitud de las tías en Chalkleigh, que no debería haber nacido y no pertenecía aquí ni allá.

—¿Supone que estoy celosa de usted? —Bedelia estaba tensa, mostraba disgusto y mal humor—. ¡Es usted una vulgar vividora que vivió en pecado con mi esposo!

—Gracias —contestó Carol—. Lo dice de una manera muy precisa. Puede usted decirme todo lo que quiera si eso le causa satisfacción, pero le juro que le sacaré los ojos si daña un solo cabello de mi hijo. El es lo único que me importa en el mundo y lo protegeré como una tigresa si es necesario.

Bedelia miraba sorprendida la cólera reflejada en los ojos de Carol. Los almendrados de la italiana se entrecerraron y las manos ensortijadas y pálidas arrugaban la larga falda de seda de su vestido.

—Sí—respondió casi silbando—, el tener en la misma casa a las dos mujeres que amaron a su hermano, divierte al *baróne.* Tiene un lado cruel y torcido como su cara, señorita inglesa. ¿No lo sabía o en realidad pensaba que fue muy amable con ustedes?

—Ni por un momento —replicó Carol y comprendió que había cierta verdad en lo que afirmaba Bedelia. El debía comprender desde luego, que la esposa legítima abandonada la odiaría y podría divertirse viendo cómo las dos mujeres se molestaban e injuriaban. Debe odiar a las mujeres con todo su corazón y disfrutar de una

manera sutil su desgracia y su humillación.

Bedelia miraba a Carol, el dolor y la pasión desfigurando su bello rostro.

—Más vale que sepa que Rudolph no es un hombre generoso ni amable.

—Es como los romanos de antaño —dijo Carol con voz suave —. Eso lo adiviné, *signora,* pues conocer a un Falcone me enseñó que corre una cierta pasión obstinada y voluntariosa en todos ellos.

—¡Eso incluye a su hijo!

—Cuando se convierta en hombre, quizá, pero ahora es un niño, y yo haré lo posible para enseñarle a no ser egoísta ni envidioso, ni poco generoso.

—Rudolph Falcone podría enseñarle otras cosas... ¿se arriesgaría a eso? —la pregunta fue hecha con una voz burlona y despectiva—. Quizá por eso permite que su hijo viva aquí, para que él se haga cargo del niño y lo convierta en el hijo que rompa el corazón de su madre. ¡Qué venganza para un hombre que tiene toda la razón para odiar la sola presencia de una mujer, especialmente una con cabellera rubia!

—¿Qué... qué quiere decir, *signora?* —Carol sintió un vuelco en el corazón de temor y desgracia.

—¿Oh, no sabía? ¿No le han dicho de su asunto amoroso con una cantante que conoció en América cuando visitó a su hermana? La cantante vino a Roma para la temporada de Operas Wagner... ¡La Brunilda perfecta con su cabello dorado!

Carol miraba a Bedelia con ojos azorados después de esta confesión. Había dado por hecho que al *baróne* lo había marcado una mujer latina, una mujer feroz y ahora le decían que una cantante con cabello dorado fue la que cometió esa terrible acción. Y por esa razón parecía ser un acto deliberado de crueldad... una cantante de Nueva York, que con toda seguridad era una mujer más mundana que una latina hermosa, apasionada, de fuerte temperamento, impulsada por el sencillo deseo de lastimar a su amante.

—Yo me cuidaría mucho de él, si fuera usted —los labios rojos de Bedelia se distorsionaban al decir esto, disfrutando su amenaza—. Sus sentimientos hacia una mujer de su complexión pueden ser depravados; si yo estuviera en su lugar, recogería mis cosas y me alejaría de su camino. Desde luego, podría dejar al chico aquí si está tan preocupada y quiere que tenga la misma educación que tuvo su padre Vincenzo.

¡Dejar a Teri a la incierta merced del clan de los Falcone! Definitivamente no podría hacerlo y tampoco la asustarían para que se fuera. Miró alrededor del *salottino y* vio su encantadora comodidad y el nicho de la Madonna pintado en azul y oro.

—No me puede asustar para que me vaya —le dijo a Bedelia —. Sé muy bien que eso es lo que quiere, pero sé cómo cuidarme de personas resentidas como usted.

—Debe cuidarse del odio del *baróne* a las de su clase. Siempre fue un hombre brusco, y ahora él tiene una razón para ser cruel... sobre todo cuando se trata de una mujer con el cabello dorado.

—Lo hace aparecer como el mismo demonio, sólo porque así conviene a sus intereses —sintió un estremecimiento de aprensión cuando se acordó cómo le había acariciado el cabello y cómo la contemplaba, como si reviviera los recuerdos.

—No se equivoque, señorita inglesa, él puede ser el mismo demonio y usted es una tonta si piensa lo contrario. Los ancestros de los Falcone se remontan a la decadente Roma, de los Borgia, y los raptos de Sabina. El nació aquí en este *palazzo,* habiendo sido educado en la Abadía de los Benedictinos, entre monjes sabios, y cuando joven fue oficial en el ejército de un Emir... sólo por placer. Es muy inteligente y bastante audaz, pero es muy duro. Y lo que le hizo esa mujer lo volvió todavía más duro, tanto de cuerpo como de corazón. Cuídese de él... ¡se hará cargo de su hijo y a usted la destrozará!

—No... no seguiré escuchando tantas tonterías —dijo Carol, retrocediendo ante el odio que veía en los ojos de Bedelia—. Solo quiere asustarme para que me vaya de aquí.

—Es interesante que hable del infierno —Bedelia sonrió, pero sin ninguna expresión en los ojos—. Todos pasamos por él de una u otra manera, ¿no lo cree?

Dicho esto se volvió y bajó la escalera. Carol podía oír su risa burlona, crispante por lo inestable. El abandono de Vincenzo la había afectado demasiado, quizá porque ella lo quiso mucho, cosa que no sucedió con Carol. Esta apretó los puños... el encanto italiano de Vincenzo Falcone la había conquistado, pero murió en el momento que lo sorprendió en los brazos de Cynara, su propia dama de honor, en una boda que fue tan falsa como la declaración de amor que le hiciera Vincenzo.

Amor... ella era una muchacha *désenchantée* en la casa de un hombre que tenía toda la razón para odiar a una mujer con largo cabello rubio.

El futuro de Carol parecía ser tan grande como la habitación a la que regresó... un futuro de terribles incertidumbres. Su mente y su corazón le aconsejaban que dejara Falconetti, pero su lado material la hacía pensar en lo ventajoso que sería para Teri ser un miembro de esta familia. Ella no podía ni pensar en regresar a Chalkleigh y reanudar su vida con las tías; al mismo tiempo la desanimaba la idea de vivir en una de las secciones más pobres de Roma, donde Teri

tendría que asistir a un colegio en ruinas y pasar horas en la calle entre niños golfos mientras ella trabajaba en algún café como camarera o ayudante de cocina.

Casi sin darse cuenta, se arrodilló junto a la cama donde Teri dormía, el cabello brillante extendido a su alrededor mientras ella descansaba la cabeza sobre la colcha de seda y encaje, que se sentía fría contra su frente caliente. Había dicho con aire retador que Bedelia no la asustaba con sus comentarios sobre el *baróne,* pero nada tan lejos de la verdad.

El podía ser tan falso como Vincenzo y además tenía esas terribles marcas, como si una tigresa le hubiese atacado y clavado sus garras en la cara, dejándole la máscara del demonio.

Según Bedelia no era sólo una máscara y por más que quisiera Carol, no podía creer que "los malditos no son siempre malvados".

Capítulo 4

Carol despertó por la luz del sol que se filtraba por la ventana, ya que la cortina había sido corrida. Se quedó recostada mirando absorta el sol a través de la ventana. Dónde diablos... se sentó rápidamente cuando la puerta del cuarto se abrió y una sirvienta con uniforme crema y beige entró con una bandeja en las manos.

—*Buon giorno. signora* —la sirvienta se acercó a la orilla de la cama y el centelleo de la plata hizo que Carol parpadeara. Nunca le habían llevado té a la cama, y menos aún en una jarra de plata, por una sirvienta joven con uniforme impecable.

—Buenos días —contestó y luego se acordó dónde estaba y se volvió con pánico, en busca de Teri. El lugar junto a ella estaba vacío y la ligera señal de su cabecita quedaba en la almohada.

—¡Teri! —gritó angustiada—. ¿En dónde está?

—Yo vine temprano con el té, *signora,* pero usted estaba profundamente dormida, y el *bambino* bien despierto. Quería levantarse e ir a dar una vuelta y la *padrina* dijo que estaba bien.

—¿La *padrina?* —Carol estaba perpleja y angustiada por Teri.

—La hermana del *padrone, signora.* Ella es muy madrugadora y llevó al *bambino* con ella.

—¡Oh... Gena! —Carol se tranquilizó—. ¿Ya es muy tarde? Por lo general no acostumbro dormir tanto tiempo.

—Son las nueve y media, *signora.* no se preocupe. La *padrona* dijo que no la molestaran, aunque yo creí que quizá le gustaría una taza de té y se lo traje.

—¡Me encantaría! —Carol hizo a un lado su gruesa trenza a medio hacer, señal que su sueño fue inquieto, no obstante dormir tan profundamente. Le daba el reflejo del sol y podía sentir que la sirvienta la miraba con algo de curiosidad, y acomodando su blonda cabellera, se sirvió té de la jarra de plata.

—Ahí está la crema y el azúcar, *signora, y* una segunda taza en la tetera. ¿Tomará su desayuno aquí o en *la terrazza?*

—¡Oh, en la *terrazza* será ideal! —contestó de inmediato.

—¿Y qué desea tomar, *signora?* Fruta y panecillos, o algo más substancioso.

—Media toronja estaría bien, tocino y pan tostado, si no es mucha molestia.

—En lo absoluto, *signora* —la sirvienta sonreía ligeramente al ver un huésped tan cortés—. Puede tomar tocino y huevos, una rebanada de pescado, *waffles* con mantequilla y crema...

—A Teri le encantarían —dijo Carol encantada—. Le gusta todo lo que es dulce, y como está corriendo ahora, le estaría bien engordar un poco.

—Sí, *signora.* El desayuno se le servirá en la *terrazza* a la hora que usted desee. Será muy agradable tener a un *bambino* en la casa, y se ve que es un niño muy listo.

—Cuando era más pequeño y lo llevaba de compras, tenía que ponerle un andador para niños —Carol sonreía—. ¿Debo... debo suponer que el personal ya sabe que es hijo del *Signore Vincenzo?*

La sirvienta asintió.

—El parecido es innegable, *signora.*

—Espero que no se escandalicen mucho —Carol trataba de hablar con cierta ligereza, pues tenía que admitir que todos pensarían que ella había sido la amante de Vincenzo.

—Nosotros somos los sirvientes del *baróne y* no juzgamos, *signora* —la sirvienta miraba el rostro pensativo de Carol y su cabello sedoso que caía alrededor de los hombros delgados y vulnerables—. El *Signore* Vincenzo era muy bien parecido y es un consuelo para la familia que haya dejado un hijo. Estas cosas suceden. La vida es la vida.

Cuando la sirvienta se hubo retirado, Carol se quedó pensando que quizá la vida en Falconetti no fuera tan difícil de soportar... mientras estas personas siguieran considerándola la madre de Teri. Podrían perdonar un desliz, pero si se descubriera que ella mentía al asegurar que era la madre de Teri, un niño Falcone, entonces no dudaba cuál sería su reacción.

Le quitarían a su adorado Teri y no soportaba la idea de separarse de él.

Apretó la taza con la mano... el engaño tenía que seguir, valía la pena, y la mejor forma de hacerlo era pensar que todo era una aventura. Habían sido muy pocas las aventuras en su vida y menos aún en un ambiente como éste.

¡Ese sol! Sus ojos brillaban; de pronto sintió el deseo de estar afuera, al aire libre. Rápidamente terminó el té y se dirigió al baño.

Media hora más tarde ya estaba lista para bajar a la *terrazza,* y una vez fuera de su habitación, se detuvo en la galería al escuchar la voz de Teri. Oía su risa por la puerta abierta, que le daba al cuarto la apariencia de ser un escondite, y Carol caminó hacia allá y espió por la puerta. El niño estaba con Gena y con Flavia. En el cuarto había varios estantes abiertos y una gran variedad de juguetes y juegos esparcidos en el suelo. También había una enorme casa de muñecas, un caballito de balancín, y un payaso grande sentado en la silla de Neptuno.

—¡Ahí estás! —dijo entrando en la habitación y sonriendo al ver el desorden de soldaditos de juguete, el trencito y sus vías, y Gena en una bata de seda, con una gran muñeca en sus brazos.

—¡Hola! —dijo Gena—. Estamos buscando en nuestro viejo

cuarto de juegos a ver qué juguete le gustaría a Teri. Estos soldaditos pertenecían a Rudi... ¿no son hermosos? Hechos a mano, con todo detalle.

—Mira éste, Cally —Teri corrió hacia ella con un soldado romano completo con casco, escudo y espada—. Nunca había visto soldados como éstos, y tía Gena dice que son centuriones del ejército de César. ¿Puedo jugar con ellos?

—Desde luego que puedes, ¿pero que tal un beso de buenos días? —Carol se inclinó y con toda solemnidad se besaron mutuamente. Podía sentir la mirada de Gena y al dar un vistazo alrededor del cuarto se sintió con menos serenidad de la que aparentaba, con su cabello bien trenzado, una falda verde angosta y una camisa blanca con lunares verdes.

—Son ustedes dos muy amables de hacer esto por Teri. Es un tesoro descubierto para que él lo explore, ¿no se molestará tu hermano? Esos soldados parece que han sido cuidados con mucho esmero y no me gustaría que Teri rompiera alguno.

—Hace ya mucho tiempo que Rudi dejó de jugar con esta clase de juguetes —dijo Gena lentamente—. Teri puede usar este cuarto de juegos y decir que los soldados y los trenes son suyos, pues no es probable que haya más niños para disfrutarlos.

—¿Por qué dices eso? —Carol examinaba a Gena con su bata color marfil, sentada en una hamaca de terciopelo con una muñeca en los brazos—. Estoy segura que tu hermano no espera ser un solterón para siempre.

—Más bien lo espero de mí, pues siempre me enamoro de granujas —sonrió Gena y miró a Flavia—, y tú, cariño, vas a tomar los hábitos.

Flavia sonrió tímidamente.

—Si papá está de acuerdo, desde luego. Las religiosas que nos han enseñado, siempre están tranquilas, me siento atraída hacia el noviciado y su disciplina de vida. Tú no entenderías, Gena.

—Puedes estar segura de eso, sin temor a equivocarte —Gena se puso de pie e hizo a un lado la muñeca—. Es mejor que me vaya a vestir, y tú, querida, puedes llevar a Carol y al niño a desayunar. Me imagino que están hambrientos... Sí, querido —dijo dirigiéndose a Teri —, puedes llevarte al comandante romano contigo. Te gustó ese que se ve tan cruel, ¿no es cierto?

Teri asintió examinando con cuidado al soldadito.

—¿El señor alto fue herido en la guerra? ¿Lo atropello un tanque?

—Sí, *caro mio,* se puede decir que fue una batalla, sólo que no fue un tanque lo que lo atropello. Dime —Gena se inclinó hacia Teri y le tomó la barbilla entre sus manos—, no le tienes miedo al hombre

alto, ¿verdad?

Teri negó con la cabeza.

—No, tía Gena. ¿Le duele?

—Sólo cuando las personas actúan tontamente y lo tratan como si las asustara. Una vez fue un hombre muy apuesto, como un verdadero centurión romano, y todas las personas lo alababan. Habrá ocasiones en que aparente no estar consciente de ti, *mio,* y no debe molestarte; se pierde en sus recuerdos y muchas veces quiere estar solo. Sabes, pequeño, él no cree que nadie sea capaz de amarlo.

Teri se quedó pensativo y luego miró a Carol para asegurarse que ella estaba con él, con ese amor reflejado en sus ojos que nunca titubeaba.

—¿Tienes hambre, Buster? —le preguntó.

El asintió y se paró entre Carol y la hija adoptiva del *baróne* cuando bajaron la escalera ancha de mármol para llegar al vestíbulo inferior, y salieron por una de las elegantes puertas arqueadas hacia una terraza muy grande que veía al lago.

Con la luz del sol mañanero, el agua brillaba como si tuviera piezas de plata diseminadas, y en un instante Teri estaba inclinado sobre el pretil, sus piernas lejos del suelo. Flavia dio un paso hacia adelante alarmada, pero Carol la detuvo del brazo.

—Vamos, Buster, no quiero zambullirme para sacarte si te caes. Tú sabes cuántas horas se tarda en secar mi cabello y tengo trabajo que hacer.

—¿Trabajo? —se retiró del pretil—. ¿Qué, en un salón de té?

—No, aquí en el *palazzo.* Voy a arreglar los libros y ganarme la casa y comida. Mira, *caro,* ahí viene la sirvienta con tus *waffles* y crema.

De inmediato se acercó a la mesa, sonriéndole a Flavia, mientras se abría paso entre las sillas de hierro forjado, con un asiento acojinado.

—¿Qué son? —preguntó.

—Son como pequeños *pancakes,* sólo que no están doblados —le dijo.

—¡Qué delicia!—colocó el soldado romano contra la canasta donde estaban los panecillos. Los miraba, arrugando la nariz—. Huele a limón, Cally, muchos, muchos limones.

—Hay una casa de limones cerca de aquí —dijo Flavia—. ¿Te gustaría verla cuando termines tu desayuno?

—¿Una casa hecha de limones? —la miraba azorado.

—No, *caro,* no exactamente eso. Es un lugar grande y fresco donde almacenamos los limones que se cortan de los árboles.

—Hubiera sido muy graciosa una casa hecha de limones —sonrió y cambió su atención a la sirvienta que colocaba los distintos

platillos de tocino, *waffles,* huevos revueltos y fruta. La sirvienta miró francamente al niño y Carol podía ver que la mirada italiana de Teri se intensificaba en estos alrededores. Había heredado el buen parecer de Vincenzo y Carol daba gracias, no obstante sus recelos. Era como un encantamiento y hacía la situación más picante que incómoda.

Ella se inclinó hacia Teri y le sirvió la crema sobre los *waffles,* los que de inmediato saboreó con gran deleite. Ella sonrió ligeramente y se sirvió tocino y tomates, mientras que Flavia se sirvió huevos revueltos con moderación. Era una niña agradable, pero tan reservada que Carol tuvo dificultad para llevar una conversación con ella. Su mente parecía estar muy lejos, como si ya estuviera tranquila en el claustro de un convento, a salvo de la clase de tensiones que llegaban a la vida de hombres y mujeres que preferían las emociones del corazón que las del alma.

—¿No te importará dejar este lugar tan hermoso? —le preguntó a Flavia después de un momento—. El *palazzo y* el lago parecen ser interesantes y muy bellos. Creo que yo soy bastante mundana y me sentiría desanimada con sólo pensar entrar en un convento.

Flavia sonrió dulcemente con sus grandes ojos oscuros.

—Yo no tengo ninguna duda acerca de ordenarme —le contestó—. La necesidad de hacerlo me nace del corazón y creo que todos deberíamos seguir nuestra propia vocación. Me entrenaré para ser una enfermera y poder ser de utilidad a la Orden, no es un enclaustramiento. Me gustaría ir a la India, donde hay gran sufrimiento entre la gente pobre.

—Creo que eres muy valiente —le dijo Carol con toda sinceridad—, pero eres muy joven...

—Sólo en años —murmuró Flavia—. Hay mucha maldad en el mundo y se necesita gente que luche contra eso, sí pueden. Yo lo encuentro mucho más excitante que quedarme quieta y llevar una vida familiar con un esposo.

—Sin embargo, eres una niña muy bonita —le dijo Carol—. ¿El *baróne* estará contento con tu deseo de tomar los hábitos?

—El comprenderá, siempre ha sido muy bueno conmigo, y sé que quiere que yo sea feliz.

—¿Qué es el velo? —preguntó Teri de repente, pues aun cuando estaba disfrutando su desayuno, Carol sabía que a él le intrigaba la conversación de los mayores. Las tías encontraban sus preguntas imprudentes y siempre insistieron en que él y Carol comieran aparte. A ella no le había importado eso, pero sí le había molestado que su curiosidad de niño fuera considerada ofensiva por alguien. Era demasiado desenvuelto para su edad y Carol siempre le enseñó que no fuera tímido con las personas.

—Voy a trabajar para Dios —dijo Flavia, con una sonrisa

amable—. El será mi jefe y yo recibiré órdenes de El, y mi uniforme será un velo.

—¿Puedo usar uno cuando crezca? —él quería saber—. Aunque yo creo que me gustaría ser soldado y pelear en las batallas.

—¡Qué hombrecito tan sanguinario! —dijo una voz profunda, y Carol sobresaltada volvió la cabeza para encontrarse con el *baróne* a media terraza, caminando con grandes pasos con sus botas altas café, llegando a la mesa casi antes que ella pudiera recuperar el aliento. Traía unos pantalones de montar muy bien cortados y una camisa de cambray. Su mirada era sardónica, cuando se detuvo contra el pretil de piedra labrada, sus botas bien plantadas en el piso de mosaico.

El y Teri se miraban fijamente. El sol mañanero revelaba con crueldad la mitad del rostro desfigurado del *baróne.* Sus ojos de halcón examinaban con cuidado la carita del chico levantada, y Carol observó que sacudía la cabeza con sorpresa... supo que él se acordaba de su hermano y lo veía otra vez en la cara y en los ojos de Teri.

—¿Has estado montando, *sir?* —preguntó Teri, mirando las pesadas botas y el látigo en la mano morena—. Vi tu caballo negro y echó vapor por la nariz.

—Caliph tiene un fuerte temperamento y sabe que él es el gran señor de mis establos. ¿Te gustan los caballos?

—Y los monos —replicó Teri—. ¿Tienes algunos de esos, *sir?*

—Soy tu tío, jovencito. No, no tenemos simios aquí, más que tú.

Instintivamente Carol sonrió... así que detrás de esa máscara morena, marcada y más bien arrogante, existía cierto buen humor. Ella se sintió relajada, temía que él fuera demasiado severo con Teri, una especie de ogro que asustara al chico. Parecía que podía ser bastante humano cuando quería.

—No soy ningún mono —le dijo Teri con gran solemnidad—. Soy un niño.

De inmediato Carol observó esas profundas marcas a los lados de lo boca del hombre suavizarse ligeramente.

—Eres muy parecido a tu padre cuando él era niño. Siempre le gustaron las cosas dulces y veo que tú eres igual que él en eso. Su hijo no es quisquilloso para la comida, señora —dirigió la vista a Carol con tanta rapidez, que la sorprendió mirándolo; de inmediato sintió que le subía el calor desde el cuello de la blusa y su cara se sonrojaba, lo que era digno de una colegiala. Estaba segura que él se mofaba al verla.

—Teri ha tenido que aprender, *signore,* que la comida hay que ganársela y que cuesta dinero. Es un buen niño en ese sentido.

—¿Siempre ha sido un buen niño? —levantó una ceja, y ella adivinó que las quemadas del ácido bajo el sol brillante que caía en la terraza le producían un gran dolor.

—No es ningún ángel, *signore,* pero le he enseñado algunos valores. Después de todo, es un Falcone.

—Indiscutiblemente —de nuevo el *barόne* miró a Teri, quien tenía la mitad de la cara cubierta con chocolate—. Ha hecho un buen trabajo, señora, habiendo estado sola. ¿Qué fue lo que la hizo venir a vernos, cuando usted, no es la clase de mujer que le guste la caridad?

—Espero que no lo considere caridad, *signore* —sintió como si le hubiera dado un latigazo—. Yo quería un lugar con sol para Teri. ¿Es tan malo... que una madre quiera eso para su hijo?

—Es encomiable —le dijo lentamente—. El amor debe ser más fuerte que el orgullo, pero quisiera saber por qué le tomó cinco años. ¿Supo de repente que los Falcone eran opulentos?

Ayer le había preguntado lo mismo y pareció aceptar su explicación, sin embargo, tal vez le extrañaría que ella hubiera aparecido con un niño de cinco años tan de repente. Ella era una mujer y él había aprendido de una forma dolorosa, que no debía confiar en ningún miembro del sexo femenino.

Procuró no resentir su desconfianza, ¡pero vaya que le costó trabajo! Quizá ella lo hizo reaccionar como el verdadero hombre que era, y lo resintió. ¿No dijo Gena que él todavía era bastante ardiente para apreciar una cara bonita y nueva en *palazzo?* Un hombre *désenchantée, pero* todavía muy hombre con sus botas de montar, sus pantalones bien entallados y la camisa tan delgada, que dejaba ver la sombra de su pecho velludo. Carol escuchó el zumbido de su látigo cuando lo golpeó contra las piedras, y pudo observar el brillo del anillo de ónix en su mano; una piedra grande que sintió contra la piel cuando la tocó la noche anterior.

De repente Flavia rió y señaló a Teri, que se veía cómico, sentado ahí con bigote de chocolate.

—Buster, límpiate la boca —le dijo Carol—. No, no con el dorso de la mano, usa la servilleta. Eso es, así está mejor. ¿Te gustó el desayuno?

—Estupendo, Cally. ¿Puedo retirarme de la mesa?

—Sí, si ya terminaste.

Bajó de su silla y se le acercó al *barόne,* que junto a él parecía una torre bajo la luz del sol. De súbito el hombre se inclinó y cargó al niño, sentándolo en el pretil, su brazo moreno y firme, abrazándolo. Teri tenía en la mano el soldado romano y el *barόne* alzó la ceja al verlo.

—Eran mis juguetes favoritos. ¿Sabías que yo fui soldado?

—¿De veras, tío? —Teri miraba francamente el lado marcado

de su cara—. Eso te pasó peleando, ¿verdad? ¿Fuiste muy valiente? Debe haberte dolido mucho.

Carol aguantó la respiración, como lo hacía siempre que Teri se refería a la temible distorsión de esa cara, una vez tan apuesta; un rostro como sería el del chico cuando llegara a la madurez. La cara de los Falcone, con ese feroz esplendor de la nariz romana, un ojo como el de Marte, para amenazar y ordenar, y una boca, cuya fuerza estaba mezclada con cierta sensualidad.

—El dolor físico se puede soportar, *bravo.* ¿Ves allá en el lago ese barco de velas escarlatas? Es mío y una tardé saldremos a pasear. Iremos alrededor de la isla, que es bastante grande.

Teri detuvo la respiración encantado.

—¡Cally, voy a navegar! —exclamó, inclinándose en la curva del brazo de acero que lo detenía para ver el lago—. ¡Estoy tan contento de haber venido, Cally, y no quiero que nunca nos vayamos!

—La sangre llama —dijo Gena cuando cruzaba la terraza, vestida con una camisa roja y un par de pantalones de montar color marfil—. Tomaré una taza de café y luego me voy a montar. ¿Puedo coger a Dominó, Rudi? Sé que el otro día estaba enojado conmigo, pero eso fue porque una víbora cruzó nuestro camino. Se portará bien y no intentará romperme mi precioso cuello.

—Sé menos imprudente, Gena —le dijo su hermano con un ligero tono acerado en la voz—. No siempre son los cuellos los que se rompen, son los huesos de la espina y para ti sería intolerable estar inútil y depender de la paciencia de otras personas.

—¡No lo digas! —se estremeció burlonamente y le cerró el ojo a Teri por encima de la taza de café—. Veo, *caro,* que estás muy bien acompañado. Mi querido Rudi, creo que el niño se parece más a ti que al mismo Vince.

—Entonces debes tener ojos de rayos X, querida hermana —el *baróne* habló con brusquedad y bajó a Teri al suelo—. Vamos, ve con Flavia y conoce tu nueva casa, ahora eres el joven *signorino* y lo que es nuestro es tuyo.

Esas palabras eran música para los oídos de Carol, pues sabía que eran sinceras y que Rudolph Falcone nunca las negaría, aunque descubriera la verdad acerca de ella. Su posición era vulnerable y él era capaz de lastimarla profundamente, pero Teri estaba seguro y eso era lo más importante. El estaba protegido, asegurado como un Falcone, a pesar de lo ilegítimo de su nacimiento, porque el *baróne* así lo decía y su palabra era ley en la *isola.*

—Usted vendrá conmigo, *signora* —se inclinó y la ayudó a ponerse de pie, tomándola del codo con dedos firmes. Ella lo obedeció porque no tenía otra alternativa y oyó a Gena lanzar una risa breve.

—Tú, hermana —le dijo—, cuidarás tu propio cuello y el del

caballo. ¿Entendido?

—Sí, *signore* —se inclinó haciendo una pequeña reverencia—. Si veo a Saúl Stern, ¿puedo invitarlo a cenar esta noche para que conozca a nuestra hermosa visitante? ¡Mira su cabello contra el sol! Rubia como Lucrecia, ¿no es cierto? —al decir esto, Gena se mordió el labio. En ocasiones se olvidaba que una rubia fue la que desfiguró a su hermano. El nunca lo olvidaría y sus dedos parecieron apretar el brazo de Carol cuando la condujo por la terraza, para bajar un tramo de escalones de piedra y atravesar el patio rodeado por flores y arbustos, con un estanque de lirios, cercado por una tapia.

Al final del patio había una escalera de caracol con un barandal que conducía a una torre medieval, cuyas angostas ventanas se podían ver desde la orilla del lago.

—Está bien —dijo lentamente el *baróne* cuando Carol retrocedió al llegar a la escalera—. La voy a llevar a mi salón de recepción, no a mi cámara privada de tortura. Quiero hablar con usted y todos tienen instrucciones de no molestarme en esta parte de la casa. Esta es el ala más antigua, *la scala del falconiere,* donde un antepasado mío guardaba sus pájaros de caza. Venga, tiene una vista maravillosa y uno puede imaginarse cómo dejaba que los halcones salieran volando para perseguir a las palomas.

—Cuánta crueldad —exclamó ella, subiendo la escalera delante de él, consciente que la seguía, sus ojos de halcón admirando sus piernas. La escalera conducía directamente a una puerta gruesa arqueada, y Carol se hizo a un lado para que él abriera. Vio a su alrededor, asombrada. El cuarto estaba decorado, si se podía llamar así, con ciertas criaturas extrañas; una lámpara de cristal de Murano pendía del techo, y contra una pared blanca, una pintura grande, de un monje con hábito y capucha medieval. Carol lo miraba con interés, esos ojos en la cara seria y morena, parecían observarla... eran los ojos dorados de Rudolph Falcone.

—Mi antecesor, al que le gustaban los halcones. El no pertenecía a ninguna secta sagrada, pero le gustaba vestirse de ese modo. Según dicen, era terrible.

—Los ojos —dijo ella azorada—, ¡parecen tener vida!

—¿Verdad que sí? —cerró la pesada puerta y se detuvo a mirarla. Para evitar esos ojos tan impresionantes, ella examinaba el cuarto, mirando interesada los altos armarios donde había una variedad enorme de libros, y hasta arriba, halcones tallados en madera, con su mirada amenazadora y sus picos y garras cruelmente marcadas.

Cerca de una ventana, un restirador como los que usan los artistas o arquitectos y Carol recordó lo que dijo Gena, que él diseñaba motores para botes y coches de carreras. Sí, pensó, él

querría una ocupación, pues cada una de sus miradas y acciones tenía algo que lo ponía alerta y en movimiento.

A un hombre como él, no le gustaría llevar una vida ociosa, la vida de un aristócrata opulento, y cuando vio que ella miraba la mesa de trabajo, dijo un tanto cínico:

—Sí, yo también trabajo para ganarme la pensión completa, *signora.* No me satisface vivir de los tesoros de esta casa, aunque admito que encuentro gran placer en la belleza.

Al decir la última palabra sus ojos miraban el cabello de Carol, los paneles superiores de colores en las ventanas góticas se reflejaban sobre la claridad de su cabello, creando una especie de aureola.

Se puso tensa preguntándose si al verla recordaría con sumo dolor... no, con vivida agonía, ese momento tan terrible cuando el ácido cayó en su rostro, arrojado por una mujer loca de amor y de odio.

El amor podía ser terrible... tan terrible como el odio si era capaz de impulsar a una mujer a cometer tal atrocidad.

—¿No se sienta, *signora?* —le indicó un sillón que parecía estar tapizado con un material grueso y oscuro como el de los hábitos de los monjes. Cuando Carol se sentó, pensó si este hombre habría vivido como monje desde que le quemaron la cara.

El no se sentó, se apoyó contra uno de los libreros, el halcón tallado mirando su cabello negro, y estaba de tal forma parado, que no le daba el sol que entraba por las ventanas.

—¿Ha pensado, señora, que mientras su hijo sea una criatura tendrá la protección del amor de mi familia? ¿Se ha dado cuenta que cuando vaya al colegio habrá quien considere que no tiene derecho a llevar el nombre de su padre?

Carol apretaba los brazos del sillón, pues sus palabras se le hundieron como dolorosas flechas.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Sí lo he pensado... ahora que sé que Vincenzo tenía una esposa antes que lo conociera yo. Sé también que hay personas que pueden ser malévolas, y Teri es muy susceptible e inteligente, y comprenderá los comentarios mordaces que le hagan. Una de las razones por las que quise alejarlo de mis tías, fue la actitud que ellas tenían con él. Son anticuadas —Carol se mordía el labio—. Tienen otro concepto de la vida y decían que Teri no debería haber nacido.

—¿Y por qué habían de tomar esa actitud cuando usted misma creyó ser la legítima esposa de mi hermano?

Carol lo miraba y al ver su gesto, supo que pisaba terreno peligroso.

—El había muerto, *signore,* y siempre es difícil para un niño ser

criado por sólo uno de sus padres.

—Es cierto, y eso me trae al punto de esta conversación. Un niño que está creciendo debe tener un padre y más todavía un nombre. He decidido que usted sea mi esposa, señora.

—¿Qué? —Carol lo miraba como si le hubiera sugerido que saltara por la ventana de la torre—. ¡N... no puede decirlo en serio!

—Sí, señora, lo digo muy en serio, el niño es un Falcone y deseo que tenga toda la protección de mi nombre y de mi posición.

—¡Casarnos! —exclamó ella—. ¡Ni pensarlo!

—Piénselo —le dijo, su voz firme como el acero—. Si usted accede a ser mi esposa, entonces su hijo viene a ser hijo mío, y nadie se atreverá a decir una sola palabra, ni hacer ningún escándalo en lo que se refiere al chico, a menos que se quieran enfrentar conmigo. Puedo ser un hombre muy duro cuando me enojo.

—No lo dudo —su corazón latía aceleradamente, como si hubiera estado corriendo; y en verdad quería correr lejos de esta locura y de esta proposición de matrimonio tan descabellada, de un hombre al que no conocía. El era hermano de Vincenzo y ella había aprendido a no confiar en el atractivo y la persuasión latina... no había ni remotamente ningún encanto en la actitud del *baróne* en este momento. Sus ojos eran duros, tan brillantes como lo oscuro de su rostro y sus cicatrices se hacían más intensas.

—Si no lo duda, no me haga enojar. Siendo un Falcone no estoy orgulloso de que mi hermano la condujo por el sendero de un jardín de espinas. Puedo reparar ese mal, y usted me permitirá que lo haga.

Carol permanecía sentada, azorada, podía escuchar por las ventanas el ruido de las cigarras, sus patas traseras chirriantes entre el follaje de los jardines. Percibía el olor de las flores mezclado con el de las viejas piedras y el agua.

—Nun... nunca podría aceptar esa reparación —dijo al fin—. Usted no tiene que llegar a esos extremos, *signore,* por dos personas que ni siquiera conocía hasta que llegamos a su puerta.

—No busque excusas —estaba un poco violento—. Usted dice amar mucho al chico, pero no lo es tanto cuando cierra los ojos ante la idea de tener un esposo con una cara espantosa. ¿Se imaginó que le estaba proponiendo una unión de amor, y que yo esperaba que cayera rendida en mis brazos?

—Sí... no... —Carol no sabía qué era lo que esperaba, desde luego nunca pensó recibir una proposición de ningún italiano hacendado y poderoso—. ¿Con toda seguridad no esperaba que... que... lo aceptara?

—¿Acaso soy un monstruo tan terrible?

—¡Oh no!... su cara no tiene nada que ver con esto. Somos

extraños uno para el otro, eso es a lo que me refiero. No le debe tanto a Teri para atarse... a la mujer de su hermano.

—Me pidió que no la llamara así, pero otros lo harán. Puesto que vivirá bajo mi mismo techo, habrá murmuraciones acerca de su hijo. ¿Es usted lo suficiente fuerte para enfrentarse a eso, pero no lo bastante valiente para casarse conmigo?

—¿Suficiente fuerte? —sus manos temblaban y estaba tan cansada de ser fuerte todo el tiempo, tenía miedo de ser débil y ponerse a llorar. Por cinco años estuvo sola y luchó por Teri, pero ahora... ahora un hombre le ofrecía compartir esa carga y... era muy tentador poder ceder y no luchar más.

—Los extraños no se casan, *signore.* Ya cometí ese error en una ocasión y no me atrevería a repetirlo, y menos con el propio hermano de Vincenzo.

—¿Usted cree que yo soy como él? Las mujeres eran una distracción para mí, no una obsesión. Fue otra mujer, supongo, la que le quitó a Vincenzo.

—Sí —ella podía ver a Cynara otra vez, tan desafiante, con sus labios manchados y su vestido de dama color violeta, rasgado.

—Usted no era el tipo de mujer para mi hermano —esos ojos que quizá nunca se enternecieran otra vez por ninguna otra mujer, buscaban la cara de Carol—. Nunca supe, que a él le gustara el tipo sensible pero capaz de tomar sus propias decisiones, pero a los dieciocho, usted debe, haber sido tan tierna e intocable como una rosa nueva, y me imagino que la encontró irresistible... ¿estoy en lo cierto?

—Sí, así fue —le dijo y le causó una curiosa emoción que este hombre hablara de ella como una rosa intocable... ¿cómo la consideraría ahora, como una flor caída?

—Lo que le propongo debe decidirse de una u otra forma. Vamos, ya no es usted una chiquilla soñadora, buscando desde su ventana virginal a un Don Quijote a caballo. Usted y yo hemos sufrido desilusiones amorosas y podemos considerar el casamiento como una cuestión de negocios. Yo le puedo dar a su hijo el nombre que debió tener para que nunca lo pongan en duda, y usted me puede dar el heredero que nunca tendré. Sabe, señora, no espero que ninguna mujer ame mi rostro, lo veo en el espejo cada mañana cuando me rasuro y sería un tonto si esperara otra cosa que no fuera lástima y un cierto horror de cualquier mujer. Eso nunca lo buscaría y puede estar segura que sería sólo un esposo de nombre.

Carol permanecía sentada, quieta como una estatua, pero en realidad podía sentir la emoción correr por sus venas. Teri podía ser el heredero de este hombre, con un título y un *palazzo,* y la gente lo respetaría. El pecado de Cynara se borraría como si nunca hubiera existido, y el niño que ella amaba podría enfrentarse con cualquiera...

casi con cualquiera.

De repente el *baróne* se inclinó hacia ella y miró sus ojos muy de cerca.

—Sí, ahora comienza a pensar bien las cosas y se siente atraída por mi proposición. Nunca más tendrá que preocuparse por el futuro de su hijo ni del suyo. Además, está tentada, ¿no es así?

—-Sí, pero de todas formas es un arreglo hecho con mucha sangre fría y aunque no tenga que ser su verdadera esposa, ¿cómo puedo estar segura que no me odiará?

—¿Por qué habría de odiarla? —una ligera insinuación de fantasía en su voz—. Quizá no la tomaré en cuenta, yo tengo mi propia vida que vivir.

—Ya... ya sé por qué es como es —lo miró, aunque hubiera sido mucho más fácil mirar para otro lado: a los halcones que no podían volar, a la figura del monje cuyos ojos no la ponían nerviosa.

—¿En verdad, *signora?* —su voz fría como el acero, y su mirada parpadeaba como el filo de una espada—. ¿Es por eso que tiene miedo de casarse conmigo?

—Habiendo sido lastimado en esa forma... no lo hace ser muy agradable con las mujeres.

—¿Las rubias? —se mofó de ella y a propósito le tocó un rizo del suave cabello, haciéndolo a un lado. La tocó con la punta de los dedos y sintió como si los nervios del estómago se alteraran.

—¿Cómo puedo saber que no busca una... especie de venganza? Sería natural, y una vez que fuera su esposa... bueno, usted es el *baróne y* nadie pone en duda su autoridad, ¿no es cierto?

—¿Quiere decir que si le pego nadie me diría que no lo debo hacer?

—Algo así.

—¡Qué criatura tan rara es usted! —hizo la cabeza para atrás y rió fuertemente—. ¡Sería más probable que gritara si le hiciera el amor!

Cuando dijo eso, poco faltó para que Carol gritara; casada con él, tendría poca protección contra cualquier cosa que él quisiera hacerle. Era un hombre duro, delgado pero fuerte y poderoso y marcado para siempre por la crueldad de una mujer. No habría ninguna ternura en las relaciones de Rudolph Falcone, y ella no era la mujer experimentada que aparentaba ser.

—Usted sabe que no puede luchar conmigo —le dijo él—, ¿para qué se molesta? Haría casi cualquier cosa por el niño...

Se interrumpió cuando la puerta del cuarto se abrió de repente, dejando ver la figura de Bedelia Falcone, vestida de seda negra brillante como sus ojos y el cabello peinado hacia atrás. En los lóbulos de las orejas, unas perlas negras que brillaban contra la palidez de

magnolia de su cutis.

—Pensé que los encontraría a los dos juntos —las manos pálidas, los dedos largos encrespados contra la seda de su vestido—. Supuse que *ella* no perdería tiempo para empezar a seducir a otro más de los Falcone, y esta vez al más rico e importante. Dije que para eso había venido y no me equivoqué. Nunca traes a nadie a este lugar, Rudolph, así que ella te siguió...

—La señora Adams no hizo nada de lo que te imaginas —contestó bruscamente—. Yo la traje al *falconiere* y tuve mis razones.

—¿Tus razones? —Bedelia movió la cabeza para atrás y le lanzó una mirada arrogante—. Como es natural, comprendes que ella no es mejor que cualquier mujer de la calle y piensas que debe recompensarte por estar aquí.

—¡Cómo se atreve! —Carol se puso blanca de cólera y de un salto se puso de pie—. No voy a tolerar sus insultos...

—¡Se callan las dos! —ordenó el *baróne*—. Bajo mi techo no habrá peleas de gatos ¡me oyen! ¡Mujeres! La vida sería mucho más tranquila si no las hubieran inventado.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Bedelia—. En tu privado donde nadie puede entrar.

—La señora Adams y yo teníamos un asunto muy delicado que tratar.

—¿Dinero? —le gritó su cuñada—. ¿Te está exigiendo algún arreglo para que pueda cubrir su falta con mejor ropa que la que trae puesta? ¿Cómo pudo Vincenzo mezclarse con una de su clase cuando él estaba acostumbrado a lo mejor?

—¡Cállate! —el *baróne* estaba tan colérico que, las marcas de su cara le sobresalían como si fueran costuras—. ¡Estás hablando de la mujer que va a ser mi esposa!

Bedelia lo miraba como si él se hubiera vuelto loco e inmediatamente se abalanzó sobre la joven, las manos como garras, con uñas filosas; Carol dio un grito y sintió que se caía cuando el *baróne* la hizo a un lado y con increíble agilidad detuvo a Bedelia. Le dio tal sacudida que sus dientes deben haberle castañeteado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Te has vuelto loca?

—No puedes casarte con ella —dijo Bedelia con palabras entrecortadas—. Puedes tener al chico sin tenerla a ella... ella no es nadie y tú eres el *baróne.* Dale dinero y se irá, Rudolph. Para eso vino, para que le pagaran por haber tenido el hijo que debió ser mío.

—No sabes lo que estás diciendo —contestó enérgico—. Madura, Bedelia, y búscate otro marido. Olvida a Vincenzo de una vez por todas. Acepta que se ha ido para siempre. *Che sara sara.*

—Yo era su esposa... lo amaba. ¿Ella qué es? Sólo una de sus mujeres que tuvo un hijo y ahora viene a Falconetti para aprovecharse

de ti y sacar todo lo que pueda. ¡No puedes casarte con ella! La gente sabrá que no te ama, ¡Sólo quiere tu dinero!

—Estoy consciente que ninguna mujer podría quererme por mí mismo —le dijo y Carol vio que le saltaba el nervio de la sien, que se distinguía perfectamente bien entre sus terribles cicatrices—. Como hombre con propiedades, debo tener un heredero legal y Terence me agrada. Es un Falcone, es sano y muy inteligente para su edad.

Carol lo escuchaba como en un sueño del que no podía despertar. Era su futuro el que estaba en discusión, como si ya hubiera aceptado unirse a este hombre. Tenía ganas de gritar que todavía no era un hecho, pero no pudo pronunciar palabra y, muy dentro de su corazón, sabía que Rudolph Falcone se saldría con la suya.

El la miró, su mano todavía en el brazo de Bedelia y en sus ojos se veía no la exigencia, sino la expresión lejana de un hombre que había querido proteger su más íntimo sentimiento con una capa de hielo que no se derretiría aunque se casara con ella.

—Nos casaremos —dijo él—, muy pronto.

—Sí —se oyó aceptar Carol y hubo un momento de silencio que fue roto por el crujir de seda cuando Bedelia se soltó del *baróne.*

—Te arrepentirás de lo que estás haciendo —le gritó, y por la furia que mostraban sus ojos, daba la impresión de ser una mujer enajenada por los celos—. ¡No aprendiste la lección de lo que es estar en manos de una mujer rubia!

Mofándose del *baróne.* Bedelia miró alrededor del *falconiere* hasta que su mirada se detuvo en la pintura del supuesto monje, y señalándolo con la mano:

—Sería mejor que vivieras así, cuñado. Ponte la capucha y el hábito, pues esta bonita pero vulgar mujer que perteneció a Vincenzo, no te va a besar con los ojos abiertos.

Bedelia le sonrió y se volvió para alejarse con la gracia de un gato. Nunca en su vida había sentido Carol tanto odio por nadie.

Pero al mismo tiempo sintió algo de curiosidad... ¿sería posible que Bedelia hablara así por envidia? ¿Acaso todo el amor que le tuvo a su esposo ya muerto, ahora era para su hermano vivo... el *baróne* de Falconetti que tenía toda la fuerza y la autoridad que le faltó a Vincenzo?

Carol miró al *baróne,* que observaba el lago desde una de las ventanas y ella sólo podía ver el lado de su cara limpio, sin marcas... la cara que Bedelia había conocido con toda la perfección latina.

El corazón le dio un vuelco, pues sabía que a pesar de haber ganado al *baróne* por marido, también había adquirido una terrible enemiga en su cuñada.

—Bedelia es muy nerviosa y no siempre sabe lo que dice.

Estaría más tranquila si hubiera tenido un hijo de Vincenzo... es natural que esté celosa de Teri.

—Puede que sea natural, pero me da miedo. Espero que no le cause ningún daño al niño...

—¿Dañarlo? —dio un giro y la miró fijamente—. No lo creo, sabe que se las vería conmigo. Como dije, nos casaremos tan pronto como sea posible, pero hay ciertas formalidades que cumplir y papeles que preparar. Comprendo que todo esto sea muy poco romántico, pero las ventajas deben pesar más que la falta de... encanto, ¿podría decir?

—No se moleste en decirlo, *signore* —sonrió con algo de amargura—. Estoy bastante decepcionada del romanticismo, pero es cierto que haría todo por Teri. Para mí, él es primero y estoy agradecida que usted desee hacerlo su heredero oficialmente... Por favor, créame que no vine aquí buscando eso como afirmó Bedelia. No soy una mujer ambiciosa ni tampoco vulgar, que me entregaría a cualquier hombre. Usted dijo, *signore,* que nuestro casamiento será un mero formulismo, pero si fuera sólo eso, yo sentiría que lo estoy engañando. Si me caso con usted, seré su esposa si quiere que lo sea.

Carol no había meditado sus palabras, ni siquiera pensó que las diría, pero tan pronto las hubo pronunciado sintió un gran alivio. No quería tomar todo lo que este hombre estaba dispuesto a darle a Teri sin alguna clase de pago, y él era un hombre solo... un hombre que creía que ya no era atractivo; una especie de ogro que debía encerrarse en su *falconiere,* para que otras personas no tuvieran que disimular el espanto en sus ojos al verle el rostro.

—Es usted muy generosa, señora —estaba parado, muy erguido, con arrogancia medieval, como en los tiempos, cuando los hombres se vestían con jubón y calzas, con un espadín en la cadera, y luego, más bien con crueldad, dijo—: No le estoy pidiendo que se sacrifique. Es su hijo al que quiero, para que lleve mi nombre y mi linaje, y para que yo le pueda dar todo, es necesario que me case con su madre. No tiene necesidad de apretar los dientes para ir a la cama conmigo, señora Adams. No estoy tan desesperado por tener la compañía de una mujer que tenga que someterla a las... a las caricias de un hombre que ni le gusta ni desea. Usted será mi esposa en todo, menos en la intimidad de la alcoba, no deseo su compasión.

Carol sintió que el piso se movía cuando lo oyó. Odiaba su forma de hablar y de mirarla con esos ojos duros como el acero, con chispas de fuego. El tenía una armadura de orgullo y su sonrisa era tan remota como la pálida luz de la luna.

El *baróne* hizo una leve cortesía.

—Admiro su valor, señora. Debe haber sido un gran esfuerzo

ofrecerse a un hombre cuya apariencia la horroriza. Es joven y atractiva. Mi apuesto hermano fue su amante. No tiene que sentirse obligada conmigo.

—No... no quise que pensara que estaba lista para recibir todo sin dar nada —dijo ella, con voz temblorosa, sin poder mirarlo a los ojos... él la mortificaba, *a su fidanzato.*

—Por culpa de mi hermano tiene la responsabilidad de criar a un hijo, así que yo debo hacer algo. Yo le seré útil y a cambio usted me ayuda a asegurar el futuro de esta *isola* y sus gentes. Somos casi feudales en esta isla. A las gentes les gusta tener un *baróne* para que les dé empleos y a quien acudir con sus problemas. Terence será educado con estas tradiciones, ¿lo comprende?

—Si —dijo ella en voz baja—, si está seguro que usted no tendrá un hijo propio.

—Los hijos deben nacer del amor o es mejor que no nazcan — los firmes hombros arrugaron la camisa de cambray, al encogerlos con ironía—. Venga a la ventana, y vea lo que su hijo heredará.

Carol se acercó a su lado; sentía una extraña debilidad en las piernas y cuando se paró junto a él, no pudo ignorar que la cercanía de este hombre le producía una gran incomodidad. Miró el resplandor del lago y sus alrededores y todo el tiempo se preguntaba por qué este hombre la perturbaba tanto, al grado que si la llegara a tocar, saltaría como araña asustada.

El hablaba como si ninguna mujer quisiera volverlo a ver, sin embargo, pudo haberse sometido a cirugía plástica, lo que hubiera atenuado el terrible aspecto de su cara. El no querer que le cosieran las cicatrices con piel plástica, sólo podía significar que él deseaba protegerse de las mujeres, con sus horribles quemaduras. Quería mantenerse a raya de la tentación del amor; se había convencido que ninguna mujer estaría en sus brazos por voluntad propia.

Capítulo 5

—Ya está todo arreglado —sus ojos la miraban y no tenían ninguna expresión que pudiera traicionar su sentimiento más íntimo. Para él era un negocio y nada más, y Carol pensaba qué temerosos y fascinantes serían los días por venir. Ayer había estado sin dinero, con un niño a quien sostener, y ahora era la prometida de un hombre rico. Era un hecho, él lo acababa de decir. Un matrimonio que les convenía a los dos.

—Ven, vamos a buscar a Terence, debemos darle la noticia antes que alguien tenga la oportunidad de llenarle la cabeza con ideas equivocadas.

—¿Bedelia? —preguntó ella, y el pronunciar su nombre era sentir otra vez una repugnancia hacia la mujer, como la que se siente al ver una víbora salir de la sombra hacia el sol—. Si se atreve a lastimar a mi Teri ¡juro que no la dejaré viva!

Rudolph se detuvo, sus ojos eran como cuchillos dorados al examinar la cara de Carol.

—Con cuanta pasión lo cuidas... tan fiera como una sabina en defensa de los suyos. Por eso los soldados romanos las raptaban, porque eran violentas y fieles, a las que no tocó la decadencia de la vida fácil. Escogiste un buen nombre para tu hijo... sacó tu carácter.

Carol sintió un vuelco en el corazón y también un poco de temor que le cerraba la garganta. ¿Qué haría él si descubriera que tenía por esposa a una mentirosa y no tenía la necesidad de casarse con ella, puesto que Teri no era su hijo?

Caminaron por la ancha *terrazza* hacía la casa de limones, donde él abrió la puerta y llamó a Flavia. Se escuchaba el eco de su voz y la esencia de los cítricos flotaba en el aire, envolviendo a Carol con su penetrante aroma. Bajaron los escalones hacia el centro del jardín que tenía abundantes arbustos, petunias blancas y geranios escarlatas; racimos de alcanfor colgaban bajo el ardiente sol, y en los declives, gran abundancia de rosas y azucenas. Altos jarrones de piedra cubrían los senderos con cipreses, cuyas gruesas ramas se enroscaban en intrincadas formas.

Entraron en un patio protegido por un muro de piedra con nichos que tenían estatuas de dioses. Había un estanque rodeado por un barandal y encontraron a Flavia sentada en los escalones leyendo un libro, mientras Teri se inclinaba sobre el agua tocando los peces con los dedos.

Rudolph se detuvo y tomó a Carol del brazo, los dos observando a los niños que eran sus hijos adoptivos.

—Es una niña muy bonita, ¿no crees? —le murmuró mirando a Flavia, su cabello oscuro brillando con el sol—. Quiere hacerse

Hermana de la Caridad y te confieso que no quisiera que escogiera una vida tan sacrificada para el servicio de otros. Sin embargo, si le niego el permiso me sentiré muy mal, como si fuera un bruto. Un dilema difícil de resolver. Es una criatura tan bondadosa y la vida de una religiosa puede ser tan exigente. ¿Qué debo hacer, Carol?

Era la primera vez que le llamaba por su nombre y sorprendida abrió los ojos, pues su nombre se oía muy extraño cuando él lo pronunciaba. También le asombró que le pidiera su consejo, pero después de todo, ¿por qué habría de sorprenderse? El era un hombre y le parecía asombroso que una muchachita tan joven y hermosa como su hija adoptiva, quisiera ingresar en un convento, en lugar de tener sueños románticos que era lo natural para una joven de dieciséis años.

—¿Por qué no decirle, *signore,* que cuando cumpla los diecisiete, si sigue pensando igual, accederá a sus deseos? Durante el desayuno ella me habló del llamado que sentía para ser religiosa, y si para su próximo cumpleaños sigue firme con su idea, entonces quizá sería cruel de tu parte disuadirla. Después de todo, *signore,* tú no consideras el matrimonio tan bueno, ¿no es cierto?

De nuevo sus ojos penetraron en los de ella, fríos, sin expresarle ningún sentimiento personal. Eran como sables que le clavaban, y sintió la necesidad de alejarse de él. ¿Cómo podría llegar a tratar a este hombre como su esposo? ¿Cómo era posible reaccionar normalmente con él, si en muchos aspectos era un extraño tan imprevisible?

—¿Consideras que el casarte conmigo pueda ser un posible infierno? —le preguntó—. Puedes decirlo sin temor. No me ofenderá tu franqueza.

—Creo que para ti el matrimonio será como un duelo —le respondió—. Como tener un espadín con el que darás golpecitos a la mujer y no te preocupará lastimarla.

—¿Sólo unos golpecitos? ¿Lo soportarías?

—Hasta cierto punto —le contestó Carol—. Tengo sentimientos y un genio, *signore*. No dejaré que me golpeen sin devolver el golpe.

—¡Oh, las mujeres pueden devolver los golpes! —estuvo de acuerdo, un tono agrio en su voz—. No son tan indefensas ni los ángeles encantadores que pretenden ser, y como dije, hasta Flavia puede hacer que me sienta como un bruto. Pero haré lo que tú digas, te voy a conceder un cierto grado de sentido común, *mi fidanzata,* sólo por ese niño que está cerca del estanque. No lo has convertido en un niño mimado pegado a tus faldas, y sin embargo, puedo sentir el lazo tan fuerte que existe entre ustedes dos. ¡Mira, te ha visto!

—¡Cally! —Teri se puso de pie de un salto y subió los escalones corriendo hasta donde estaba Carol parada—. Mira todas

esas estatuas de piedra, y los peces son tan dóciles que dejan que los toque. Es un palacio de verdad y Flavia dice que yo soy el pequeño sapo que se convertirá en príncipe.

—¿De veras, Buster? —le retiró el cabello de los ojos—. ¿Crees que serás feliz aquí?

—Si tú te quedas también —asintió, y lanzó una mirada a la alta figura del *baróne*, como si quisiera hacerle saber que él no soñaría en quedarse en ningún lugar sin su Cally.

—De hoy en adelante los dos vivirán aquí —le dijo Rudolph—. Tu madre y yo nos vamos a casar... ¿sabes lo que eso significa, *caro*?

Teri tocó su labio superior con la punta de la lengua y pensó lo que le preguntó.

—¿Quieres decir que también vas a ser mi papá como lo eres de Flavia?

El *baróne* inclinó la cabeza, pero esto no le agradó a Teri. Se acercó a Carol y la tomó de la mano. Juntó su cabeza a la de ella y le murmuró algo.

—¿Qué dijo? —Rudolph arqueó las cejas mirando inquisitivo a Carol, pero su voz era tranquila.

—Dice... dice que no me deberás tocar —ella se sonrojó—. Creo que es una fobia que tiene... hemos estado tan unidos, tú entiendes.

—Entonces, asegúrale al chico —ahora su voz era ronca e irónica—, que el horrible hombre no pondrá un dedo encima de su adorada madre.

—Por favor, no te ofendas. Teri es así con todos los hombres.

—¿Ha habido tantos?

—¡Claro que no! —su rubor aumentó—. Pero tienes que recordar que Vincenzo había muerto cuando nació Teri, y vivíamos en la casa de mis tías. Es natural que esté un poco... celoso.

—¿Celoso? —el *baróne* repitió la palabra como si fuera graciosa. Extendió la mano y apartó a Teri del lado de Carol—. Vamos, *caro*, no será tan malo tener un papá, ¿no crees? Yo estaré muy contento de tener un hijo al que pueda enseñarle todo acerca de los barcos y los motores y la ciencia de los árboles frutales. A un hombre le gusta tener un hijo.

Teri miró al *baróne* y en ese momento debe haber sentido esa obligación paternal que era más vieja que el tiempo, más antigua que el hombre. Se acercó a esa alta figura y Carol presionó una mano contra la garganta, como si quisiera sofocar algo, cuando el chico le dio la manita a su tío con gran confianza y un gesto de aprobación. La pequeña mano se perdió en la grande, y el *baróne* miró por unos instantes a Carol antes de decirle a Teri:

—Vamos, deja que te enseñe los barcos de motor en miniatura

que he diseñado antes que los conviertan en los de verdad que la gente usa. Tenemos un tanque en el cuarto de trabajo en el que los probamos, mi ayudante y yo. Te gustará Marco, tiene magia en los dedos.

—¿Magia? —replicó Teri y Carol los observó hasta que los perdió de vista entre los árboles de alcanfor y almendros, su corazón parecía latir al compás de las vibraciones de las cigarras en los arbustos perfumados. Las abejas zumbaban en la glicina con flores azuladas y los huevos de seda resplandecientes colgaban de los árboles de morera.

Si sentía dudas acerca de este matrimonio, debía ahogarlas como había hecho con el llanto en su garganta. Ella y Teri necesitaban una casa donde estuvieran seguros... y ese hombre estaba desesperadamente solitario, aunque nunca lo admitiera.

Teri podía llenar ese vacío en su corazón... el que ese hombre reservaba para una mujer y se empeñaba en mantener vacío y silencioso. Ninguna otra lo lastimaría si él podía evitarlo.

Carol miró el agua del estanque, donde los peces dorados brillaban entre las hojas en forma de corazón de los flotantes lotos. Sería un extraño matrimonio de dos personas desilusionadas, que dieron su amor a la persona equivocada. Sin romance, sin el deseo ardiente de estar juntos, sólo dos personas unidas por las necesidades de un niño.

Flavia levantó la vista cuando la sombra de Carol cayó en su libro. Sonrió en su acostumbrada forma tranquila.

—¡Qué bueno que el pequeño ha hecho amistad con papá! A veces los niños se asustan con las cicatrices.

—Teri no es medroso —Carol se sentó en los escalones junto a la joven que pronto sería su hijastra—. Tengo algo que decirte... espero que no te asustes.

—Te ves muy pálida. ¿Es algo grave?

—Pudiera ser para otras personas —Carol dio un hondo suspiro—. El *baróne* me ha pedido que me case con él por el bien de... para darle a Teri un apellido legal y he aceptado su proposición. Espero que no te importe.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual Flavia cerró su libro y lo apretó entre las manos.

—¿Tan rápido? —murmuró—. Llegaron tan sólo ayer, y debes comprender lo que dirá la gente.

—Sí, ya sé lo que dirán. No será cierto, Flavia. No lo hago por lo que pueda significar para mí, pero no puedo resistir la seguridad que este matrimonio significa para Teri. Cuando crezca, comprenderá que no tiene padre, pero si me caso con el *baróne,* entonces no tendrá que saber que fue hijo de una aventura de Vincenzo Falcone. Cuando

tenga trece años, ya habrá sido aceptado como el hijo de Rudolph y yo no puedo rechazar esto. Después de todo, el *baróne* dice que de otro modo él nunca se casará y quiere un heredero para Falconetti. Es una solución ideal para mi problema y para el de él. ¿No lo crees así?

—Yo veo un matrimonio sin amor —contestó Flavia—. ¿Podrás soportarlo, Carol? Me das la impresión de ser una persona cariñosa, tú eres inglesa y no estás educada para aceptar un matrimonio arreglado.

—No —estuvo de acuerdo Carol—, pero debes comprender que hace mucho tiempo dejé de soñar. Yo, como Rudolph, sólo me casaría por el bien de Teri, y si entre los dos podemos hacer feliz al niño, creo que resultará. El *baróne* es un hombre de honor. Desea poner esta casa en orden.

Flavia extendiendo la mano tomó una magnolia y la colocó en la palma de su mano.

—Hay otras personas en la casa a las que no les gustará. ¿Sabes eso, Carol?

—Sí, lo sé.

—Creo que Bedelia ha esperado mucho tiempo para que papá la haga la ama de Falconetti, y si tú te casas con él, te odiará y encontrará la forma de lastimarte.

—Entonces le sugeriré al *baróne* que le asigne una casa para ella. Tendré el derecho...

—Si ella quiere quedarse, él no la echará de aquí, Carol. El amor familiar es muy fuerte entre los italianos, y ella es la viuda de su hermano.

—Pero si ocasiona problemas tendré el derecho de decir que no es bien aceptada aquí —Carol se mordió el labio y pensó en la cara morena oscura, autocrática de su futuro marido. ¿Tendría todos esos derechos como la esposa de tal hombre? El no la amaba y sólo se casaba con ella porque pensaba que era la madre del hijo de su hermano. Fuera de esa unión ella no significaba nada para él, mientras que Bedelia era italiana y su unión con Vincenzo había sido legal.

Sintió un frío temblor correr por su cuerpo, aun cuando el sol le acariciaba la piel. Ella era una intrusa aquí, las puertas de Falconetti se le abrieron por las pequeñas manos de una criatura que Cynara concibió.

—No dejes que te atemorice —repentinamente Flavia se veía apenada—. Es maravilloso que ames tanto a tu niño y yo sé que papá puede ser amable. Estoy segura que lo será contigo.

—¿Tú lo crees? —Carol miraba a su alrededor la serenidad que daban los árboles de eucaliptos. Veía la belleza y sin embargo se sentía extrañamente triste... ¿quería que el hombre que iba a ser su

esposo la tratara paternalmente? ¿Qué nunca sabría lo que era sentirse amada?

—De cualquier forma —sonrió—, nos desearás buena suerte, la vamos a necesitar.

—Deseo con todo el corazón que papá pueda ser un hombre feliz —dijo la joven con voz suave—. Siempre será difícil para él creer que una mujer bonita podría mirarlo sin horrorizarle sus cicatrices y tú eres esa mujer, Carol.

—Me crees tan falta de carácter... ¡Eso no es agradable! —exclamó Carol—. No soy esa clase de persona en absoluto...

—No, lo que quiero decir es que eres bonita y a cualquier hombre le gustaría llevarte al teatro, a los restaurantes, vestida con ropa elegante, pero papá se queda aquí en la isla donde la gente está acostumbrada a verlo y no lo lastima mirándolo ni murmurando acerca de él. Ser su esposa no será fácil para ti, especialmente cuando no lo amas. El amor puede hacer toda la diferencia, porque vemos a las personas con nuestro corazón en lugar de con los ojos.

—Eso es muy cierto, Flavia, y tú eres demasiado lista y seria para tu edad —Carol la tomó de la mano y la puso de pie—. Ven conmigo, vamos a buscar en el desván del *palazzo* algunos muebles más alegres para la habitación de Teri. Lo que tiene por el momento es demasiado oscuro y un poco serio, y anoche tuvo miedo de dormir solo. No quiero que se haga un cobarde, menos ahora que va a ser el hijo del *signor baróne.*

Entraron en la casa y Flavia buscó al ama de llaves, diciéndole que necesitaría unos criados para que les ayudaran con los muebles, y se dirigieron al desván, llegando sin aire hasta la parte alta de la casa, para pasar las siguientes horas escogiendo entre la variedad de muebles acumulados y desechados, pero nunca tirados, por las distintas *padrinas.* Gran parte de ellos era bastante valiosa y le hizo recordar a Carol lo que le había dicho Rudolph sobre los tesoros de sus antepasados.

Descubrieron un juego casi completo de una habitación Florentina, mucho más agradable que la que tenía Teri... según él, con duendes. Los sirvientes de muy buena gana lo instalaron en la habitación y de inmediato el cuarto tuvo un aspecto más alegre. Las cortinas pesadas fueron reemplazadas por unas de tul con dobladillos bordados y se colocaron algunos de los juguetes del cuarto de juegos, junto con la silla de Neptuno y el payaso.

—¡Ya está! —Carol se paró a admirar el cuarto—. ¿No es mucho más agradable para un niño? Ahora cuando mire a su alrededor, verá los murales floreados en vez de los tallados tenebrosos. ¿A quién pertenecía el payaso? Tiene una cara bastante atractiva.

Carol levantó el payaso y dio un fuerte grito cuando algo puntiagudo se le clavó en la mano. Lo soltó y éste cayó sobre un costado en el suelo, su mano goteaba y ella parada ahí miraba la gota de sangre. Algo tenía el payaso en su interior.

—No lo toques —le previno a Flavia—. Alguien le ha encajado una aguja o un alfiler largo. Podía haber lastimado a Teri...

Carol succionaba la palma de la mano, sus ojos tenían una mirada colérica. Bedelia, pensó. Su idea de una broma de mal gusto.

—Es mejor que te pongas un poco de yodo en la mano —Flavia miró el juguete sobre la alfombra, con una mirada tonta—. ¿Quién haría una cosa así? Con seguridad no fue deliberado... quizá el payaso necesitaba que lo arreglaran y la aguja o el alfiler se quedó en el juguete por accidente.

—Quizá —el dolor iba desapareciendo de la mano de Carol, pero la sospecha seguía en su mente. Con cautela cogió al payaso y se acercó a la ventana para examinarlo a la luz del sol. Algo brillaba cerca del cuerpo relleno, la punta de una aguja de zurcir lo atravesaba y salía por un lado del juguete, en el preciso lugar donde lo cogería un niño.

—¡Maldita! —murmuró Carol y se dirigió a la galería donde uno de los sirvientes estaba cepillándose las rodillas de sus pantalones. Ella le pidió que le consiguiera un par de pinzas y se quedó parada cerca del barandal de hierro forjado mirando hacia abajo al *piano nobile* de la galería inferior. Una mujer colocaba flores blancas en un florero, las que acariciaba con su mano pálida y delgada.

Flavia llegó al barandal y murmuró en el oído de Carol:

—*Il fiore della morte...* las flores de los amantes a quien la muerte separó.

—Me odia —dijo Carol en voz baja—. Quiere lastimar a Teri.

—Lávate la mano y ponte yodo —le insistió Flavia, pero Carol espero a que llegara el sirviente con las pinzas, y después que hubo sacado la aguja que tenía más de dos pulgadas, bajó la escalera adonde estaba Bedelia y se la enseñó.

—¿Ves esto? —hablaba con claridad, su voz se escuchaba en todo el vestíbulo—, es una aguja larga y peligrosa y la próxima vez que hagas uno de tus odiosos trucos para lastimar a Teri, tomaré ésta y te la encajaré completamente. Y no es una amenaza, es una promesa.

Bedelia la miró altiva.

—¡Estás loca! Yo nunca uso agujas de coser, para eso hay sirvientes que hacen esas cosas, supongo que de donde vienes, hacías todos los trabajos domésticos. En realidad yo no podría distinguir una punta de una aguja de zurcir de cualquier otra.

—¿Quién dijo que era una aguja de zurcir? —le preguntó Carol

—. Podría ser una de bordar, tú sabes muy bien que tiene un ojillo muy grande para ensartar lana. Eres una gata celosa, y si quieres probar tus garras, pruébalas conmigo y no en un niño indefenso. Yo puedo defenderme, *signora.*

—No lo dudo —replicó Bedelia—. Estoy segura que tienes todas las costumbres de las gentes de tu clase... de la callejuela... pendenciera, amenazadora y hasta venderte al hombre que ninguna otra mujer querría.

—¡Ya está bien! —un temblor de cólera corrió por el cuerpo de Carol y tomando las flores que acababa de arreglar Bedelia, se las arrojó a la cara, los tallos mojados manchando su vestido de seda oscura y cayendo a su alrededor en gran desorden.

—¡Qué encantadora escena! —una voz masculina, seca como un latigazo, se dejó escuchar en medio de los chillidos de Bedelia—. Un hombre podría pensar que está en un muelle de pescadores en Nápoles... ¡Cállense las dos! Ya escuché bastante para saber que las dos son igualmente culpables, dos mujeres enfermas de amor peleando por un hombre que ya no le puede hacer el amor a ninguna de las dos. ¡Entiéndanlo, por amor de Dios, y compórtense con una poca de más dignidad en mi casa!

Carol permaneció mirando fijamente a Rudolph un momento, su cara era una máscara oscura por el disgusto y la cólera. Giró sobre sus tacones y subió la escalera corriendo, seguida por Teri, quien no entendía en lo absoluto lo que pasaba, y pensaba que estaban jugando.

—Fue todo tan chistoso —le dijo a Flavia, sus ojos oscuros y brillantes con regocijo—, pero tío Rudi se puso muy enojado y sus ojos parecían llamas. ¿Puede ser muy violento?

—Sí, *caro,* así es —Flavia miró a Carol preocupada—. ¿Estás bien?

—Está tratando que nos vayamos —Carol temblaba por dentro —. El sabe que ella está equivocada, pero escuchaste lo que dijo. Es tan injusto y me gustaría irme de este lugar hoy mismo, al diablo con casarme con su excelencia el *baróne.* ¡Créeme, mi vida nunca fue un lecho de rosas, pero nunca así de espinosa!

Durante el resto del día Carol estuvo inquieta y malhumorada, preocupada si debía llevarse a Teri con ella o quedarse aquí, sólo por verdadera obstinación, ya que se negaba a que el odio de esta mujer y el corazón frío de este hombre hacia ella, la obligaran a abandonar el lugar.

El era por completo indiferente con ella, y sin embargo, le había dicho que se casaría con él. Era una locura, y sólo tenía que recoger sus cosas y salir rápidamente con Teri.

Le dio de cenar al niño y después lo acostó en su propia

habitación, la que aceptó, ahora que los muebles góticos habían sido reemplazados y los cuadros con marcos tan pesados retirados de las paredes. Le leyó un cuento de "Las Zapatillas Doradas" y pronto cayó en profundo sueño. Ella lo miraba, indecisa acerca de su porvenir, y se dirigió a su propia habitación para bañarse, vestirse y bajar a cenar. El *baróne* trataría muy bien al niño, eso no lo dudaba ni por un momento, pero ella era una intrusa desagradable en el trámite de adopción de su hijo Teri. Carol no veía ninguna felicidad futura al convertirse en la esposa de Rudolph Falcone.

¡Ninguna!

Tomó un baño y se vistió con una falda larga de terciopelo color miel oscura, una blusa de satén color champaña, adornándose con una cruz gótica de amatistas. Su cabello recogido en un moño contra la esbeltez de su cuello. Decidió que se veía demasiado pálida y preocupada y aplicó un poco de pintura a los labios.

Al mirarse en el espejo, se veía elegante, con una serenidad que sólo era el semblante externo de una mujer, cuyos sentimientos eran inciertos y atormentados.

Había gran silencio en el *palazzo* cuando bajaba la escalera e hizo una pausa para mirar las pinturas que colgaban de las paredes; los ojos eran ardientes, las facciones dramáticas y parecía vislumbrarse a Satanás o a un tirano, o un alocado Lothario, cabalgando con una mujer de otro hombre sentada en la silla de un caballo veloz.

Absorta en sus reflexiones, con la mano tomando la falda larga de su vestido, llegó de pronto al *salotto* grande, donde encontró a Rudolph mirando por las ventanas, enmarcadas por los pliegues de las cortinas escarlatas que llegaban hasta el suelo, y con un smoking impecablemente cortado y una camisa de seda blanca, sus hombros tensos y fuertes, en esa combinación de tan finas telas.

—Buenas noches. ¡Qué agradable es encontrar a una mujer puntual! ¿Quieres un vaso de jerez o quizá prefieras un cocktail?

—Un... jerez está bien, *signore.*

Lo observó cruzar la alfombra hacia el gabinete tallado, donde estaba colocada una bandeja de plata con un grupo de licoreras venecianas de hermoso cristal. Estando a solas con él, después de la desagradable escena anterior, la hacía sentirse torpe y buscó algún modo de aliviar la tensión, mirando alrededor del viejo cuarto con sus techos ricamente decorados, sus arañas venecianas, con cadenas doradas.

El se acercó en silencio con dos vasos llenos de vino. La miraba por encima del borde de su vaso, sus ojos tenían una pequeña luz burlona, como si también él se estuviera acordando de su último encuentro con todo detalle.

—No... no puedo casarme contigo, *signore* —le dijo de pronto, toda la tarde había estado pensando en lo mismo y al decirlo sentía ahogarse—. Es imposible y ambos lo sabemos. Teri y yo nos quedaremos si quieres, pero no podría ser tu esposa.

—Es una lástima, pero esto no cambia nada y en el fondo de tu corazón lo sabes. Has vivido y trabajado por ese chico, y no estás dispuesta a aceptar por él lo que yo te puedo dar, porque estás resentida conmigo al no darte la razón en la escena con Bedelia. Mírame, Carol, y admítelo!

—Estás muy seguro de ti mismo —se sentía ofendida—. Tú tienes dinero, poder y consigues lo que quieres, me ofreces algo que quisiera no aceptar. ¿Crees que podría soportarte si no fuera por Teri?

—¿Crees que te pediría que te casaras conmigo si no fuera por él? —la voz del *baróne* era suave y fría como el acero—. No habrá más indecisiones de tu parte, ya me comuniqué con mis abogados y están preparando la documentación necesaria en lo que se refiere a Terence. Y yo también he examinado las joyas de la familia a fin de encontrar un anillo apropiado para *mi fidanzata.*

Mientras hablaba, dejó el vaso de vino y se acercó a ella. Tomó su mano izquierda con firmeza, ella lo miraba hipnotizada cuando lo deslizó en su tercer dedo. Era un aro de piedras color rojo sangre que con la luz de las arañas venecianas brillaban con ese lustre que sólo tienen las piedras genuinas.

—Tienes la mano muy fría —miraba el anillo contra su piel—. Pero los rubíes se ven tibios y hacen juego con tus labios.

Le miraba la boca, y Carol sintió acelerarse los latidos del corazón. El hizo una mueca de ironía.

—No te voy a besar, si eso es lo que te atemoriza.

—No... no tengo miedo, parece que te imaginas que tu cara te protege de una cosa tan humana como es un beso.

—¿Así que crees que soy inhumano? —sus ojos brillaban al mirarla—. ¿Tienes el valor de probarlo?

—Me estás retando, *signore* —lo miraba desafiante, pero sentía que el piso temblaba bajo sus pies.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy haciendo —de inmediato estaban debajo de las arañas de luces y la luz brillante era mucho más cruel sobre su rostro delgado, con pómulos salientes y bastante marcados a pesar de las quemadas del ácido. Carol sentía cada latido de su corazón, y dominada por el impulso, echó un brazo alrededor de su cuello, levantándose de puntitas presionó los labios contra su rostro desfigurado. Sintió que él se ponía tenso *y* después, demasiado tarde, trató de alejarse de él. El *baróne* la abrazó fuertemente y sobresaltada abrió sus labios, que él tomó.

Durante cinco años Carol había vivido como religiosa y ahora

de pronto, sentía la firmeza de una boca masculina, tibia y olorosa a tabaco. Tenía el cuerpo aprisionado contra los potentes músculos y todo su ser estaba consciente que era inútil luchar con él. Sintió la tersura de su cuello, su cabello negro en la punta de los dedos, y el anhelo increíble de su boca, más y más profundo hasta que la invadió una gran emoción... una sensación de calor y una sensualidad que la hizo cerrar los ojos para deleitarse con lo que estaba sucediendo.

Sus ojos estaban cerrados todavía cuando él la retiró con brusquedad de su lado, y cuando sus pestañas parpadearon, él la miraba como si la odiara.

—Ya lo ves —le dijo—, para poder soportarme, una mujer tiene que hacerlo con los ojos cerrados, no abiertos, para que pueda borrar mi cara. ¿Tú crees que eso me gusta, sabiendo que la mujer en mis brazos está luchando por no empujarme lejos de ella? ¡Guarda tus besos, *signora*! ¡Guarda tu lástima!

—¡Oh, no! —Carol levantó la mano como si se protegiera así de su ira atormentada—. No sabes lo que estás diciendo.

—¿No lo crees? —su risa era cínica y caminando con grandes pasos se dirigió al gabinete donde se sirvió otro vaso de vino—. La pintura de tus labios se corrió y preferiría que nos vieran como la pareja tranquila que pasa por la primera etapa de un cortejo latino. Si fueras una chica italiana, te hubiera besado la mano y nada más.

Carol, sus rodillas temblorosas, dio media vuelta, sacó la polvera de su bolso para mirarse en el espejo y ver la pintura corrida. Su mano temblaba ligeramente al limpiarse las manchas que sus labios le causaron... esos labios duros, ardientes y tan sensuales que con sólo recordarlo sentía que la invadía una ola de calor. ¡Oh, Dios! ¿Qué le estaba sucediendo?¿Estaba tan ávida de amor que en realidad deseaba a este hombre, que por haber sido lastimado en lo más profundo, no podía sentir por ninguna mujer otra cosa que no fuera una necesidad física?

—No me molestará que se cumplan las formalidades —le dijo ella y bebió su vino con tanta serenidad como pudo aparentar después de esa experiencia en sus brazos. En realidad, él no era esa estatua que aparentaba ser y ella esperaba que él no adivinara la verdad... que sus besos la habían aturdido con más potencia que el mismo vino. A los dieciocho años, en los brazos de Vincenzo nunca se había sentido tan perturbada.

Bajó los ojos y supo que sus mejillas estaban encendidas. ¡Qué arrollador debe haber sido Rudolph antes que su rostro fuera desfigurado y se sentía seguro de su fuerza física sobre las mujeres! Hasta Vincenzo parecía un inexperto comparado con su hermano y se le ocurrió pensar que si hubiera conocido al *barône* antes que la mujer le desfigurara su rostro, haciéndolo un amargado, ella se hubiera

enamorado del *barone.*

—Ahora te ves recatada —habló despacio—. ¿Qué te parece tu anillo, te queda bien?

Ella lo miró y quedó fascinada por la intensa belleza de sus piedras.

—Siempre me han gustado los rubíes. ¿Son genuinos?

—Por supuesto. Es un anillo antiguo, creo que tú no eres una persona ultra moderna, a juzgar por la forma que te arreglas el cabello y tu modo de vestir.

—Espero que no creas que soy una bruja —protestó y miró su falda larga de terciopelo con cierto temor—. No... no tengo gran variedad de vestidos, pero espero que lo que tengo sea elegante.

—Perfectamente encantador —le dijo, examinando su figura—. Te vistes de acuerdo con tu persona, y esa es la esencia de ser *soignée,* ¿no es cierto? Yo no encuentro atractivas esas faldas cortas ni el cabello rizado, y tu apariencia es la adecuada para la posición que ocuparás como mi esposa. Tu guardarropa tendrá que ser más extenso, desde luego, estoy seguro que Gena te acompañará a Roma con mucho gusto y te llevará a los almacenes apropiados.

—No es necesario. No necesito comprar nada...

—Quizá no, pero la costumbre es que tengas un ajuar de boda, y es mejor que disfrutes lo que puedas de nuestro matrimonio.

—Como lo dices parece ser un arreglo a sangre fría, *signore* —Carol examinaba el anillo de rubíes y pensó que esas piedras tan brillantes y hermosas deberían ser un símbolo de un mutuo amor—. ¿Has perdido la esperanza de encontrar algo de felicidad?

—¿Qué te hace pensar que no soy feliz? —levantando una ceja la observó, sus ojos con esa mirada impenetrable—. En la vida, Carol, hay otras cosas además del amor entre un hombre y una mujer, si te estás refiriendo a esa clase de felicidad.

—Supongo que sí —admitió ella—. ¿Pretendes odiar a todas las mujeres porque tuviste la desgracia que te lastimara una mujer?

—¿Lastimarme? —se llevó la mano a la mejilla, como si pudiera sentir el dolor nuevamente y se protegiera—. Como le dije a tu hijo, una persona se recupera del dolor físico, peso hay otra clase de dolor.

—Lo... lo comprendo, *signore.* Yo le entregué mi amor a Vincenzo y él lo pisoteó. Es difícil olvidar y perdonar.

—Somos dos personas con algo en común —su risa era burlona y a la vez cínica—. Los dos encontramos difícil poder olvidar lo que nos sucedió en el pasado, y por esa razón queremos evitar volver a cometer tonterías. Por lo menos, casada conmigo no tendrás que estar sola y llamar la atención de otro Lothario que te haga promesas que no cumplirá. Yo te ofrezco algo más importante,

aunque no sea muy atractivo.

—Yo no diría eso, *signore* —Carol miró alrededor del *salotto* con su hermoso mobiliario tallado, su techo Tiépolo tan voluptuoso, las sillas y sofás con finos tapices, esos vasos de vino con colas de serpientes enroscadas, esos brillantes y resplandecientes tazones—. Tú no tienes idea qué elegante es tu casa en comparación con los cuartos pequeñísimos donde Teri y yo vivíamos. Estás acostumbrado a un *palazzo,* pero yo lo encuentro maravilloso... algo fuera de este mundo.

—Sí —él estuvo de acuerdo mirando a su alrededor—. Es probable que ya no lo aprecio tanto, y será bueno que alguien pueda hacerlo. Es muy antiguo y en ocasiones la instalación sanitaria hace demasiado ruido y sufre averías. Los sirvientes se quejan de las muchas escaleras y del tamaño de las habitaciones, de tener el mobiliario bien pulido. El *palazzo* necesita un ama que lo cuide, así que ahora tienes un objetivo y no tendrás remordimientos que nuestra relación no sea íntima. Tú tendrás libertad para disfrutar de la casa sin ninguna necesidad de atender al amo.

—Te gusta ser sardónico y despreciativo. Así que tu *palazzo* será mi casa de muñecas, y todo lo que tiene, mis juguetes, y como un niño debo divertirme sola y no estorbarte —Carol lo miró, una chispa de malhumor en sus ojos grises violeta—. Si eso es lo que quieres, por mi está bien, lo acepto. No acostumbro imponerme con nadie y te prometo que guardaré mi distancia.

—¡Qué bueno! Nos entendemos muy bien, —cuando hablaba, volvió la cara a la puerta un segundo antes que se abriera para dejar pasar a Gena y a un hombre que parecía tener unos treinta y cinco años, vestido más informal que el *baróne,* con cara alargada y huesuda y el cabello pelirrojo, alborotado. Cuando miró a Carol, sus ojos eran tan verdes como los de un gato y la revisó de pies a cabeza con la rapidez de un experto conquistador, las pupilas afiladas, su mirada felina más intensa.

—Me muero por un cocktail —dijo Gena—. ¿Puede agitarlo, Saúl? El tiene el toque justo.

—Hágame el favor —dijo el *baróne* con sarcasmo—. ¿Cómo va su trabajo, señor Stern? Espero que nuestra isla no lo distraiga demasiado.

—Tiene sus distracciones, pero estoy siendo duro conmigo mismo —el americano se acercó al gabinete y empezó a medir la ginebra y el jugo de toronja en un agitador de plata. Mientras lo hacía, miraba a Carol.

—¿No me van a presentar a la invitada británica? Gena no me dijo que era una de las bellezas rubias de esas costas legendarias.

Cuando dijo esto, Carol instintivamente miró al *baróne* y vio

cómo fruncía el entrecejo. Con voz tranquila hizo las presentaciones y agregó:

—Más vale que sepas, Gena, y usted también señor Stern, que Carol va a ser mi esposa.

Hubo un silencio absoluto que Gena rompió.

—¿Estás bromeando, Rudi? ¡Casi no se conocen!

—¿Qué hay que saber de nosotros? Carol tiene un hijo que necesita un padre; un niño que es todo un Falcone, nadie tiene que verlo dos veces para comprender que es uno de nosotros. El matrimonio le asegurará a Terence su parte de las propiedades Falcone.

—Esa parte me tiene sin cuidado, Rudi —Gena encogió los hombros descubiertos en gran parte por el corte de su vestido de noche tan elegante—. El matrimonio es un paso muy serio... una atadura para una persona tan latina como tú, y Carol es inglesa, su educación es muy distinta a la tuya. Siempre has sabido que en lo que se refiere a un matrimonio... seamos sinceros, tienes un título y eres rico.

—Las circunstancias no son ahora las que fueron —la interrumpió, su voz un poco brusca—. Carol y yo nos entendemos muy bien. Sabemos lo que queremos.

—Bueno, allá tú, es tu vida —Gena miraba a Carol—. Si saben lo que están haciendo...

—Creo que sí —Carol procuró hablar con voz normal y comportarse como si hubiera tomado todo esto con mucha tranquilidad. Interiormente se sentía temblorosa. Quería correr y gritar de miedo, pero tuvo que controlar ese deseo y con valentía esbozó una sonrisa.

—Gracias, querido —Gena tomó la copa que le daba Saúl Stern—. Necesito esto más que nunca —tomó un trago y miraba la cara impasible de su hermano—. ¿Cuándo será el día?

—Tan pronto como todo esté arreglado —hablaba con gran naturalidad y permanecía parado bajo la luz de la araña que bañaba su rostro. Carol podía ver al escritor americano mirándola con esos ojos verdes de gato, y casi pudo leer sus pensamientos. Todos pensarían que el matrimonio era tan normal como cualquier otro, y ella sabía que Saúl Stern, con su rostro delgado y limpio de marcas, pensaba cómo se sentiría una mujer en los brazos de un hombre que había sido espantosamente desfigurado por el vitriolo que le arrojó una mujer.

Todos estaban de pie, cada uno estudiando la situación y sus consecuencias, cuando entró Bedelia. A las claras se notaba que esa noche se había propuesto demostrar que la chica inglesa no podía igualarla en seducción. Llevaba un clásico vestido de terciopelo color

borgoña y pulseras de oro brillaban en sus brazos. Sus párpados estaban sombreados, mostraba un cutis pálido y sedoso como las magnolias que crecen en los patios latinos y el cabello sedoso, arreglado en lo alto de la cabeza con pasadores enjoyados.

—¿Soy la última en bajar? —preguntó con voz fascinante—. ¡Qué picara que los hice esperar!

—Sólo vamos a cenar —dijo Gena lentamente—, no vamos a un baile.

—Creí que ésta era una ocasión muy especial —respondió Bedelia, sus ojos clavados en la cara de Carol—. Yo pensé que debería vestirme con elegancia para una noche trascendental, ya había perdido las esperanzas que el querido Rudi pudiera encontrar una mujer.

—¡Maldita! —Gena alzó su copa con la intención de arrojarle el contenido a la cara, pero Saúl le detuvo el brazo.

—No desperdicies la ginebra tan exquisita, Gena *mía* —sonrió —. Ese sarcasmo no puede herir a tu hermano, él es lo que se dice, un caballero de nacimiento.

—Lo sé —respondió Gena lanzando una mirada asesina a su cuñada—, pero yo no soy una dama.

—No, querida —Bedelia estaba bastante serena jugando con una de sus pulseras y sonrió de sus propios pensamientos—. Y no tienes ninguna necesidad de presumir de tu liberación, todos sabemos que no sigues los principios latinos de una mujer, de guardar tu pureza para el hombre con quien te cases. Estoy segura que la población entera de la *isola* sabe que pasas noches enteras en la casa de la playa... ¿quizá escribiendo en máquina para el señor Stern? Si es así, entonces pido disculpas por mis malos pensamientos.

—Eres tan venenosa como una maldita víbora —le gritó Gena —, y no te metas en mis asuntos ni en lo que hago o dejo de hacer... es más, unas cuantas bofetadas pudieran hacerte un ser humano. *Santo Dio,* ¡con razón Vince te abandonó! ¡Tú y Vince! Siempre fueron objeto de burla.

—¡Eso ya es suficiente! —la voz del *baróne* controlada, pero tan cortante como una espada, afilada por su sufrimiento personal a manos de una mujer—. Creo que todos somos un poco civilizados, y no estamos en el mercado de pescadores donde las mujeres se lanzan insultos unas a otras. Todos ustedes están aquí porque son mis invitados, pero mi paciencia y los instintos de caballero no son tan confiables como pudieran pensar. ¿Hablo claro?

—Como el cristal, querido hermano —Gena se le acercó y lo tomó del brazo con cariño—. Si yo fuera tú, ya los hubiera echado a todos desde hace mucho tiempo. Eres un cínico, y demasiado tolerante. Sabes que las personas no son ángeles, Rudi, y no esperes

que se porten como si sus aureolas las intimidaran. Creo que me has echado a perder a los otros hombres... y eso te incluye a ti, Saúl querido —le sonrió al americano—. Deberías haber conocido a Rudi cuando estaba en su apogeo. Ahora se esconde porque cree que las mujeres sólo se fijan en caras bonitas.

—No me escondo —refunfuñó el *baróne*—. Prefiero una vida tranquila y no agitada. Me gusta la isla y aquí puedo trabajar sin tener que involucrarme en la cosa administrativa como en Roma. Me dejo llevar por mi imaginación en mi *falconiere.*

—Lo envidio, *signore* —dijo Saúl cuando se dirigían al comedor; la mesa ovalada estaba colocada debajo de una de esas arañas de cristal, esparciendo su brillante luz sobre el encaje, la fina porcelana y las rosas Toscanas en un centro de mesa de plata entre hermosos helechos.

—¿De veras, señor Stern? —el *baróne* miraba irónicamente al escritor, que era un hombre que iba por la vida tomando sus placeres como se le presentaran, sin preocuparse por lo que pudiera traer el día de mañana. Podía ser muy amigable y dejar a las personas encantadas, y luego sin mirar para atrás, podía alejarse. Así es como Carol lo catalogaba al tomar asiento a la mesa y desdoblar la servilleta con encaje a su alrededor, colocándola en las rodillas.

—¿Por qué no? —sonrió Saúl entrecerrando los ojos, dejando ver una pequeña abertura color esmeralda en su rostro delgado—. Todo hombre sueña con tener una isla propia, y la suya tiene soledad y belleza sin estar tan lejos del mundo civilizado.

—Me da gusto que esté disfrutando su estancia en la *isola* —había un tono seco en la ronca voz latina, y Carol vio la mirada que Rudolph le dirigió a su hermana, como si él supiera todo acerca de ella sin que Bedelia le contara los detalles. Sí, un hombre cínico estaba más inclinado a ser tolerante que un hombre que tiene fe en sus semejantes. Carol se mordió el labio cuando recordó la forma en que la indujo a que se soltara el cabello delante de él, y sin embargo, él le dijo que no tendrían intimidad cuando vivieran juntos... en su vida conyugal.

Absorta en sus pensamientos, se sobresaltó cuando una mano le tocó el brazo.

—¿Ya te dio Rudi un anillo? —preguntó Gena extendiendo la mano para tomarle la izquierda a Carol y enseñarles a los otros que estaban reunidos en la mesa. La luz iluminaba los rubíes, exquisitamente tallados y brillando con un lustre tan profundo, increíblemente bello.

—¡Los rubíes del tigre! —exclamó Gena—. Rudi ha empezado a darte esos... un juego completo traído de la India hace siglos por uno de nuestros ancestros. Eres una chica afortunada. ¡Siempre son

para la novia del *baróne*! Miren todos ustedes, ¿no es un anillo hermoso?

Carol sintió la mirada de unos ojos oscuros y cuando levantó la vista, encontró que Bedelia la veía con odio. Su corazón se encogió y estaba segura que Bedelia quería al *baróne* por las cosas materiales que podría darle a una mujer. Ahora Carol estaba en su camino... ella y el hijo de Vincenzo...

—¿Tienen alguna historia? —preguntó Saúl—. Parece como si la tuvieran, y despiertan mi curiosidad de escritor.

—Pertenecían a un príncipe hindú —dijo Gena, sonriendo a su hermano y a Carol—. Este ancestro nuestro estuvo allá en esa región feudal en las colinas, en una cacería de tigres y un día él y el príncipe montaban juntos cuando uno de esos grandes gatos saltó desde una roca. Hubiera matado al noble hindú si el valeroso italiano no hubiera sido tan rápido. Le salvó la vida y le dieron los rubíes para que los montara, para cuando se casara... en ese tiempo era un cínico solterón como Rudi. El comentó que los rubíes brillaban exactamente como los ojos del tigre que saltó, y desde entonces les pusieron ese nombre. Bastante emocionante, ¿no crees, Saúl? ¿Y tú, Carol, qué piensas?

De inmediato Carol fue el centro de atención, y estaba demasiado consciente de lo que pensaban todos los que la miraban, su apariencia aparentemente fría, disimulaba la gran agitación que sentía.

—Vamos, olvidemos la saga de los rubíes y continuemos con la cena —dijo con voz suave el *baróne,* acudiendo en su auxilio. Ella no se atrevía a mirarlo y se volvió agradecida al sirviente, para servirse verduras, unas deliciosas papas *sauté,* bróccoli y zanahorias, para acompañar la ternera al horno. Estaba demasiado agitada para poder saborear la comida: el torbellino de voces, los aretes de oro de Gena oscilando, un sutil aroma de ambargris y el brillo de la vajilla de plata.

Se sintió aliviada cuando pasaron al *salotto* donde tomaron café y un brandy muy añejo en copas de cristal cortado.

—Toca algo, Rudi —Gena caminaba por el *salotto* muy inquieta, su brandy en la mano, una cadena de pequeños corazones de oro brillaban en su garganta—. Yo les cantaría, pero estoy un poco enmohecida después de tantos meses lejos del escenario, y tú siempre fuiste mejor que yo en todo.

Saúl rió al escuchar eso.

—¿Nunca dejas de actuar? —le preguntó.

—Querido, si dejara de actuar, entonces quizá empezaría a llorar —le contestó y al darle la luz en la cara, Carol pensó cuánta verdad encerraban sus palabras. Gena adoraba a su hermano y hubiera crecido pensando que era un audaz caballero. ¿No dijo ella

que él le había echado a perder todos los hombres?

Carol lo observó cuando se dirigió al gran piano y complaciente se sentó en la banca larga y acojinada frente al teclado. Gena apagó las luces quedando sólo las velas del piano para iluminar el cuarto, sombras profundas caían sobre el brocado dorado de las sillas y sus ocupantes.

Carol estaba sentada cerca de las ventanas abiertas del *salotto* y la brisa que entraba en el cuarto estaba impregnada con el aroma de jeringuillas y flores de nicotina.

Las manos delgadas y fuertes se movían en el teclado y la música de Liebestraum llenaba la noche con su nostalgia. Carol no se sorprendió que el *baróne* pudiera tocar tan bien; la música estaba en el alma italiana, junto con una cierta tristeza que era muy latina. Se sintió conmovida y a la vez temerosa. ¿Sería posible que empezara a encariñarse con este hombre?... querer a alguien era peligroso, la hacía tan vulnerable.

Su cuerpo delgado se estremeció. Era una combinación de emociones que iba desde la aprensión hasta el conmoverse profundamente por la música. El pianista le llegaba a sus sentimientos con la misma firmeza con la que tocaba el piano; estaba seguro de lo que quería y al mover sus manos delgadas y fuertes sobre el teclado, ella se conmovía.

Cuando todo estaba en silencio, debe haber suspirado hondo, pues de inmediato ella vio el brillo de sus ojos y, como por arte de magia, cruzó la habitación para ir junto a él y apoyar la mano en su hombro.

—Tocas como todo un maestro —le dijo tímidamente—. Un hombre como tú no debería casarse con una mujer tan sencilla como yo.

—No te subestimes, querida —le dijo mirándola bajo la suave luz de las velas eléctricas—. Somos La Bella y la Bestia, como el cuento clásico de magia... como debe ser, quizá, para dos extraños que se han unido en una forma rara. ¿Tienes alguna música preferida? Quizá la conozca.

—No... no me gusta la música moderna, *signore* —sonrió temblorosa—. ¿No dijiste que yo era una muchacha anticuada?

—Así es —sus ojos miraban la aureola de su cabello y ya no se sentía tranquila ni tímida, pero terriblemente consciente de él, como un hombre que le había tocado el cabello, deslizando esos dedos tan delgados sobre su cabellera, larga y sedosa. Ella se retiró, asustada por la sensación bastante diferente de la que tuvo cuando estaba con Vincenzo. Rudolph tenía un poder que nunca sintió en ninguna otra persona; él había pasado por un profundo dolor y ella le tenía un gran temor cuando le hablaba.

Sobre su hombro vio que Gena y Saúl habían salido al jardín, y Bedelia desde su sillón, los observaba junto al piano, el brillo de sus ojos semejante al de las piedras preciosas en la mano que llevaba el vaso de vino a sus labios. Carol sintió estar en el centro de corrientes tormentosas, cuya fuerza tenía que soportar. Se necesitaba valor para quedarse ahí parada y desafiar a la viuda de Vincenzo, una mujer que había esperado años para conseguir al *baróne,* sólo para verlo ahora comprometido con una mujer inglesa a la que casi no conocía.

—Nunca hubiera creído que una mujer anticuada tuviera un hijo con un hombre casado —dijo Bedelia—. ¿O eras tan inocente que mi Vincenzo, con sólo verte te convirtió en su juguete? Era muy apuesto, las mujeres lo mimaban, lo arruinaban y tú fuiste una de esas con todo y tu aire de inocencia en esos ojos tan abiertos. Espero que le estés agradecida a Rudi por darle a tu criatura la oportunidad de su vida. ¡Deberías besar sus pies, tú, mujerzuela!

La música suave cesó de repente y el silencio se tornó pesado. Rudolph se puso de pie y de inmediato la expresión de su rostro se volvió sombría.

—Sólo les diré esto a las dos, una vez más. Cuando discutan por los huesos de Vincenzo, háganlo lejos de mi presencia. Nadie pretende que Carol se casa conmigo por ninguna otra razón más que para darle al hijo de mi hermano un nombre... la razón es comprendida y aceptada, ¡pero por amor de Dios! No tendré a mi futura esposa y a mi cuñada peleando como perros y gatos en mi casa. Si insisten en hacerlo, se pueden ir las dos, yo me quedaré con el niño, y no es una amenaza.

Al decir esto dejo caer la tapa del piano y tomando a Carol del codo salieron del *salotto y* cruzaron el vestíbulo hacia la escalera. Ella se vio forzada a subirla hasta que llegaron a la puerta de su cuarto, y ahí él se detuvo para mirarla, sus cicatrices bien marcadas con una claridad endemoniada.

—Vivo o muerto, mi hermano todavía las posee a las dos, pero al niño lo quiero yo. ¡Haré hasta lo imposible para que él no sea poseído por el diablo!

—Tú... tú hablas del diablo —dijo Carol demasiado alterada para poder escoger las palabras—. ¡Mírate, *signore*! ¿A quién crees que te pareces con ese genio... a un santo?

—Yo nunca me miro si lo puedo evitar, pero tú tendrás que hacerlo. Es el precio que pagas por borrar tu pecado.

—¿Mi pecado? —su corazón dejó de latir y sintió una intolerable necesidad de decirle la verdad—. Yo... yo era increíblemente inocente... más de lo que nunca sabrás.

—Sin duda —le dijo con gran sarcasmo—. Siempre la disculpa después del hecho...

—El se casó conmigo. Te dije...

—¿Entonces por qué —el *baróne* bajó la voz e inclinó la cabeza de manera que su rostro estaba cerca de ella—, siempre te ves tan culpable cuando hablas de Vincenzo? El ácido quemó mi piel, no mis ojos, y puedo ver esa mirada en tu rostro en este momento. ¡La mirada de una mujer culpable!

—¡Oh... déjame ir! —Carol trató de retirar la mano, pero sus dedos eran inflexibles y duros, deteniéndola a su merced—. ¿Te... te... diviertes atormentando a las personas?

—Es uno de los pocos placeres que me quedan —sus labios hicieron una mueca y sonrió burlón—. Si alguna vez fui amable, el ácido lo destruyó, como lo hizo con la mitad de mi cara. Mírame bien, Carol, esta es la cara con la que tendrás que convivir.

Ella lo miró... La Bella y la Bestia, él dijo. La bestia segura en su reino de terror, sin poder superarlo hasta que alguien se atreviera a no tenerle miedo.

Con un súbito desafío, Carol se acercó a Rudolph y pasándole el brazo libre sobre el cuello, se paró de puntas y presionó los labios sobre sus cicatrices. Se sentían extrañas y poco reales, y cualquier sentimiento de horror se mantuvo en suspenso hasta que él, de repente, la apretó contra sí, besando su boca con tal salvajismo que la dejó lastimada y dolorida.

—Nunca juegues con fuego —gruñó contra el cuello de Carol, el aliento tibio contra su piel—. El quemarse no es agradable, ¡te lo digo yo!

Dio un giro y se alejó, dirigiéndose a la galería italiana, los ojos de las pinturas colgadas en los paneles parecían observarlo. Desapareció dejando un gran silencio... y sus besos.

Sollozando, Carol entró en su habitación y cerró la puerta.

Capítulo 6

Le pareció una eternidad el momento que estuvo recostada contra la puerta hasta que se calmó lo suficiente para ir a la habitación de Teri y asegurarse que no se había movido ni destapado mientras dormía. Estaba acostado en su cama de media luna, profundamente dormido bajo la tenue luz de la lámpara de mesa, sus largas pestañas oscuras sobre las mejillas. Carol se inclinó y miró su carita dormida... sí, ahí estaba otra vez, ese extraño parecido con Rudolph en ese rostro cincelado de niño. El hombre lo había advertido, y él sabía que conforme fuera creciendo se parecería más y más a él.

Un hijo de segunda mano para el *baróne* de la isla, quien dejó el amor fuera de su vida, viviendo casi como monje aun cuando había besado a una mujer con la pasión salvaje de un hombre experimentado.

Con sumo cuidado cubrió al niño con las frazadas y regresó a su enorme habitación, se quedó parada, sintiéndose perdida. Empezó a caminar cuando el reloj marcó la hora, y al advertir lo tarde que era, empezó a prepararse para ir a la cama.

Estaba en bata, el cabello suelto hasta las caderas, cuando el silencio del cuarto fue interrumpido por un ligero toque en la puerta. Casi deja caer el cepillo; en el espejo se reflejaba la mirada de temor en sus ojos. Su corazón latía apresuradamente. ¡Oh, Dios! ¿Sería Bedelia que en su amargura desafiaba al *baróne,* sin poder contener sus comentarios venenosos que dejaban huella?

Carol se quedó tensa, observando la puerta por el espejo y deseando que quien fuera que estuviera ahí parado, pensara que se había dormido y se retirara.

¡Pero no fue así! De pronto la puerta se abrió y una figura alta apareció, vestida con una bata de un material oscuro y muy fino. Carol lo miraba fijamente, muy nerviosa, aunque hubiera querido moverse o decir algo, no hubiera podido hacerlo. Tenía que soportar su mirada, que la examinaba y le observaba el cabello que brillaba como una capa dorada a su alrededor.

—No es bueno que las personas se despidan enojadas —su voz sumamente ronca—. Pudiera no haber un mañana y entonces sería demasiado tarde para disculparse. ¿Puedo pasar?

—Ya estás adentro —Carol fingió una sonrisa que parecía estar clavada en su rostro... le lastimaba.

—Es mejor cerrar la puerta, por si alguien pasa y me ve.

—Mi reputación ya está destrozada y eres el amo feudal de esta *isola,* con poder sobre todos nosotros los que vivimos en tus tierras.

—Esa es la exageración romántica de una mujer —dijo al cerrar

la puerta, levantando una ceja, y Carol vio por la mirada en sus ojos que él podía leer lo que ella estaba pensando—. ¿Me has visto recorrer la *isola* con un látigo en la mano?

—No necesitas un látigo. Una mirada tuya es suficiente.

—¡Oh, sí! Es bastante para que cualquiera se acobarde —estuvo de acuerdo sarcásticamente.

—Me refiero a tu propio poder —sus dedos apretaban el cepillo al recordar su absoluta inutilidad al estar en sus brazos. No sólo tenía fuerza física, sus músculos tensos como el acero y su cuerpo duro. El tenía un control de hierro sobre sí mismo, y lo hacía extensivo a otras personas. No era un hombre que viviera sus sentimientos como Vincenzo, pero tampoco era frío. Era una especie de tigre y él sabía hasta dónde llegar y detenerse.

Carol lo observaba y supo que le tenía una mezcla de emoción y terror. La había besado y ahora los dos estaban conscientes, uno del otro, como hombre y como mujer. No podían ignorar el hecho que sus labios y su cuerpo habían dejado huella en ella y parada frente a él todavía podía sentir las magulladuras que le dejó al apretarla tan salvajemente.

—¿Me tienes miedo? —le preguntó casi con indiferencia—. El cuarto no parece frío, y sin embargo, te veo temblar.

—Digamos, *signore,* que me asusta la posición en que me encuentro.

—¿Una mujer sola en su dormitorio con un hombre? —sus ojos burlones—. Uno pensaría que todavía eres virgen, inexperta con los hombres.

—Me refiero a estar casada contigo. Quizá esperes que me arrodille a tus pies... como una aldeana. O que siga tus pasos, como dio a entender tu hermana, te estás casando con alguien fuera de tu clase.

—Yo hago lo que me plazca —y con unos cuantos pasos largos cruzó el cuarto y se detuvo junto a Carol—. La opinión de otros no me interesa y no soy ningún patán para esperar que te humilles en ninguna forma. Tú serás la *padroncina,* estarás por encima de todas las otras mujeres. Mi esposa.

Las dos palabras la hicieron pensar. Su esposa porque las palabras solemnes, junto con los testigos y el anillo y el tomar su nombre, lo señalaban así.

Su esposa... una extraña junto a él en el altar.

—Una mujer espera un poco de romance —su voz profundamente irónica—. ¿No hubo bastante de eso con mi hermano?

—Más que suficiente —admitió ella—. Pero cuando alguien dice que te ama, de alguna manera se hace más fácil estar casada con él. Hay un lazo, pero a ti y a mí... no nos une nada, porque no hay

nada entre nosotros. ¿No lo entiendes?

—Sí, ya veo —la miró y sus ojos observaban su cabello sedoso —. No hay ningún sentido de seguridad sin amor y yo sólo puedo darte cosas materiales. Tendrán que ser suficiente, *mía,* por el bien del hijo de Vincenzo. El casarte conmigo lo asegurará a él, por lo menos.

—Sí —murmuró y sintió un gran dolor en su corazón. ¿Esperaba tontamente que Rudolph le hablara de amor en lugar de subrayar el hecho que sólo le podía ofrecer las comodidades de su casa y nunca el consuelo de su corazón?

—No puedo negar que quiero la seguridad de Teri —le dijo ella —. Debes pensar que soy sumamente desagradecida...

—Yo sólo pienso en ti como una mujer —se encogió de hombros—. No eres la primera en entregar su corazón a un granuja y darle sepultura. Pero eres joven y quizá una vida más fácil te hará olvidarlo en poco tiempo. El niño estará muy bien aquí, entre gente de su clase, en especial porque dijiste que no era bien recibido en la casa de tus tías.

—Son un poco anticuadas, *signore* —Carol lo miró con ojos de preocupación; él creía que ella estaba encaprichada por el amor imperecedero de su hermano, y no podía decirle que lo que sintió por Vincenzo había muerto para siempre en su corazón el mismo día de su boda. Entonces lo odió, pero ahora sólo sentía un poco de arrepentimiento y lástima...

Aquí con Rudolph, en la soledad y quietud de esta alcoba italiana, se sentía sin aliento y muy diferente a como era ella misma. Miró la seriedad de su rostro y quería ofrecerle algo... después de todo era un hombre y él la había besado con avidez, con una pasión reprimida.

—¿No te sentirás defraudado —dijo titubeante—, casado con alguien sólo por el bien de... mi hijo?

—¿Defraudado? —le dirigió una mirada significativa—. ¿Estás diciendo que quieres entregarte a mí, *signora?*

—Cuando nos... casemos —dijo con voz suave—, si deseas.

—¡Oh, puedo desear! —ágil como una víbora cuando muerde, extendió la mano y tomó un mechón de su cabello pálido y brillante contra la piel morena— Te aseguro, señora, que me daría un intenso placer ponerte en esa cama y tomar tu cuerpo. Pero el placer es una cosa pasajera y no tiene ninguna relación con el verdadero deleite... el deleite que es el amor.

Por un momento la miró a los ojos y luego, con una breve inclinación de la cabeza oscura, giró sobre sus tacones y caminó hacia la puerta. Se abrió y se cerró tras él, dejando un espacio vacío donde estuvo parado. Carol miró el lugar vacío y sintió como si le

hubiera abofeteado la cara.

Tocó su cara y sintió la frialdad de la piel. No podía haberlo dicho más explícitamente, que ella era sólo un cuerpo que pudiera agradarle a él por una hora. Fuera de eso, no tenía nada que ofrecerle, que él quisiera... esto era horrible, significaba que su propuesta de corazón era rechazada.

—¡Oh... vete al diablo! —murmuró, acomodándose la cabellera y subiendo el semicírculo de escalones se metió debajo de las frazadas buscando un poco de calor.

En la oscuridad de su habitación recordó su conversación hasta que las mejillas le ardieron. El hombre era arrogante y tan introvertido, que tratar de agradarlo era como herirse a sí misma. Muy bien, si eso era lo que él quería, ella lo complacería, aceptando las ventajas materiales de ser su esposa. Siempre la consideraron la sustituía con quien podían contar, que se encargó de un niño abandonado y trabajó como esclava para un par de tías egoístas y así poder tener un lugar dónde vivir. Ahora tenía un poco de respiro del trabajo tan pesado, y sería un cambio completo ser la *padroncina* que daba órdenes en vez de recibirlas.

Carol se quedó dormida y cuando despertó a la mañana siguiente seguía con el sentimiento de desafío. Miró los ojos del oficial aristócrata de la fotografía enmarcada en el cuadro tallado y le hizo una reverencia. "Sí, *signore,* puedes estar viendo con orgullo, con esa nariz tan altiva, pero eso no altera el hecho que me vaya a casar y forme parte de tu rica y poderosa familia".

Sin ninguna demora ni obstáculo, el *baróne* siguió adelante con sus planes para la boda, y había ciertos documentos que Carol debía firmar ante la presencia de un abogado en Roma. Cuando ella preguntó qué documentos eran, Rudolph le explicó que eran los trámites legales para que Teri fuera registrado con su nombre y fuera el heredero de Falconetti.

Carol estaba preocupada cuando comprendió que estaba entregando el hijo de otra mujer bajo el cuidado del *baróne,* y que quizá en alguna forma estuviera infringiendo la ley. Pero ya no podía suspender los arreglos; ella temía la cólera de Rudolph si descubriera que lo había engañado haciéndose pasar por la madre de Teri.

Gena la llevó de compras a Roma y ahí en uno de los más grandes y elegantes almacenes, le probaron y compraron la ropa para la boda y la luna de miel. La ropa era preciosa, de pura seda del Este, y en colores pastel que le iban muy bien, resaltando su belleza.

—Ahora sé por qué se casa Rudi contigo —dijo Gena, caminando alrededor de Carol cuando se probaba un suntuoso vestido de terciopelo, con mangas cortadas a lo largo, estilo medieval y un escote bajo que dejaba ver su cuello terso y hermoso—. Querida,

luces lo que te pongas, como dicen y te ves muy bien con ropa buena. Ese cabello que tienes te ayuda, desde luego, y ahora comprendo por qué nunca te lo has cortado. ¿Esperabas casarte algún día con un hombre rico?

Gena sonrió, pero había cierto destello de perspicacia en sus ojos. Carol vio esa sonrisa con una mirada misteriosa de la que ella estaba totalmente inconsciente.

—Yo creo que tú sabes que no soy ambiciosa. La suerte tiene extraños giros en nuestras vidas, eso es todo.

—Quizá —Gena estudiaba el efecto del vestido de terciopelo color zafiro—. De cualquier forma, tienes mucha suerte. ¿Amas a mi hermano, querida? Se lo merece, pero las mujeres le huyen por su aire de orgullo en esa cara deformada. El no quiere lástima, si eso es lo que sientes por él.

—Sé cómo le repugna la compasión. De cualquier modo, no soy la pieza importante en este casamiento, y esta ropa sólo es un poco de betún en el pastel. Rudolph se casa conmigo por el bien de Teri.

—¿Y viceversa? —Gena frunció el ceño y después volvió a consultar con la modista sobre otras prendas finas para el guardarropa de Carol. El traje de montar de gamuza violeta, el bordado con filigrana granate e hilos de oro, la textura de los trajes y la fina piel de los zapatos.

Carol se condujo como la obediente y tímida novia y se negó a admitir los temores que la agobiaban. Comió con Gena y Saúl en un elegante restaurante y la llevaron a conocer la ciudad. Todo pasó como en un sueño, pero no le dio tristeza cuando llegó la hora de regresar a la *¡sola,* donde Teri se había quedado al cuidado de la amable y eficiente ama de llaves del *baróne.*

Carol sintió angustia todo el tiempo que estuvo lejos de Teri, por temor que Bedelia le hiciera algún daño... cuando corrió a sus brazos en el vestíbulo ella lo abrazó fuertemente, y su ansiedad se tornó en cariñosa sonrisa, que el *baróne* notó cuando salía de uno de los arcos. Sus ojos centellaban admiración por su traje color verde, sus largas piernas con medias de seda transparentes, las que se usan con finos ligueros. Carol sentía su mirada examinándola vestida con ropa fina que su dinero le compró y que Gena insistió que se pusiera desde luego, ahora que era la prometida de un acaudalado italiano. Estaba consciente que realzaban su hermosura y le daban una apariencia muy femenina, de algún modo, quitándole ese aire de independencia que sentía con la ropa barata comprada en una cadena de tiendas.

—Bienvenida —le dijo, caminando hacia ella—. ¿Te estás asegurando que tu *bambino* está completo y no ha sufrido ningún

daño durante tu ausencia?

Su voz extranjera tenía un tono curioso de indulgencia y desarmó a Carol haciendo que sus piernas temblaran cuando se puso de pie.

—Hola, *signore,* me da gusto ver que cuidaste bien a Teri.

—Es natural, lo he estado vigilando —extendió una mano delgada y acarició al niño en la cabeza—. Teri y yo somos amigos, ¿no es verdad, *mio?*

—Tío Rudi me llevó a pescar en su bote, Cally —el niño le sonrió feliz y ella dio un pequeño grito de sorpresa al ver que le faltaba uno de los dientes.

—Buster, ¿qué te pasó?

—Una nuez —le dijo—. Encontramos unas en la huerta, pero tío dice que era un diente de leche y que de ahora en adelante mis verdaderos dientes empezarán a salir.

Ella miró a Rudolph y él sonrió, mostrando la impecable dentadura blanca. Teri tendrá dientes así, pensó ella, gracias a Dios, fuertes, duros y blancos. Ahora estaría seguro bajo la protección de este hombre.

Sonreía temblorosa.

—Te traje un regalo, Buster. ¿Vamos a verlo?

—¡Oh, sí, vamos! —Teri la tomó de la mano para subir la escalera. Ella podía sentir la mirada del *baróne y* de nuevo le temblaron las piernas; una mirada rápida confirmó que el *baróne* permanecía al pie de la escalera, sus ojos mirándola mientras subía a la galería. Recordó con todo detalle la noche en su alcoba y la forma tan ruda como le dijo que le daría un intenso placer "tomarla".

Ella se contoneaba ligeramente al subir la escalera agarrada del pasamano de hierro forjado... era una locura tonta y sin sentido, pero quería la realidad de esa amenaza con o sin ningún amor. ¿Lástima? No, no sentía ninguna por ese hombre, su instinto femenino estaba más que consciente de su fuerza y su distinción con ese saco color crema y la camisa de seda café rayada, que resaltaba su color moreno. La sonrisa irónica se volvió una mueca en los labios dañados por el ácido, que dejaron su impresión sobre los de ella.

—¿Por qué estás temblando; Callv?

La voz infantil de Teri se escuchó claramente y de inmediato ella vio desaparecer la sonrisa en la cara marcada. El se volvió y caminó hacia su estudio, llevándose la creencia que a ella le repugnaba que la mirara. Apretó tan fuertemente el barandal que le dolieron los huesos. Quería bajar y correr hacia Rudolph con una urgencia tan irresistible que apenas pudo controlar el impulso. ¿De qué serviría? Si ella lo tocaba, si lo miraba a los ojos, sólo se quedaría muda de vergüenza y parecería como si quisiera decirle que sentía

pena por él.

—No puedo esperar para ver qué me trajiste —Teri la tomaba de la otra mano, y en ese momento, la urgencia se disipó. Involucrarse emocionalmente con el *barόne* sólo traería más complicaciones, y ya tenía suficientes sin perder la cabeza por un hombre que tenía algo que le era sumamente atractivo... el otro "algo" que ignoraba hasta que lo conoció a él y ahora comprendía que había vivido con cierta inocencia, y entendía mejor a Cynara.

El deseo podía ser ciego para cualquier otra cosa, y ahora que conocía el peligro que esto entrañaba, Carol resolvió ponerse en guardia contra el hombre que la provocaba. No tenía nada que ver con el amor... el amor era una emoción tierna, no una urgencia salvaje de tomar y dar.

Sólo faltaban unos días para que Carol se casara con el *barόne,* y procuraba tener tanta actividad como fuera posible, buscando por todos los medios no estar sola con el hombre que iba a ser su esposo.

El día de la boda amaneció con un sol brillante y la primera cosa que Carol oyó al despertar, fueron las campanas en la capilla de Falconetti, que repicaban entre los árboles con ese sonido tan especial que aún una novia de conveniencia, no podía dejar de emocionarse. Corrió al balcón y se paró descalza y en pijama, el cabello largo y trenzado la hacían ver más joven y vulnerable.

—*¡Buon giorno!* —las palabras llegaron desde el patio, y al mirar hacia abajo vio al *barόne* montado en su caballo, saludándola con un movimiento del látigo, que detuvo en alto un momento, como para recordarle lo que ella le había dicho; que él tenía poder sobre las personas sin tener que usar el látigo.

—Buenos días, *signore* —contestó con gran timidez, los dedos asiendo el saco de su pijama, y juntándolo sobre el cuello descubierto. El traía un suéter negro de cuello alto, las botas y los pantalones de montar lo hacían verse muy tosco. Su cabello negro estaba enmarañado, como si hubiera estado corriendo a galope tendido, y esto lo confirmaba el caballo que movía la cabeza y pateaba el empedrado.

—Cre... creo que no debo verte antes de la... ceremonia —le dijo Carol, y estaba a punto de entrar en su cuarto, cuando él le ordenó que se quedara donde estaba.

—Yo pensé que sólo nosotros los latinos éramos supersticiosos. Estás un poco pálida y nerviosa, como si ésta fuera la primera vez que has pasado por una cosa así. Yo soy el que debiera estar nervioso.

—¡Tú! —exclamó ella—. No me puedo imaginar que tú, *signore,* puedas estar nervioso por algo, menos aún por una simple

mujer.

—Te ves muy joven. Carol, así debes haberte visto la mañana en que fuiste a la iglesia con mi hermano. Entonces fue *sposalizio della vergine,* ¿no es cierto?

—Sí —contestó débilmente, esa era la única verdad sobre su matrimonio con Vincenzo. Era muy joven e inocente, y su gran soledad la preparó para compartir el corazón con un hombre muy bien parecido, encantador, cuya irresponsabilidad se descubrió aún antes que terminara el día de la boda. Además de ese recuerdo doloroso, ahora sabía que fue un bígamo, tenía una esposa en Italia, y pensó que Rudolph era más bien cruel al recordarle esa mañana tan lejana en la que esperaba un día feliz y terminó con lágrimas, llorando en su cama.

El no debía saber eso, desde luego. El pensaba que ella era una mujer que ya había hecho el amor, que se había embarazado, trayendo al mundo un bebé.

Todo eso le hacía sentir un nudo en la garganta, la aterraba, y permaneció ahí parada, bajo el sol, completamente inmóvil.

—¡Oh, vamos! No hay necesidad de mostrarte tan nerviosa —le dijo burlándose—. Tú y yo sabemos el motivo de este matrimonio.

—Por favor... —no podía hablar, las palabras encerradas en su garganta por el temor hacia él. Un hombre al que estaba engañando casándose con él, que ignoraba que Teri fuera abandonado por su verdadera madre. Un hombre que la perturbaba físicamente en tal forma, que algunas noches no podía conciliar el sueño estando inquieta como si el grueso colchón de su cama estuviera relleno de alfileres.

—Ya es muy tarde para que cualquiera de los dos se arrepienta —le dijo casi bruscamente—. La gente de mi isla está lista para una gran celebración y tú has firmado documentos que ya me convierten en el padre de tu hijo. ¡*Che sara, sara!*

—¡Qué será, será! —repitió ella, las manos apretando la baranda del balcón, sintiendo que estaba a punto de lanzarse a lo desconocido, con un hombre que era también un desconocido para ella.

—*Bella donna* —él se burló—, en la iglesia, por favor no te vayas a ver como si yo pensara pegarte cada día. Las gentes de esta *isola* esperan una novia radiante que ha hecho muy buen matrimonio... por lo menos, procura verte como si estuvieras enamorada de mi dinero, aunque te dé escalofrío, en lugar de la mirada ardiente que tienes cuando me ves.

Despedazada como estaba emocionalmente, sus palabras la destruyeron y sus ojos se llenaron de lágrimas antes que las mejillas se sonrojaran.

—Me... me casaré contigo sin ninguna ilusión —habló rápidamente y deseó poder odiarlo; si ella lo odiara, sería más fácil casarse con él, porque no le importaría haberle mentido ni firmado su nombre en una declaración falsa que Teri era su hijo.

Su hermana Cynara sólo tenía que cambiar de opinión y querer a Teri, para que el ambiente se llenara con un calor abrasador con la cólera del *baróne.* Carol se encogió visiblemente por lo que estaba pensando, y sus ojos agudos la vieron, burlándose de ella por esa contracción.

—Ahora ya puedes irte, pero no más allá de tu alcoba. Más tarde tendrás que poner una cara bonita y valiente, novia mía... te lo exijo. De cualquier forma, te voy a mandar algo que te ayudará a que te recuperes pronto de tu pérdida de serenidad. Por ahora, *arrivederci.*

Con un movimiento a su látigo, se dirigió a los establos, una hilera de puertas pintadas de blanco más allá del arco bañado por el sol mañanero. Carol se quedó escuchando hasta que desapareció el ruido de los cascos del caballo, pero podía escuchar un suave tamborileo que venía de su corazón. Su tonto corazón la llevó a esto, y no había forma de regresar a la vida normal y monótona de Chalkleigh. Sólo podía esperar y rogar que las tías, al saber que se casaba con el *baróne,* no le hubieran dicho a Cynara, que vivía en América, y despertaran el instinto maternal latente de su hermana... las campanas todavía repiqueteaban cuando Carol regresó a su habitación.

Teri estaba sentado cruzado de piernas en su cama, jugando con su Hombre de Acción que ella le trajera de Roma. Su cabello alborotado, y en pijama todavía; se veía tan adorable, que Carol no pudo resistir el abrazarlo y darle de besos como los que le daba cuando bebé.

—¿Quieres que me case con tu tío Rudi, verdad, querido? ¿En realidad te quieres quedar aquí en la isla con él?

—Si te quedas, Cally —le dijo dándole una mirada solemne—. El es distinto a los otros...

—¿Qué quieres decir, Buster?

—Esos otros hombres que te ven —le dijo poniendo su manita en la mejilla de Carol—, tú sabes, Cally.

—Mi querido tontín...

—No soy tonto —sus dedos afianzaron la gruesa trenza—. Tío Rudi es distinto a ellos, porque no me habla como si yo le estorbara. Me ayudó a atrapar un pez vivo y le quitó el anzuelo de la boca para que no sangrara, y lo guisaron con jitomate y me lo comí todito, el día que fuiste a comprar tus vestidos.

—¿Con todo y espinas? —le sonrió—. Estás más contento con tus parientes y eso es lo importante.

—Mejor que con las tías —le dijo y colocó a su Hombre de Acción en una motocicleta, perdiéndose otra vez en ese mundo imaginario de los niños que Carol envidiaba. ¡Cómo quisiera poder cerrar la mente a la realidad! Pero no había modo de hacerlo, porque cuando la sirvienta trajo la bandeja con el desayuno, había un paquete junto a la cafetera de plata, de parte del *signor baróne,* le dijo la muchacha, con una sonrisa curiosa que todos parecen brindarles a las novias la mañana de su boda.

—*Grazie* —Carol tomó el paquete y no lo abrió hasta después de haberse tomado una taza de café cargado. Sabía que le mandaba alguna pieza de joyería y él esperaba que lo llevara a la ceremonia que debía ser un ritual sagrado y amoroso entre dos personas, que no podían ser felices a menos que fueran unidos con el lazo sagrado del matrimonio.

Sus dedos temblaban al abrir la caja, su corazón latía apresurado cuando miró el hermoso broche de rubíes y perlas. Las piedras y el oro estaban exquisitamente tejidos en un pendiente, del cual un solo rubí brillaba como gota de sangre del corazón.

Los rubíes del tigre, que le entregaban a la novia de cada *baróne* que se sucediera, no sólo por una costumbre, sino por el deseo de que su futura esposa se sintiera más querida que cualquier otra mujer. El broche le pareció a Carol que significaba pasión y lágrimas, y ella nunca lo usaría en la solapa de su vestido azul de boda, tan sencillo en su diseño, y sin embargo, confeccionado con la seda más pura. Nunca había tenido un vestido así.

A las once en punto, Gena entró en la habitación para ayudarle en su arreglo. Teri se fue con Flavia, quien lo cuidaría durante la ceremonia y la celebración que se llevaría a cabo después. En el patio del *palazzo* había mesitas y Carol podía oír que los invitados empezaban a llegar, cuando Gena le ayudaba, sacando de la caja el sombrero que escogió, en cuya ala ancha tenía una sola rosa de seda.

Al fin estuvo lista, Gena la examinó con ojos exigentes y le dijo:

—Sí, no sólo fuiste lista en escoger tu vestido azul, sino inteligente. El color y ese material son perfectos para ti... mi hermano te encontrará muy hermosa y me da mucho gusto. Todos pensarán que estás muy atractiva y dirán que Rudi no ha perdido su buen gusto al escoger una mujer. ¡Oh diablos! —la cara de Gena mostró cierta tristeza—. Cómo quisiera que todavía fuera tan apuesto y atractivo. No había nadie... ningún otro hombre que lo igualara. Tú debes haber pensado que Vince era muy apuesto, pero él nunca tuvo la arrogancia ni el atractivo de Rudi. ¿Por qué no se somete a la cirugía plástica? nunca lo sabré. Podría hacerse. En América hay varios genios en esa clase de cosas, pero él es muy obstinado y soporta esas cicatrices tan

espantosas. ¿Tú las puedes soportar, Carol? ¡Especialmente cuando te besa!

—Aunque parezca extraño —Carol jugaba con el pendiente de rubí del broche—, en algunas ocasiones ni siquiera las siento. Su dignidad y su atractivo todavía son lo más grande que tiene; cómo nos veamos, es transitorio, ¿no lo crees?

—Quizá —contestó Gena con frialdad—, pero de todas formas es bueno para una chica ser bonita y te apuesto que al verte en el espejo no puedes dejar de decir que estás contenta de verte tan bien que hasta un hombre quisiera comerte. Yo envidio tu claro y terso cutis inglés, tus ojos misteriosos con la sombra del ala de tu sombrero, y su color azul. Estoy realmente encantada que Rudi tenga un bombón como tú para disfrutarlo... aunque Vince haya probado primero la manzana.

Carol parpadeó.

—Nadie creería que eres latina —le dijo—. Empleas frases americanas como si hubieras nacido con ellas.

—Mi querida niña, he conocido demasiados americanos para no haber asimilado su modo de hablar y de pensar. ¿Te escandaliza que sea una mujer latina liberada?

—Yo no juzgo a las personas, Gena. No soy ningún ángel —no, pensó Carol, soy una mentirosa descarada, un fraude, y estoy muerta de miedo que algún día el *baróne* descubra todo sobre mí.

Gena se le quedó mirando, como si sus temores se le reflejaran en la cara.

—Te ves como esos ángeles góticos que pintaron, que parece que los persigue un demonio secreto. Ese broche de rubí se ve perfecto contra la seda de tu vestido; lágrimas y besos, ¿eh?

—Eso es el matrimonio —los dedos de Carol jugaron otra vez con el pendiente del broche, un signo seguro de su nerviosismo. Estaría tranquila cuando todo esto terminara y se hubiera unido ya con el *baróne* en la suerte y en la desgracia.

—Rudi no será el mismo tipo de amante que Vince, pero yo creo que tú lo entiendes, ¿no, Carol? No hay nada infantil en él, es todo un hombre.

—Sí, lo sé —contestó titubeante—, por eso no me importan sus cicatrices.

—¡Debes estar muy enamorada! —Gena abrió los ojos sorprendida—. ¿Sabes bien cuáles son tus sentimientos hacia él? Querida, estás pálida y aturdida. Es mejor que te traiga un vaso de champaña y unos bocaditos de pollo. No queremos que te desmayes en el altar.

Gena salió y Carol la oyó hablar con alguien. Pensó que era Saúl, y tenía razón, pues fue él quien trajo la bandeja con tres vasos

rebosantes y un plato de bocaditos.

—¡Hola! —le sonrió a Carol al entrar en la habitación—. ¡Realmente te veo como un ángel azul!, ¿no es cierto? Si todas las novias se ven tan bien como tú, quizá deje de ser un solterón —le pasó la bandeja mientras Gena reía burlona.

—No creo que tú seas de los que se casan, Saúl —tomó su vaso de champaña—. Algunos son como los colibríes y tienen la insaciable urgencia de sorber el néctar de una gran variedad de flores. Mi hermano Vince tenía tu misma disposición y mira lo que hizo con Carol.

Saúl miró otra vez a Carol y alzó su vaso,

—No me parece que Carol esté hecha una ruina. Su belleza se ve casi tranquila desde donde me encuentro.

Gena miró a Carol.

—Debe ser su hermosura. Le da esa ilusión de ser una chica sencilla en el umbral de la experiencia, pero existe un niño retozón de cinco años para confirmar que Carol no es una virgen inocente. De cualquier modo, *viva la rosa.* De todas maneras, querida, es una ventaja el ver cómo floreces detrás de un seto espinoso y que sólo Rudi se ha atrevido a sacarte las espinas y liberarte.

Carol dio un sorbo a su champaña con una urgencia desesperada de encontrar un poco de valor. Gena y Saúl no hablaban con intención de lastimarla, era la conversación de su mundanal ambiente, creían ser poco convencionales. Que una muchacha tuviera un bebé de un matrimonio bígamo no los asustaba, pero no serían tan comprensivos si una chica acogiera al hijo ilegítimo de su esposo bígamo y lo hiciera pasar como hijo suyo. Considerarían ese comportamiento quijotesco y pensarían que era muy tonta.

En realidad a ella no le importaba lo que pensaran... sólo había una persona de la que sí le importaba su opinión, y cuando llegó el momento de salir para la capilla y unirse a él, la cabeza le daba vueltas tanto por los nervios como por el champaña, no hubiera podido comer un bocadito. Sus dedos apretaban el pequeño bouquet de orquídeas blancas con una sombra azul violeta en sus pétalos enroscados, arreglados con ramitos de helechos. Sus nervios estaban destrozados. El corazón le latía increíblemente acelerado cuando caminaba por la nave de la capilla, con tanta gente y tantas flores que parecía un invernadero perfumado. Los colores de las ventanas bailaban frente a sus ojos y luego sintió una mano en el brazo, unos dedos delgados oprimiendo su pulso acelerado, y levantó la vista a esos ojos que parecían adivinar lo que sentía y aunque él no sonrió, ella se sintió segura.

Ahí estaba, parado en el altar con una muchacha vestida de azul, en el ambiente había un perceptible aire de drama en este

matrimonio. Nadie estaba preparado para creer que esta criatura tan bonita se casaba con el *padrone,* tan alto, tan severo y horrorosamente marcado, y que ella le entregará su corazón. ¡Tenía que haber algo más! Al aparecer el sacerdote con la sotana blanca, su devocionario en la mano, se escuchaba el murmullo de los presentes. Ahí estaba el niño... el hijo del hermano, quien fue traído a la *isola* por esta delgada rubia y temblorosa muchacha. Era por el bien del niño que éstos dos se estaban uniendo hoy, y todos lo sabían.

La ceremonia fue conducida en latín y Carol la escuchaba como en un sueño, ahí junto a Rudolph, en su impecable traje gris perla, ella lo sentía poseído de una gran emoción. Con una mano firme como una roca, le tomó la mano y deslizó en el dedo la banda ancha de oro con una azucena florentina: símbolo de amor, y sin embargo, no era mas que un diseño atractivo en el anillo que sellaba su compromiso. Teri ya era su hijo... el *palazzo* ya era su hogar.

Sus propios dedos temblaban sin control cuando tomó el anillo masculino del devocionario, y al deslizado en el dedo de Rudolph, sus dedos hicieron contacto y fue como si recibiera una descarga eléctrica. El sacerdote unió sus manos... eran ya marido y mujer y el terrible ritual había terminado por fin.

Al llegar este momento final todos los invitados observaban ávidamente... ¿besaría el *baróne* a la novia frente a ellos y cuál sería la reacción de esta muchacha extranjera, que ahora era su *padroncita?*

El la tomó firmemente por la cintura y la detuvo junto a él acercando su cara morena a la de ella... un rostro muy pálido bajo el ala del sombrero, los profundos ojos azules atentos en los labios deformados.

El drama se percibía con más intensidad en la capilla atestada de isleños; hubo un silencio total cuando la novia sorpresivamente se acercó al novio y le dio sus labios sin ninguna queja y sin ningún signo externo de turbación. Al mismo tiempo su mano ensortijada tocaba la mejilla marcada. En algún lugar de la capilla, una mujer sollozaba.

—¡Bendita seas por ese momento! —le dijo Gena a Carol más tarde—. Fue el ademán perfecto, todos estaban seguros que temblabas de miedo. Querida, hubo un momento en que tu voz apenas se escuchaba, pero las acciones hablan más que las palabras, y en realidad fue bastante conmovedor cuando pusiste tu mano en la cara de Rudi. ¡Oh, que día! Mi cabeza da vueltas con tanto vino y tanta música. Teri estuvo muy contento. Corriendo con esos otros niños y viéndose tan italiano como ellos. No se parece a ti, me imagino que así sucede cuando alguien tan rubia como tú tiene un bebé de un hombre moreno.

Gena se volvió dándole la espalda a la ventana del *salotto,*

lanzando una mirada extraña a Carol y le dijo:

—¿Piensas darle hijos a Rudi?

Carol se sonrojó, no tanto por la pregunta sino por lo que implicaba acerca del *baróne.* El había hablado de un matrimonio sólo de nombre, pero Carol no veía que eso fuera posible. Sus objetos personales ya los habían llevado al ala del *palazzo* que usaba Rudolph exclusivamente, y Flavia estuvo de acuerdo en dormir en la habitación junto a Teri para que no se sintiera abandonado por la separación de Carol. El era un niño muy precoz y sabía que un esposo y una esposa dormían en cuartos contiguos, y no se había enfadado cuando Carol le explicó que ahora se esperaba que ella durmiera con su esposo. El se había encariñado con su tío y con Flavia, así que no tuvo ningún problema.

El conflicto existía en el corazón de Carol... a ella la perturbaba el hombre con quien estaba casada, y su sentido común le decía que un hombre y una mujer no podían vivir en la intimidad sin estar conscientes uno del otro. Un casamiento por mera formalidad sólo podía llevarse a cabo si vivieran en lugares separados de la casa, pero él quería que su relación pareciera lo más normal posible; era un hombre demasiado orgulloso y demasiado italiano, para permitir que se dijera que él no tocaba a su atractiva esposa.

—*Che sara, sara* —le contestó a Gena—. Ya he aprendido que en realidad nosotros no planeamos las cosas, pero tenemos que ir con la corriente que nos envuelva.

—Estás evadiéndome —le dijo Gena con sutileza—. No creo que en realidad sepas lo que Rudi espera de ti, y a pesar de lo mucho que lo quiero, su imponente orgullo me obliga a no hacer preguntas personales. No investigaré, Carol, así que no es necesario que te sientas acorralada. Tú y Rudi han entrado a un estado de privacía que excluye hasta a la hermana cariñosa, pero te deseo buena suerte en tu matrimonio. Es una tarea difícil cuando alguien se casa con un Falcone.

Después de esto, se dirigieron al vestíbulo y se dieron las buenas noches. El último invitado se había retirado hacía una hora y el *palazzo* estaba sumamente silencioso. El *baróne* estaba en los jardines fumando un puro y Carol no había visto a Bedelia desde hacía bastante rato.

Ya era parte de la historia de esta casa, y pasara lo que pasara, entre ellos, ella era su esposa y así quedaría asentado en el gran libro familiar.

Carol miraba las pinturas que colgaban en las paredes y estudiaba las caras de las otras novias Falcone. La mayoría eran italianas y una que otra mujer europea rubia. En una o dos de estas mujeres, reconoció los rubíes del tigre y pensó con cierto asombro,

que ahora ella traía la joya que en alguna ocasión adornó a esas mujeres latinas, de mirada tan austera y cabello peinado estilo Victoriano.

De pronto se puso tensa y sintió que unos ojos con vida la miraban, lo que la hizo volverse rápidamente. Bedelia estaba parada en una de las ventanas del vestíbulo y sonreía al ver a Carol sobresaltada.

—¿Nerviosa en tu noche de bodas? —se mofó—. Después de la hermosa demostración en la capilla, uno pensaría que no podías esperar a estar en los brazos de Rudolph. ¡Sabía que estabas fingiendo! Yo les pude haber dicho a esos tontos sentimentales la verdad acerca de ti, que harías cualquier cosa por obtener las posesiones y el título para ese mocoso tuyo. Hasta soportarías que te hiciera el amor y con sólo mirarte esta noche es suficiente para saber que ésta será tu noche de prueba. En la oscuridad tendrás que pretender que estás con Vincenzo... yo creo que pocas mujeres acuden a esta fantasía para sobrevivir a las relaciones sexuales con un hombre al que no quieren. Sí, eso es lo que te aconsejo que hagas, cierra los ojos e imagina que estás besando la cara apuesta de mi esposo... como lo besaste cuando vivía, sus largas pestañas contra tu tez, y la punta de sus dedos abriendo tus labios. El amante perfecto, ¿no es cierto?

Bedelia se acercó a Carol al decir esto. Su vestido de seda con un leve crujir y un ligero aroma a perfume de rosas.

Es como una serpiente, pensó Carol, deslizándose sobre el piso de mosaico, con su silbido habitual, la lengua soltando todo el veneno esta noche, cuando, como los otros, ella estaba segura que el *baróne* consumaría el matrimonio.

La envolvió una ola de cólera y tuvo que desquitarse para que esta mujer amargada se retorciera en su propio veneno.

—Tengo que decir que Rudolph es un amante igualmente perfecto —le contestó—. ¿Me envidias, Bedelia? ¿Te gustaría tomar mi lugar cuando me tome en sus brazos y me haga su mujer?

—¿Tomar tu lugar? —la voz de Bedelia se podía escuchar en el silencioso vestíbulo—. Puedes quedarte con esa cara diabólica y poner tu cara junto a la de él y esos labios torcidos sobre tu cuerpo. Si no te odiara tanto, te tendría lástima por tener que entregarte a él. ¡El no será un amante tierno! Una mujer le desfiguró la cara y siempre sentirá la necesidad de vengarse con cualquier otra mujer, y tú eres la que puede ser herida. Ahora eres de su propiedad privada, en su propia isla, donde él implanta sus leyes.

Había dicho todo esto por venganza, pero tenía algo de verdad, y aun cuando causaron el efecto deseado en Carol, ella levantó la cabeza, desafiando a cualquiera que quisiera ver el temor que

guardaba en su corazón. Nadie se conoce a sí mismo, ni la fuerza de sus propias pasiones, y Carol estaría a su disposición cuando la puerta de su habitación se cerrara dejándolos a los dos en completa intimidad. Compartirían cuartos contiguos y no se podía saber qué recuerdos, ni qué dolor se despertaría en él cuando estuviera solo con ella, su larga cabellera rubia suelta para irse a descansar.

—Porque eres vengativa —le dijo Carol—, crees que todos son así. Rudolph sabe que yo quiero seguridad para Teri y le estoy muy agradecida porque él se la va a dar.

—¿Así que es por gratitud que te entregas a él? —Bedelia, rió y esa risa sonaba como el ruido de una garra arañando la seda—. Tu amante diabólico... parece algo sacado de esos viejos melodramas, cuando por el bien de su familia la muchacha se sacrifica y se entrega a un hombre que en realidad la atemoriza. ¿Crees que no lo veo en tu cara, grandísima tonta? Estás tan pálida como esas flores que llevaste en tu boda... ¿él te dio esas orquídeas? ¿Ya sabes lo que significan? *Espero tus favores.*

Se produjo una pausa y Bedelia añadió:

—Naturalmente que los espera. Te has vendido al demonio y tendrás que pagar el precio.

—¡Oh, ya cállate! —Carol podía sentir sus nervios muy alterados... esto era todo lo que necesitaba, una discusión con Bedelia, para terminar este día tan difícil que tuvo. Al salir de la capilla del brazo de Rudolph, los invitados los siguieron, pasando por los arcos de flores hasta donde estaban las mesas dispuestas con abundante comida y vinos. Ahí, enfrente de todos habían bebido el vino de bodas, y las orquídeas blancas las había arrojado al aire para que una de las muchachas solteras las recibiera. La música había tocado y ella bailó con su esposo. Su cara sonriente todo el tiempo hasta que le dolieron los músculos de la boca por la tensión.

Lentamente el día terminaba y con él, una especie de paz se sintió en el aire junto con la fragancia fresca de la noche.

Ahora esa tranquilidad había desaparecido y una nueva tensión se apoderó de Carol.

—¡Me voy a mi habitación! —se volvió y se dirigió hacia la escalera que conducía a su antigua habitación.

De pronto comprendió y se detuvo al pie de la escalera y oyó la risa de Bedelia.

—¡Ilusiones, querida! —había gran ironía en la voz de la mujer italiana—. Esta noche te vas a *su* cama.

—¡Puedes irte al diablo! —le gritó Carol y se apresuró a subir la escalera que conducía a la suite de Rudolph, su falda volando, la cabeza en alto y el rostro blanco como el mármol, sintiendo que en cualquier momento las piernas le fallarían.

Abrió la puerta de la suite donde estaba la alcoba del amo. Un baño, una habitación más pequeña para Carol, un *salottino* con sillones, una mesa para escribir muy elegante y varios libreros.

Todo tenía un aire de elegancia y estilo, y el sutil aroma del tabaco que él fumaba. Carol abrió la puerta que pensó llevaba a su propia alcoba pero se encontró en el cuarto de Rudolph. Miró la cama grande, con postes tallados, que se perdían en la oscuridad del techo alto, y sobre la colcha, su bata de seda negra y su pijama.

Fue ahí precisamente, junto a la cama, que sus piernas se doblaron y tuvo que dejarse caer en ésta o caer al suelo. Una gran debilidad la embargó y toda la valentía que mantuvo durante el día, desapareció, convirtiéndose en una muñeca de trapo. Se quedó inmóvil, sintiendo el cubrecama de seda debajo de las manos, veía los rubíes parpadear y brillar contra el anillo de boda dorado.

Oyó cuando la puerta se abrió, pero la alfombra ahogó el sonido de los pasos y él se acercó, inclinándose sobre ella, el aliento contra su cuello.

—Así que esperas ofrecer tu pequeño sacrificio a tu amante diabólico —murmuró él—. Bueno, querida, si quieres pagarle al demonio, estoy perfectamente de acuerdo en aceptar el pago... uno muy dulce.

Al hablar, su mano se deslizaba por la espalda de Carol y ella temblaba de emoción. Comprendió por las palabras que dijo, que había escuchado parte de su conversación con Bedelia, y haciendo un gran esfuerzo se volvió para mirarlo a la cara, y poder determinar viéndolo a los ojos, qué tan peligroso podía estar en este momento.

CAPÍTULO 7

Cuando él vio su mirada, hizo una mueca.

—¿Por eso viniste hasta aquí? —sus ojos le examinaban el rostro, los párpados pesados, de manera que las pestañas tapaban el color dorado, proyectando una oscura sensualidad—. ¿Por esto te encuentro tan tentadoramente acostada en mi cama?

—No... —ella intentó sentarse, pero sus manos la detuvieron de los hombros, volviéndola a su posición—. Me... me equivoqué de cuarto, pensé que este era el mío.

—¿Con mi bata y mi pijama en la mano?—se burló—. Vamos, no pierdas tu valor ahora que has venido a mí de este modo. Te aseguro que no me disgusta cambiar los términos de nuestro arreglo si te da más tranquilidad pagarme por darle a tu hijo el uso legal de mi nombre y mi fortuna.

—¡Oh, no entenderías...! —Carol luchaba contra su propia debilidad, y aunque su vitalidad estaba mejor que nunca, no podría igualar su fuerza y él, deliberadamente, quitó el broche que le detenía el cabello, que al caer se entrelazaba entre sus dedos, sin dejarla levantar... era prisionera de una pasión que ella podía ver arder en sus ojos.

—Pálida y hermosa como esas orquídeas y un poco misteriosa, ¿no es así, *mia*? En verdad espero tus favores...

—Estuviste escuchando —le reprochó ella—. Oíste lo que me dijo Bedelia y ahora le das la interpretación que tú quieres a sus palabras.

—Lo admito, querida. Estaba a punto de entrar después de disfrutar mi cigarro en el jardín, cuando escuché fuertes voces en el vestíbulo. Me detuve en la oscuridad y te escuché provocar a Bedelia preguntándole si no le daba envidia que esta noche yo te tendría en mis brazos para hacerte mi mujer. Después de eso, vengo a mi cuarto y te encuentro acostada muy provocativamente en mi cama...

Al hablar tomó con energía su mano izquierda y la llevó a la mejilla marcada.

—Hoy, en la capilla, tocaste mi cara enfrente de todos, pero yo, como Bedelia, creo que estuviste fingiendo tu parte a la perfección. Ahora la función ha terminado y esta noche es una realidad.

Carol comprendió al verlo que hablaba en serio y debajo de la mano podía sentir los movimientos agitados de los pequeños músculos de su mandíbula. De inmediato sus ojos se llenaron del terror que la perseguía... el temor que él descubriera que le había mentido desde el primer momento que entró al *palazzo.*

—Yo creí que eras hombre de una sola palabra —le dijo titubeante—. Pro... prometiste que era un matrimonio sólo de

nombre... dijiste que no habría nada entre nosotros más que las formalidades legales.

—Y lo dije en serio, pero tú eres la que ha alterado esos términos al estar aquí en mi cuarto, en mi cama. ¿Qué creíste, que podías burlarte del pobre bestia con tu belleza y después huir?

El la miraba intensamente, y ese pequeño músculo palpitaba contra su dedo. Se inclinó más cerca de ella, y pasó la punta del dedo por el contorno de la boca suplicante.

—¿Qué le dijiste a Bedelia? ¿Que pensabas que yo era tan experto como mi hermano en el fino arte de hacer el amor? ¿Lo investigamos, *donna mia*? ¿Te hago olvidar que alguna vez estuvo otro hombre en tus brazos?

—Por favor —Carol temerosa hasta el borde del pánico, trató de luchar con él, desesperada, con el miedo que él descubriera la única cosa que la haría aparecer como una mentirosa y un fraude... que nunca había conocido a Vincenzo como amante, ni engendrado a su hijo.

—Te arrepentirás por esto —dijo medio sollozando, tratando de volver la cabeza a un lado mientras él presionaba sus labios sobre los de ella y sus palabras de súplica eran sofocadas por su boca. Cuando él sintió que ella abría los labios, abrazó su delgado cuerpo y ella sintió su tibio aliento contra la piel, la presión de sus labios contra el cuello.

—¡Rudi... no! —sintiéndose perdida se dejó caer en una repentina quietud que quizá pudiera engañarlo y pensara que se había desmayado, pero él rió suavemente, cerca de su oído, provocándola, y rasgándole el vestido de seda como lo hacían los romanos cuando traían a las mujeres sabinas a sus tiendas de campaña durante la guerra. Estaba sorprendida y sintió como si le clavara un cuchillo... pensó que había gritado, pero fue un sonido lejano y sus labios estaban demasiado apretados por los de él para poder haber emitido ese grito de terror. Sólo se lo imaginó, luego supo que sí había gritado, pues de pronto él se separó y se puso de pie. Ella se quedó acostada mirándolo, él estaba tenso como un tigre, el cabello negro en desorden, las pupilas de los ojos oscurecidas, casi ocultando el iris dorado.

Abruptamente se le acercó de nuevo, y cuando Carol luchaba por sentarse otra vez, cubriéndose con la larga cabellera, se abrió la puerta de la habitación y Gena entró corriendo, con sólo su camisa de dormir.

—Rudi... Rudi —le dijo al tiempo que lo tomaba del brazo—. ¡Hay fuego! ¡El ala oeste, está en llamas y los niños están ahí! Los niños... ¡Teri y Flavia!

Era una pesadilla... tenía que ser. Carol se quedó horrorizada

mientras su esposo tomó a su hermana de los hombros y la sacudía violentamente.

—¿Qué estás diciendo, Gena? —Carol supo por el temblor de su voz que todavía estaba medio aturdido por la escena que acababan de tener. Todavía podía sentir el contacto de su piel y los labios le dolían del beso que la tenía aprisionada. En cualquier otro momento se hubiera sentido avergonzada que la encontraran así, aunque el hombre fuera su esposo. Pero Gena estaba presa de terror, un terror mucho más fuerte que cualquier otra cosa que Carol pudiera sentir respecto a Rudolph. Era un terror que le helaba la sangre.

—¡Vamos! —dijo tomándole la mano a su hermana y corriendo hacia la puerta, donde se detuvo un segundo para ordenarle a Carol: —Ponte algo encima y baja al vestíbulo. ¡Apresúrate!

Se fueron y Carol no perdió ni un segundo en obedecerlo. Se bajó de la cama, apartó el vestido rasgado y se puso la bata de seda, amarrándola fuertemente, mientras salía corriendo del cuarto, las palabras de Gena resonándole en la cabeza.

¡Fuego en el ala oeste donde los niños dormían! Fuego, lo más desastroso y terrible de todos los peligros a que se enfrenta la humanidad. ¡Implacablemente abrasador y devorador!

Carol bajó la escalera corriendo sin sentir sus pisadas... volaba... tratando de no perder el control... Teri... su Teri estaba donde había empezado el fuego y ella pudo haber estado con él si Rudolph no hubiera insistido en que se separaran. Teri... Flavia... quería estar con ellos, estarían tan asustados.

Los sirvientes estaban unos junto a otros, al pie de la escalera que conducía al ala oeste y el *major domo* le pasaba ágilmente toallas mojadas a su esposo, las que rápidamente se envolvía en los hombros, el cuello y la cabeza.

¡No! gritaba ella en silencio. El iba a subir, a la galería que ya estaba cubierta de humo. Iba a entrar donde estaban las llamas, ella se movió como una autómata al lado de Gena y la miró con ojos inquisitivos. Gena había logrado bajar, ¿cómo fue que los niños quedaron atrapados allá arriba?

—La puerta estaba cerrada con llave y la llave no estaba —dijo Gena temblando, con los brazos cruzados y descubiertos—. Traté de abrir la puerta y les grité, pero la puerta no cedía... El fuego empezó en el cuarto de juegos junto a su cuarto. Po... podía ver las llamas y grité y fui por Rudi. El... él va por ellos... si es que puede.

¿Cómo había sucedido? ¿Se habría calentado demasiado el radiador y eso prendió fuego?

Saúl llegó corriendo con un abrigo que le puso a Gena sobre los hombros.

—Conseguí esto de uno de los sirvientes —le dijo—. Por lo

menos te mantendrá caliente.

¡Caliente! Carol miraba con ojos agonizantes a Rudolph que subía por la escalera humeante, medio cubierto con toallas mojadas para evitar en lo posible que las llamas lo vencieran. "Se morirá", pensaba torpemente, "y nunca podré decirle la verdad, que lo amo".

Alguien tomó su mano... era Gena, mirándola con ojos llenos de compasión.

—El insistió en ir solo... déjalo ¡r, Carol, deja que él rescate a los niños. El no tiene miedo de quemarse... ya sabe lo que es eso, y si alguien puede hacerlo, ¡es él!

Carol se estremeció al pensar que una vez más su esposo... su Rudi... tenía que enfrentarse al tormento de ser marcado otra vez como sólo las llamas y el ácido podían quemar la piel. Recordaba con claridad cuando estaba en sus brazos cómo luchó contra él, no porque le tuviera miedo, sino por temor a que descubriera cuando la poseyera, que era una esposa virgen.

Ahora lamentaba con amargura que ese momento crucial en sus vidas no se consumara, y deseaba poder correr hacía él, y como si Gena presintiera su deseo, le apretaba el brazo.

—¡No lo hagas! —le dijo con cariño—. No debes distraerlo... ya será bastante espantoso para él si los niños no se salvan ¡tienes que quedarte con nosotros!

—¡Aquí no! —Saúl tomó a las dos del brazo y les dijo—: ¡Vamos, todos! —levantó la voz—. ¡Afuera! ¡Será más seguro al aire libre!

Al salir al patio, el humo cubría el vestíbulo y el olor a madera quemada era demasiado fuerte.

—¿No pueden combatir el fuego? —preguntó Carol, sus labios temblorosos—. ¿No hay servicio de bomberos en la isla?

—Desde luego —-dijo Gena—, ya están en camino.

—¡Miren! —alguien señaló hacía las ventanas del ala incendiada y vieron con horror las llamas en los marcos de las ventanas y de repente, más allá de las llamas, se veía una figura, una especie de pesadilla que tenía que estar hecha de cera y cartón, porque estaba ardiendo, ¡y se movía! Se movía hacia la ventana cuyos cristales volaron cayendo como dardos por el aire mientras esa antorcha humana desaparecía.

Hubo un silencio aterrador y Gena dio un grito, escondiendo la cara en el pecho de Saúl.

—Es una mujer—dijo con voz aterrada—. ¡Vi su cabello largo ardiendo!

—Bedelia —murmuró Gena—. Yo sabía que se estaba volviendo loca... ¡lo sabía! Rudi debió haberla enviado lejos antes que pudiera hacer algo así. Finalmente... la boda la desequilibró.

Carol se tambaleaba, se sentía enferma, anonadada por la impresión. Estaba fría hasta los huesos aun cuando podía oír el fuerte chisporroteo de las llamas, acabando con las paredes y mobiliario, destruyendo implacablemente parte del *palazzo.* Ella más que nadie debió haber adivinado que se vengaría de Rudolph por haberse casado con la mujer que, supuestamente, era la madre del hijo de Vincenzo. Eso para Bedelia fue el golpe final a su orgullo y dignidad, y este incendio, los tremendos y horribles resultados. Ella encerró a Teri con Flavia y después se fue al cuarto de juegos para prenderle fuego. Al hacerlo se quedó atrapada, pues el fuego es un enemigo mucho más traicionero que una mujer que se vuelve loca por su amor perdido hacía más de cinco años. Murió con la creencia que Carol le había robado ese amor. "Oh, Cynara", pensó Carol, sus mejillas bañadas en lágrimas. "Esta vez quizá pierda un verdadero hombre por tu causa".

Podía sentir el sabor de las cenizas en los labios mientras estaba ahí parada con la bata negra de su esposo, el cabello suelto atraía la brillantez del fuego y era como una capa de seda dorada que le cubría los hombros. No podía quitar los ojos de la parte alta del ala oeste, donde las llamas se extendían formando un marco a las ventanas. Oyó la sirena de los bomberos cuando llegaron, pero no tenía ninguna esperanza. Estaba segura que nunca más vería a Rudi y que si lo hacia sería como el rescoldo de un hombre negro, los ojos dorados quemados.. .¡Oh, no!, sollozaba y se tambaleó al ver salir una figura de la casa y correr hacia el patio. Era una figura negra cubierta por hollín, harapienta y desgarrada, quemada y sonriente, de manera que sus blancos dientes brillaban en contraste con su piel ennegrecida. Vacilante salió al aire libre, una criatura abrazada a su cuello y la otra bien protegida en sus brazos.

—¡Bendito aire, bendito! —gritó.

Para Carol fue el grito más jubiloso que oyó en su vida, se sintió viva otra vez; corrió hacia él, tropezando con las mangueras, pisando los charcos y llamándolo por su nombre con todas las fuerzas de su corazón. Saúl le ayudó con los niños y Rudi se quedó ahí tomando grandes bocanadas de aire, respirando hondo. Carol miraba como en un sueño esa cara sucia, los ojos dorados observándola a través de la máscara de humo.

—Pa... parece como si hubieras bajado por la chimenea —le dijo ella y le acarició el brazo, el hombro estaba descubierto, pues la camisa se había quemado, y ella lo tocaba asegurándose que estaba completo, que estaba bien. Su saco lo traía Teri, quien tosía y la llamaba. Lo tomó en sus brazos sin poder dejar de mirar el rostro de su marido. "Me lo estoy comiendo", pensaba ella descaradamente, "me lo estoy comiendo enfrente de todos, pero no me importa, ¡lo amo! ¡Oh. Dios, cómo lo amo!" —pero sólo murmuró—: gracias.

—No hay por qué, *signora* —él la miraba a los ojos, como si fueran ellos las únicas dos personas en el mundo en ese caótico momento, cuando los muros y la madera volaban por el aire y la noche se alumbraba por miles de chispas de luz. Esas chispas estaban en su misma sangre, y porque él estaba vivo, ella también lo estaba.

—Santa, querida —le sonrió—, te traigo un par de regalos... los niños que amamos aun cuando no sean nuestros.

Lo dijo con infinita ternura, para ella sola, y su sonrisa se hacia más y más pícara.

Teri la abrazaba y ella miró la expresión de Rudi, sus ojos burlones y traviesos. De pronto supo que estaba enterado de muchas cosas. El se retiró para ir a hablar con el jefe de bomberos y puesto que no era el momento para que le diera una explicación, Carol volvió con los otros, con Flavia que estaba en los brazos de Gena, el terror lentamente desapareciendo de su tierno rostro.

—Querido, querido Rudi —las lágrimas brillaban en los ojos de Gena—. Tiene uno que quererlo... no ves lo que es él, se enfrenta al mismo infierno por los que quiere.

Carol no podía hablar, tenía la garganta seca, abrazaba a Teri y lo sentía tan pequeño y respirando contra ella. Vio a Saúl mirar a Gena con una ligera sonrisa en sus ojos verdes. El quería a la hermana de Rudi, Carol lo adivinaba pero sabía que le iba a ser muy difícil convencerla que él tenía su lado bueno aun cuando no pudiera competir con el carisma de su hermano, alto y marcado... alguna vez el hombre más apuesta de Italia.

El amanecer caía sobre el cascarón del ala oeste. Carol se acomodaba soñolienta en los brazos de Rudi, presionando los labios en sus cicatrices, contando cada una de ellas como si fueran gemas.

—Descarada fresca —le murmuró—, atreviéndote a decirme todas esas mentiras. ¿No te da vergüenza?

—Ya no —se acurrucó en sus brazos, sintiendo que nada, que ningún momento podía ser más divino que éste, el despertar siendo la esposa del hombre amado, y encontrarlo tan vivo y tan cariñoso... tan humano.

—Fuiste muy malo en hacerme creer que te había convencido —le sonrió, recostada en su pecho, sintiendo su vello contra la cara—. Debí haber adivinado que un italiano tan astuto como tú, no haría ningún trato con nadie sin investigar primero todos los puntos. Así que me investigaste, ¿verdad?

—Completamente —mientras hablaba, le acariciaba la abundante cabellera, tocándole la espalda hasta que ella se reía.

—No, Rudi, tengo mucha cosquilla.

—Ya lo sé —bajó la boca hasta el cuello de Carol y la besó lentamente y con ternura—. Mi deliciosa pequeña mentirosa. Debí pegarte por no decirme la verdad. Te miré y deseé con todo el corazón que no fuera tan feo...

—¡No lo digas! —esta vez la voz sonaba diferente, le puso la mano sobre los labios—: Eres el hombre más maravilloso del mundo y te amo tanto que no sé qué hacer...

—¿Te digo? —susurró él—. Te lo diré, mi querida pequeña bruja, que me observó subir esa escalera para ir al fuego como si en cualquier momento fuera a ir tras de mí. Rogué que no lo hicieras. Podía enfrentarme a las llamas yo solo, pero no contigo... hermosa niña, mi virgen, dándome esos gritos tan dulces por primera vez. *Mia adorata,* te doy las gracias por amar esta cara mía.

—Todo tú —le dijo—, cada uno de tus nervios, Rudi... pero y si mi hermana Cynara alguna vez quiere a su hijo...

—¡Al diablo con Cynara! ¡Primero la mato! —y besó de nuevo a Carol, llevándola otra vez más a ese cielo reservado para los verdaderos amantes. No más dudas, no más mentiras... él lo sabía; ella sabía que él estaba convencido que era el único hombre a quien había amado *así.*

Y un día, cuando su amor hubiera hecho desaparecer su dolor, él le contaría todo acerca de la otra mujer... que lo bañó con el vitriolo como para decirle "sí no eres mío, tampoco serás de ninguna otra mujer".

Sólo que no había dado resultado, pues el amor es ciego, y Carol con los ojos del corazón, había aprendido a amar al amo de Falconetti.